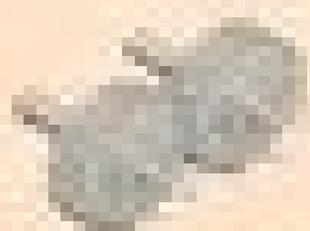


En la colonia penitenciaria

La condena

Franz Kafka

Traducción y prólogo de Susana Hirsztowicz



"Este libro tiene que ser el libro que siempre
mantenga viva la conciencia" **F.K.**

EL LIBRO DE LA VIDA



EL LIBRO DE LA VIDA

El relato que da título a esta recopilación, que está situado en una institución penal con una peculiar máquina de tormento que graba el delito sobre la piel del reo, constituye una reflexión sobre asuntos tan recurrentes en el autor como la autoridad, la culpa y el castigo.

Completan el volumen los relatos: Una mujercita, Josefina la cantora o El pueblo de los ratones, De la construcción de la muralla china, Descripción de una lucha y El rechazo.

Relatos incluidos:

- En la colonia penitenciaria (In der Strafkolonie).
 - Una mujercita (Eine kleine Frau).
 - Josefina la cantora o El pueblo de los ratones (Josefine, die Sängerin oder Das Volk der Mäuse).
 - De la construcción de la muralla china (Beim Bau der Chinesischen Mauer).
 - Descripción de una lucha (Beschreibung eines Kampfes).
 - El rechazo (Die Abweisung).
-

Franz Kafka

EN LA COLONIA PENITENCIARIA

(In der Strafkolonie, 1904-1924)

En la colonia penitenciaria

(In der Strafkolonie, 1914)

–Es un aparato singular –dijo el oficial al explorador, y contempló con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido.

El explorador parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado condenado por desobediencia e insulto hacia sus superiores. En la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés suscitado por esta ejecución. Por lo menos, en ese pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos, sólo se encontraban, además del oficial y el explorador, el condenado, un hombre de boca grande y aspecto estúpido, de cabello y rostro descuidados, y un soldado, que sostenía la pesada cadena donde convergían las cadenas que retenían al condenado por los tobillos y las muñecas, así como por el cuello, y que estaban unidas entre sí mediante cadenas secundarias. De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso que, al parecer, hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución.

El explorador no se interesaba mucho por el aparato y se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia, mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico; pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba sobremanera el aparato o tal vez porque por diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona.

–¡Ya está todo listo! –exclamó finalmente, y descendió de la escalera. Parecía extraordinariamente fatigado, respiraba con la boca muy abierta y se había metido dos finos pañuelos de mujer bajo el cuello del uniforme.

–Estos uniformes son demasiado pesados para el trópico –dijo el explorador, en vez de hacer alguna pregunta sobre el aparato, como hubiera deseado el oficial.

–En efecto –dijo éste, y se lavó las manos sucias de aceite y de grasa en un balde que allí había–; pero para nosotros son símbolos de la patria; no queremos olvidarnos de nuestra patria. Y ahora fíjese en este aparato –prosiguió inmediatamente, secándose las manos con una toalla y mostrando al mismo tiempo el aparato–. Hasta ahora intervine yo, pero de aquí en adelante el aparato funciona absolutamente solo.

El explorador asintió y siguió al oficial. Este quería cubrir todas las contingencias y por eso dijo: –Naturalmente, a veces hay inconvenientes; espero que no los haya hoy, pero siempre se debe contar con esa posibilidad. El aparato debería funcionar ininterrumpidamente durante doce horas. Pero cuando hay entorpecimientos son, sin embargo, desdeñables y se los soluciona rápidamente.

–¿No quiere sentarse? –preguntó luego, sacando una silla de mimbre de un montón de sillas semejantes y ofreciéndola al explorador; éste no podía rechazarla. Se sentó entonces, al borde de un hoyo destinado a la sepultura, hacia el cual dirigió una rápida mirada. No era muy profundo. A un lado del hoyo estaba la tierra removida, dispuesta en forma de parapeto; del otro lado estaba el aparato.

–No sé –dijo el oficial– si el comandante le ha explicado ya el aparato.

El explorador hizo un ademán incierto; el oficial no deseaba nada mejor, porque así podía explicarle personalmente el funcionamiento.

—Este aparato —dijo, tomándose de una manivela y apoyándose sobre ella— es un invento de nuestro antiguo comandante. Yo asistí a los primerísimos experimentos y tomé parte en todos los trabajos, hasta su terminación. Pero el mérito del descubrimiento sólo le corresponde a él. ¿No ha oído hablar usted de nuestro antiguo comandante? ¿No? Bueno, no exagero si le digo que casi toda la organización de la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, sabíamos aun antes de su muerte que la organización de la colonia era un todo tan perfecto que su sucesor, aunque tuviera mil nuevos proyectos en la cabeza, por lo menos, durante muchos años no podría cambiar nada. Y nuestra profecía se cumplió; el nuevo comandante se vio obligado a admitirlo. Lástima que usted no haya conocido a nuestro antiguo comandante. Pero —el oficial se interrumpió— estoy divagando, y aquí está el aparato. Como usted ve, consta de tres partes. Con el correr del tiempo se generalizó la costumbre de designar a cada una de estas partes mediante una especie de sobrenombre popular. La inferior se llama la Cama; la de arriba, el Diseñador, y esta del medio, la Rastra.

—¿La Rastra? —preguntó el explorador.

No había escuchado con mucha atención; el sol caía con demasiada fuerza en ese valle sin sombras; apenas podía uno concentrar los pensamientos. Por eso mismo le parecía más admirable ese oficial, que a pesar de su chaqueta de gala, ajustada, cargada de charreteras y de adornos, proseguía con tanto entusiasmo sus explicaciones y, además, mientras hablaba, ajustaba aquí y allá algún tornillo con un destornillador. En una situación semejante a la del explorador parecía encontrarse el soldado. Se había enrollado la cadena del condenado en torno de las muñecas; apoyado con una mano en el fusil, cabizbajo, no se preocupaba por nada de lo que ocurría. Esto no sorprendió al explorador, ya que el oficial hablaba en francés, y ni el soldado ni el condenado entendían el francés. Por eso mismo era más curioso que el condenado se esforzara por seguir las explicaciones del oficial. Con una especie de soñolienta insistencia, dirigía la mirada hacia donde el oficial señalaba, y cada vez que el explorador hacía una pregunta, también él, como el oficial, lo miraba.

—Sí, la Rastra —dijo el oficial—; un nombre bien adecuado. Las agujas están colocadas en ella como los dientes de una rastra, y el conjunto funciona, además, como una rastra, aunque sólo en un lugar determinado y con mucho más arte. De todos modos, ya lo comprenderá mejor cuando se lo explique. Aquí, sobre la Cama, se coloca al condenado. Primero le describiré el aparato, y después lo pondré en movimiento. Así podrá entenderlo mejor. Además, uno de los engranajes del Diseñador está muy gastado; chirría mucho cuando funciona, y apenas se entiende lo que uno habla; por desgracia, aquí es muy difícil conseguir piezas de repuesto. Bueno, ésta es la Cama, como decíamos. Está totalmente cubierta con una capa de algodón en rama; pronto sabrá usted por qué. Sobre este algodón se coloca al condenado, boca abajo, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetarle las manos, aquí para los pies, y aquí para el cuello. Aquí, en la cabecera de la Cama (donde el individuo, como ya le dije, es colocado primeramente boca abajo), esta pequeña mordaza de fieltro, que puede ser fácilmente regulada, de modo que entre directamente en la boca del hombre. Tiene la finalidad de impedir que grite o se muerda la lengua. Naturalmente, el hombre no puede alejar la boca del fieltro, porque si no la correa del cuello le quebraría las vértebras.

—¿Esto es algodón? —preguntó el explorador, y se agachó.

—Sí, claro —dijo el oficial, riendo—; tóquelo usted mismo.

Cogió la mano del explorador y se la hizo pasar por la Cama.

—Es un algodón especialmente preparado, por eso resulta tan irreconocible; ya le hablaré de su finalidad.

El explorador comenzaba a interesarse un poco por el aparato; protegiéndose los ojos con la mano, a causa del sol, contempló el conjunto. Era una construcción elevada. La Cama y el Diseñador

tenían igual tamaño y parecían dos oscuros cajones de madera. El Diseñador se elevaba unos dos metros sobre la Cama; los dos estaban unidos entre sí; en los ángulos, por cuatro barras de bronce, que casi resplandecían al sol. Entre los cajones oscilaba, sobre una cinta de acero, la Rastra.

El oficial no había advertido la anterior indiferencia del explorador, pero sí notó su interés naciente; por lo tanto, interrumpió las explicaciones, para que su interlocutor pudiera dedicarse sin inconveniente al examen de los dispositivos. El condenado imitó al explorador; como no podía cubrirse los ojos con la mano, miraba hacia arriba, parpadeando.

—Entonces, aquí se coloca al hombre —dijo el explorador, echándose hacia atrás en su silla y cruzando las piernas.

—Sí —dijo el oficial, corriéndose la gorra un poco hacia atrás y pasándose la mano por el rostro acalorado—, y ahora escuche. Tanto la Cama como el Diseñador tienen baterías eléctricas propias; la Cama la requiere para sí; el Diseñador, para la Rastra. En cuanto el hombre está bien asegurado con las correas, la Cama es puesta en movimiento. Oscila con vibraciones diminutas y muy rápidas, tanto lateralmente como verticalmente. Usted habrá visto aparatos similares en los hospitales; pero en nuestra Cama todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con los movimientos de la Rastra. Sin embargo, la verdadera ejecución de la sentencia corresponde a la Rastra.

—¿Cómo es la sentencia? —preguntó el explorador.

—¿Tampoco sabe eso? —dijo el oficial, asombrado, y se mordió los labios—. Perdóneme si mis explicaciones son tal vez un poco desordenadas: le ruego realmente que me disculpe. En otros tiempos, correspondía en realidad al comandante dar las explicaciones; pero el nuevo comandante rehuye ese honroso deber; de todos modos, el hecho de que a una visita de semejante importancia —y aquí el explorador trató de restar importancia al elogio con un ademán de las manos, pero el oficial insistió—, a una visita de semejante importancia ni siquiera se la ponga en conocimiento del carácter de nuestras sentencias, constituye también una insólita novedad, que... —y con una maldición al borde de los labios se contuvo y prosiguió—. ... Yo no sabía nada; la culpa no es mía. De todos modos, yo soy la persona más capacitada para explicar nuestros procedimientos, ya que tengo en mi poder —y se palmeó el bolsillo superior— los respectivos diseños preparados por la propia mano de nuestro antiguo comandante.

—¿Los diseños del comandante mismo? —preguntó el explorador—. ¿Reunía entonces todas las cualidades? ¿Era soldado, juez, constructor, químico y dibujante?

—Efectivamente —dijo el oficial, asintiendo con una mirada impenetrable y lejana.

Luego se examinó las manos; no le parecían suficientemente limpias para tocar los diseños; por lo tanto, se dirigió hacia el balde y se las lavó nuevamente. Luego sacó un pequeño portafolios de cuero y dijo:

—Nuestra sentencia no es aparentemente severa. Consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la Rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las palabras inscritas sobre el cuerpo de este condenado —y el oficial señaló al individuo— serán: *Honra a tus superiores*.

El explorador miró rápidamente al hombre; en el momento en que el oficial lo señalaba, estaba cabizbajo y parecía prestar toda la atención de que sus oídos eran capaces para tratar de entender algo. Pero los movimientos de sus labios gruesos y apretados demostraban evidentemente que no entendía nada. El explorador hubiera querido formular diversas preguntas, pero al ver al individuo sólo inquirió:

—¿Conoce él su sentencia?

—No —dijo el oficial, tratando de proseguir inmediatamente con sus explicaciones; pero el explorador lo interrumpió:

–¿No conoce su sentencia?

–No –repitió el oficial, callando un instante como para permitir que el explorador ampliara su pregunta–. Sería inútil anunciársela. Ya la sabrá en carne propia.

El explorador no quería preguntar más; pero sentía la mirada del condenado fija en él, como inquiriéndole si aprobaba el procedimiento descrito. En consecuencia, aunque se había repantigado en la silla, volvió a inclinarse hacia adelante y siguió preguntando:

–Pero, por lo menos, ¿sabe que ha sido condenado?

–Tampoco –dijo el oficial, sonriendo como si esperara que le hiciera otra pregunta extraordinaria.

–No –dijo el explorador, y se pasó la mano por la frente–; entonces, ¿el individuo tampoco sabe cómo fue conducida su defensa?

–No se le dio ninguna oportunidad de defenderse –dijo el oficial, y volvió la mirada, como hablando consigo mismo, para evitar al explorador la vergüenza de oír una explicación de cosas tan evidentes.

–Pero debe de haber tenido alguna oportunidad de defenderse –dijo el explorador, y se levantó de su asiento.

El oficial comprendió que corría el peligro de ver demorada indefinidamente la descripción del aparato; por lo tanto, se acercó al explorador, lo tomó por el brazo y señaló con la mano al condenado, que al ver tan evidentemente que toda la atención se dirigía hacia él, se puso en posición de firme, mientras el soldado daba un tirón a la cadena.

–Le explicaré cómo se desarrolla el proceso –dijo el oficial–. Yo he sido designado juez de la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud. Porque yo era el consejero del antiguo comandante en todas las cuestiones penales y, además, conozco el aparato mejor que nadie. Mi principio fundamental es éste: La culpa es siempre indudable. Tal vez otros juzgados no siguen este principio fundamental, pero son multipersonales y, además, dependen de otras cámaras superiores. Este no es nuestro caso o, por lo menos, no lo era en la época de nuestro antiguo comandante. El nuevo ha demostrado, sin embargo, cierto deseo de inmiscuirse en mis juicios; pero hasta ahora he logrado mantenerlo a cierta distancia y espero seguir lográndolo. Usted desea que le explique este caso particular; es muy simple, como todos los demás. Un capitán presentó esta mañana la acusación de que este individuo, que ha sido designado criado suyo y que duerme frente a su puerta, se había dormido durante la guardia. En efecto, tiene la obligación de levantarse al sonar cada hora y hacer la venia ante la puerta del capitán. Como se ve, no es una obligación excesiva, y sí muy necesaria, porque así se mantiene alerta en sus funciones, tanto de centinela como de criado. Anoche el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta exactamente a las dos y lo encontró dormido en el suelo. Cogió la fusta y le cruzó la cara. En vez de levantarse y suplicar perdón, el individuo aferró a su superior por las piernas, lo sacudió y exclamó: «Arroja ese látigo, o te como vivo.» Estas son las pruebas. El capitán vino a verme hace una hora; tomé nota de su declaración y dicte inmediatamente la sentencia. Luego hice encadenar al culpable. Todo esto fue muy simple. Si primeramente lo hubiera hecho llamar y lo hubiera interrogado, sólo habrían surgido confusiones. Habría mentido, y si yo hubiera querido desmentirlo, habría reforzado sus mentiras con nuevas mentiras, y así sucesivamente. En cambio, así lo tengo en mi poder, y no se escapará. ¿Está todo aclarado? Pero el tiempo pasa; ya debería comenzar la ejecución, y todavía no terminé de explicarle el aparato.

Obligó al explorador a que se sentara nuevamente, se acercó otra vez al aparato y comenzó;

–Como usted ve, la forma de la Rastra corresponde a la forma del cuerpo humano; aquí está la parte del torso; aquí están las rastras para las piernas. Para la cabeza sólo hay esta agujita. ¿Le resulta claro?

Se inclinó amistosamente ante el explorador, dispuesto a dar las más amplias explicaciones.

El explorador, con el ceño fruncido, consideró la Rastra. La descripción de los procedimientos

judiciales no lo había satisfecho. Constantemente debía hacer un esfuerzo para no olvidar que se trataba de una colonia penitenciaria, que requería medidas extraordinarias de seguridad, y donde la disciplina debía ser exagerada hasta el extremo. Pero, por otra parte, fundaba ciertas esperanzas en el nuevo comandante, que evidentemente proyectaba introducir, aunque poco a poco, un nuevo sistema de procedimientos; procedimientos que la estrecha mentalidad de este oficial no podía comprender. Estos pensamientos le hicieron preguntar:

—¿El comandante asistirá a la ejecución?

—No es seguro —dijo el oficial, dolorosamente impresionado por una pregunta tan directa, mientras su expresión amistosa se desvanecía—. Por eso mismo debemos darnos prisa. En consecuencia, aunque lo «—lento muchísimo, me veré obligado a simplificar mis explicaciones. Pero mañana, cuando hayan limpiado nuevamente el aparato (su única falla consiste en que se ensucia mucho), podré seguir explayándome con más detalles. Reduzcámonos entonces, por ahora, a lo más indispensable. Una vez que el hombre está acostado en la Cama y ésta comienza a vibrar, la Rastra desciende sobre su cuerpo. Se regula automáticamente, de modo que apenas roza el cuerpo con la punta de las agujas; en cuanto se establece el contacto, la cinta de acero se convierte inmediatamente en una barra rígida. Y entonces empieza la función. Una persona que no esté al tanto no advierte ninguna diferencia entre un castigo y otro. La Rastra parece trabajar uniformemente. Al vibrar, rasga con la punta de las agujas la superficie del cuerpo, estremecido a su vez por la Cama. Para permitir la observación del desarrollo de la sentencia, la Rastra ha sido construida de vidrio. La fijación de las agujas en el vidrio originó algunas dificultades técnicas, pero después de diversos experimentos solucionamos el problema. Le diré que no hemos escatimado esfuerzos. Y ahora cualquiera puede observar, a través del vidrio, cómo va tomando forma la inscripción sobre el cuerpo. ¿No quiere acercarse y ver las agujas?

El explorador se levantó lentamente, se acercó y se inclinó sobre la Rastra.

—Como usted ve —dijo el oficial—, hay dos clases de agujas, dispuestas de diferente modo. Cada aguja larga va acompañada por una más corta. La larga se reduce a escribir, y la corta arroja agua para lavar la sangre y mantener legible la inscripción. La mezcla de agua y sangre corre luego por pequeños canalículos y finalmente desemboca en este canal principal, para verterse en el hoyo, a través de un caño de desagüe.

El oficial mostraba con el dedo el camino exacto que seguía la mezcla de agua y sangre. Mientras él, para hacer lo más gráfico posible la imagen, formaba un cuenco con ambas manos en la desembocadura del caño de salida, el explorador alzó la cabeza y trató de volver a su asiento, tanteando detrás de sí con la mano. Vio entonces con horror que también el condenado había obedecido la invitación del oficial para ver más de cerca la disposición de la Rastra. Con la cadena había arrastrado un poco al soldado adormecido y ahora se inclinaba sobre el vidrio. Se veía cómo su mirada insegura trataba de percibir lo que los dos señores acababan de observar y cómo, faltándole la explicación, no comprendía nada. Se agachaba aquí y allá. Sin cesar su mirada recorría el vidrio. El explorador trató de alejarlo, porque lo que hacía era probablemente punible. Pero el oficial lo retuvo con una mano, con la otra cogió del parapeto un terrón y lo arrojó al soldado. Este se sobresaltó, abrió los ojos, comprobó el atrevimiento del condenado, dejó caer el rifle, hundió los talones en el suelo, arrastró de un tirón al condenado, que inmediatamente cayó al suelo, y luego se quedó mirando cómo se debatía y hacía sonar las cadenas.

—¡Póngalo de pie! —gritó el oficial, porque advirtió que el condenado distraía demasiado al explorador.

En efecto, éste se había inclinado sobre la Rastra, sin preocuparse mayormente por su funcionamiento, y sólo quería saber qué ocurría con el condenado.

—¡Trátelo con cuidado! —volvió a gritar el oficial. Luego corrió en torno del aparato, cogió

personalmente al condenado bajo las axilas y, aunque éste se resbalaba constantemente, con la ayuda del soldado lo puso de pie.

–Ya estoy al tanto de todo –dijo el explorador cuando el oficial volvió a su lado.

–Menos de lo más importante –dijo éste, tomándolo por el brazo y señalando hacia lo alto–. Allá arriba, en el Diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la Rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia. Todavía utilizo los diseños del antiguo comandante. Aquí están –y sacó algunas hojas del portafolios de cuero–; pero por desgracia no puedo dárselos para que los examine; son mi más preciosa posesión. Siéntese; yo se los mostraré desde aquí, y usted podrá ver todo perfectamente.

Mostró la primera hoja. El explorador hubiera querido hacer alguna observación pertinente, pero sólo vio líneas que se cruzaban repetida y laberínticamente y que cubrían en tal forma el papel que apenas podían verse los espacios en blanco que las separaban.

–Lea –dijo el oficial.

–No puedo –dijo el explorador.

–Sin embargo, está claro –dijo el oficial.

–Es muy ingenioso –dijo el explorador evasivamente–; pero no puedo descifrarlo.

–Sí –dijo el oficial, riendo y guardando nuevamente el plano–, no es justamente caligrafía para escolares. Hay que estudiarlo largamente. También usted terminaría por entenderlo; estoy seguro. Naturalmente, no puede ser una inscripción simple; su fin no es provocar directamente la muerte, sino después de un lapso de doce horas término medio; se calcula que el momento crítico tiene lugar a la sexta hora. Por lo tanto, muchos, muchísimos adornos, rodean la verdadera inscripción; ésta sólo ocupa una estrecha faja en torno del cuerpo; el resto se reserva a los embellecimientos. ¿Está ahora en condiciones de apreciar la labor de la Rastra y de todo el aparato? ¡Fíjese! –y subió de un salto la escalera e hizo girar una rueda–. ¡Atención, hágase a un lado!

El conjunto comenzó a funcionar. Si la rueda no hubiera chirriado, habría sido maravilloso. Como si el ruido de la rueda lo hubiera sorprendido, el oficial la amenazó con el puño, luego abrió los brazos, como disculpándose ante el explorador, y descendió rápidamente, para observar desde abajo el funcionamiento del aparato. Todavía había algo que no andaba y que sólo él percibía; volvió a subir, buscó algo con ambas manos en el interior del Diseñador, se dejó deslizar por una de las barras, en vez de utilizar la escalera, para bajar más rápidamente, y exclamó con toda su voz en el oído del explorador, para hacerse oír en medio del estrépito:

–¿Comprende el funcionamiento? La Rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa del algodón gira y hace girar el cuerpo lentamente, sobre un costado, para dar más lugar a la Rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superficie para seguir profundizando la inscripción. Luego, a medida que el cuerpo sigue girando, estos dientes del borde de la Rastra arrancan el algodón de las heridas, lo arrojan al hoyo, y la Rastra puede proseguir su labor. Así sigue inscribiendo, cada vez más hondo, durante las doce horas. Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. Después de dos horas, se le quita la mordaza de fieltro, porque ya no tiene fuerzas para gritar. Aquí, en este recipiente calentado eléctricamente, junto a la cabecera de la Cama, se vierte pulpa caliente de arroz, para que el hombre se alimente, si así lo desea, lamiéndola con la lengua. Ninguno desdeña esta oportunidad. No sé de ninguno, y mi experiencia es vasta. Sólo después de seis horas desaparece todo deseo de comer. Generalmente me arrodillo aquí, en ese momento, y observo el fenómeno. El hombre no traga casi nunca el último bocado, sólo lo hace girar en la boca, y lo escupe en el hoyo. Entonces tengo que agacharme, porque si no me escupiría en la cara. ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estólido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno de

los ojos. Desde allí se expande. En ese momento uno desearía colocarse con él bajo la Rastra. Ya no ocurre nada más; el hombre comienza solamente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Realmente cuesta mucho trabajo; necesita seis horas por lo menos. Pero ya la Rastra lo ha atravesado completamente y lo arroja en el hoyo, donde cae en medio de la sangre y el agua y el algodón. La sentencia se ha cumplido, y nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

El explorador había inclinado el oído hacia el oficial y, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, contemplaba el funcionamiento de la máquina. También el condenado lo contemplaba, pero sin comprender. Un poco agachado, seguía el movimiento de las agujas oscilantes; mientras tanto el soldado, ante una señal del oficial, le cortó con un cuchillo la camisa y los pantalones, por la parte de atrás, de modo que estos últimos cayeron al suelo; el individuo trató de retener las lupas que se le caían, para cubrir su desnudez; pero el soldado lo alzó en el aire y, sacudiéndolo, hizo caer los últimos jirones de vestimenta. El oficial detuvo la máquina, y en medio del repentino silencio el condenado fue colocado bajo la Rastra. Le desataron las cadenas, y en su lugar lo sujetaron con las correas; en el primer instante, esto pareció significar casi un alivio para el condenado. Luego hicieron descender un poco más la Rastra, porque era un hombre delgado. Cuando las puntas lo rozaron, un estremecimiento recorrió su piel; mientras el soldado le ligaba la mano derecha, el condenado lanzó hacia afuera la izquierda, sin saber hacia dónde, pero en dirección del explorador. El oficial observaba constantemente a este último, de reojo, como si quisiera leer en su cara la impresión que le causaba la ejecución que por lo menos superficialmente acababa de explicarle.

La correa destinada a la mano izquierda se rompió; probablemente, el soldado la había estirado demasiado. El oficial tuvo que intervenir, y el soldado le mostró el trozo roto de correa. Entonces el oficial se le acercó y, con el rostro vuelto hacia el explorador, dijo:

—Esta máquina es muy compleja; a cada momento se rompe o se descompone alguna cosa; pero uno no debe permitir que estas circunstancias influyan en el juicio de conjunto. De todos modos, las correas son fácilmente sustituibles; usaré una cadena; es claro que la delicadeza de las vibraciones del brazo derecho sufrirá un poco.

Y mientras sujetaba la cadena agregó:

—Los recursos destinados a la conservación de la máquina son ahora sumamente reducidos. Cuando estaba el antiguo comandante, yo tenía a mi disposición una suma de dinero con esa única finalidad. Había aquí un depósito, donde se guardaban piezas de repuesto de todas clases. Confieso que he sido bastante pródigo con ellas, me refiero a antes, no ahora, como insinúa el nuevo comandante, para quien todo es un motivo de ataque contra el antiguo orden. Ahora se ha hecho cargo personalmente del dinero destinado a la máquina, y si le mando pedir una nueva correa, me piden, como prueba, la correa rota; la nueva llega por lo menos diez días después y, además, es de mala calidad y no sirve de mucho. Cómo puede funcionar mientras tanto la máquina sin correas, eso no le preocupa a nadie.

El explorador pensó: Siempre hay que reflexionar un poco antes de intervenir decisivamente en los asuntos de los demás. El no era miembro de la colonia penitenciaria ni ciudadano del país al que ésta pertenecía. Si pretendía emitir juicios sobre la ejecución o trataba directamente de obstaculizarla, podían decirle; «Eres un extranjero, no te metas.» Ante esto no podía contestar nada, sólo agregar que realmente no comprendía su propia actitud, ya que viajaba con la mera intención de observar, y de ningún modo pretendía modificar los métodos judiciales de los demás. Pero aquí se encontraba con cosas que realmente lo tentaban a quebrar su resolución de no inmiscuirse. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran indudables. Nadie podía suponer que el explorador tenía algún interés personal en el asunto, porque el condenado era para él un desconocido,

no era compatriota suyo y ni siquiera capaz de inspirar compasión. El explorador había sido recomendado por personas muy importantes, había sido recibido con gran cortesía, y el hecho de que lo hubieran invitado a la ejecución podía justamente significar que se deseaba conocer su opinión sobre el asunto. Esto parecía bastante probable, porque el comandante, como bien claramente acababan de expresarle, no era partidario de esos procedimientos, y su actitud ante el oficial era casi hostil.

En ese momento oyó el explorador un grito airado del oficial. Acababa de colocar, no sin gran esfuerzo, la mordaza de fieltro dentro de la boca del condenado, cuando este último, con una náusea irresistible, cerró los ojos y vomitó. Rápidamente el oficial le alzó la cabeza, alejándola de la mordaza y tratando de dirigirla hacia el hoyo; pero era demasiado tarde, y el vómito se derramó sobre la máquina.

—¡Todo esto es culpa del comandante! —gritó el oficial, sacudiendo insensatamente la barra de cobre que tenía enfrente—. Me dejarán la máquina más sucia que una pocilga —y con manos temblorosas mostró al explorador lo que había ocurrido—. Durante horas he tratado de hacerle comprender al comandante que el condenado debe ayunar un día entero antes de la ejecución. Pero nuestra nueva doctrina compasiva no lo quiere así. Las señoras del comandante visitan al condenado y le atiborran la garganta de dulces. Durante toda la vida se alimentó de peces hediondos y ahora necesita comer dulces. Pero, en fin, podríamos pasarlo por alto, yo no protestaría; pero ¿por qué no quieren conseguirme una nueva mordaza de fieltro, ya que hace tres meses que la pido? ¿Quién podría meterse en la boca, sin asco, una mordaza que más de cien moribundos han chupado y mordido?

El condenado había dejado caer la cabeza y parecía tranquilo; mientras tanto, el soldado limpiaba la máquina con la camisa del otro. El oficial se dirigió hacia el explorador, que tal vez por un presentimiento retrocedió un paso; pero el oficial lo cogió por la mano y lo llevó aparte.

—Quisiera hablar confidencialmente algunas palabras con usted —dijo este último—. ¿Me lo permite?

—Naturalmente —dijo el explorador, y escuchó con la mirada baja.

—Este procedimiento judicial y este método de castigo, que usted tiene ahora oportunidad de admirar, no goza actualmente en nuestra colonia de ningún abierto partidario. Soy su único sostenedor y, al mismo tiempo, el único sostenedor de la tradición del antiguo comandante. Ya ni podría pensar en la menor ampliación del procedimiento y necesito emplear todas mis fuerzas para mantenerlo tal como es actualmente. En vida de nuestro antiguo comandante la colonia estaba llena de partidarios; yo poseo en parte la fuerza de convicción del antiguo comandante, pero carezco totalmente de su poder; en consecuencia, los partidarios se ocultan; todavía hay muchos, pero ninguno lo confiesa. Si usted entra hoy, que es día de ejecución, en la confitería y escucha las conversaciones, tal vez sólo oiga frases de sentido ambiguo. Esos son todos partidarios; pero bajo el comandante actual, y con sus doctrinas actuales, no me sirven absolutamente de nada. Y ahora le pregunto: ¿le parece bien que por culpa de este comandante y sus señoras, que influyen sobre él, semejante obra de toda una vida —y señaló la máquina— desaparezca? ¿Podemos permitirlo? Aun cuando uno sea extranjero y sólo haya venido a pasar un par de días en nuestra isla. Pero no podemos perder tiempo, porque también se prepara algo contra mis funciones judiciales; ya tienen lugar conferencias en la oficina del comandante, de las que me veo excluido; hasta su visita de hoy, señor, me parece formar parte de un plan; por cobardía, lo utilizan a usted, un extranjero, como pantalla. ¡Qué diferente era en otros tiempos la ejecución! Ya un día antes de la ceremonia, el valle estaba completamente lleno de gente; todos venían sólo para ver; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus señoras; las fanfarrias despertaban a todo el campamento: yo presentaba un informe de que todo estaba preparado; todo el estado mayor —ningún alto oficial se atrevía a faltar— se ubicaba en torno de la máquina; este montón de sillas de mimbre es un mísero resto de aquellos tiempos. La máquina resplandecía, recién

limpiada; antes de cada ejecución me entregaban piezas nuevas de repuesto. Ante cientos de ojos – todos los asistentes en puntas de pie, hasta en la cima de esas colinas–, el condenado era colocado por el mismo comandante debajo de la Rastra. Lo que hoy corresponde a un simple soldado, era en esa época tarea mía, tarea del juez presidente del juzgado, y un gran honor para mí. Y entonces empezaba la ejecución. Ningún ruido discordante afeaba el funcionamiento de la máquina. Muchos ya no miraban; permanecían con los ojos cerrados, en la arena; todos sabían: Ahora se hace justicia. En ese silencio, sólo se oían los suspiros del condenado, apenas apagados por el fieltro. Hoy la máquina ya no es capaz de arrancar al condenado un suspiro tan fuerte que el fieltro no pueda apagarlo totalmente; pero en ese entonces las agujas inscriptoras vertían un líquido ácido, que hoy ya no nos permiten emplear. ¡Y llegaba la sexta hora! Era imposible satisfacer todos los pedidos formulados para contemplarla desde cerca. El comandante, muy sabiamente, había ordenado que los niños tendrían preferencia sobre todo el mundo; yo, por supuesto, gracias a mi cargo, tenía el privilegio de permanecer junto a la máquina; a menudo estaba en cuclillas, con un niño en cada brazo, a derecha e izquierda. ¡Cómo absorbíamos todos esa expresión de transfiguración que aparecía en el rostro martirizado, cómo nos bañábamos las mejillas en el resplandor de esa justicia, por fin lograda y que tan pronto desaparecería! ¡Qué tiempos, camarada!

El oficial había evidentemente olvidado quién era su interlocutor, lo había abrazado y apoyaba la cabeza sobre su hombro. El explorador se sentía grandemente desconcertado; inquieto, miraba hacia la lejanía. El soldado había terminado su limpieza y ahora vertía pulpa de arroz en el recipiente. Apenas lo advirtió el condenado, que parecía haberse mejorado completamente, comenzó a lamer la papilla con la lengua. El soldado trataba de alejarlo, porque la papilla era para más tarde, pero de todos modos también era incorrecto que el soldado metiera en el recipiente sus manos sucias y se dedicara a comer ante el ávido condenado.

El oficial recobró rápidamente el dominio de sí mismo.

–No quise emocionarlo –dijo–, ya sé que actualmente es imposible dar una idea de lo que eran esos tiempos. De todos modos, la máquina todavía funciona, y se basta a sí misma. Se basta a sí misma, aunque se encuentra muy solitaria en este valle. Y al terminar, el cadáver cae como antaño dentro del hoyo, con un movimiento incomprensiblemente suave, aunque ya no se apiñan las muchedumbres como moscas en torno de la sepultura, como en otros tiempos. Antaño teníamos que colocar una sólida baranda en torno de la sepultura, pero hace mucho que la arrancamos.

El explorador quería ocultar su rostro al oficial y miraba en torno, al azar. El oficial creía que contemplaba la desolación del valle, le cogió por lo tanto las manos, se colocó frente a él, para mirarlo a los ojos, y le preguntó:

–¿Se da cuenta, qué vergüenza?

Pero el explorador calló. El oficial lo dejó un momento entregado a sus pensamientos; con las manos en las caderas, las piernas abiertas, permaneció callado, cabizbajo. Luego sonrió alentadoramente al explorador y dijo:

–Yo estaba ayer cerca de usted, cuando el comandante lo invitó. Oí la invitación. Conozco al comandante. Inmediatamente comprendí el propósito de esta invitación. Aunque su poder es suficientemente grande para tomar medidas contra mí, todavía no se atreve, pero ciertamente tiene la intención de oponerme el veredicto de usted, el veredicto de un ilustre extranjero. Lo ha calculado perfectamente: hace dos días que usted está en la isla, no conoció al antiguo comandante ni su manera de pensar, está habituado a los puntos de vista europeos, tal vez se opone fundamentalmente a la pena capital en general y a estos tipos de castigo mecánico en particular; además, comprueba que la ejecución tiene lugar sin ningún apoyo popular, tristemente, mediante una máquina ya un poco arruinada; considerando todo esto (así piensa el comandante), ¿no sería entonces muy probable que desaprobara mis métodos? Y si los desaprobara, no ocultaría su desaprobación (hablo siempre en

nombre del comandante), porque confía ampliamente en sus bien probadas conclusiones. Es verdad que usted ha visto las numerosas peculiaridades de numerosos pueblos, y ha aprendido a apreciarlas, y por lo tanto es probable que no se exprese con excesivo rigor contra el procedimiento, como lo haría en su propio país. Pero el comandante no necesita tanto. Una palabra cualquiera, hasta una observación un poco imprudente, le bastaría. No hace ni siquiera falta que esa observación exprese su opinión, basta que aparentemente corrobore la intención del comandante. Que él tratará de sonsacarlo con preguntas astutas, de eso estoy seguro. Y sus señoras estarán sentadas en torno y alzarán las orejas; tal vez usted diga: «En mi país el procedimiento judicial es distinto», o «En mi país se permite al acusado defenderse antes de la sentencia», o «En mi país hay otros castigos, además de la pena de muerte», o «En mi país sólo existió la tortura en la Edad Media». Todas éstas son observaciones correctas y que a usted le parecen evidentes, observaciones inocentes, que no pretenden juzgar mis procedimientos. Pero ¿cómo las tomará el comandante? Ya lo veo al buen comandante, veo cómo aparta su silla y sale rápidamente al balcón; veo a sus señoras, que se precipitan tras él como un torrente; oigo su voz (las señoras la llaman una voz de trueno) que dice: «Un famoso investigador europeo, enviado para estudiar el procedimiento judicial en todos los países del mundo, acaba de decir que nuestra antigua manera de administrar justicia es inhumana. Después de oír el juicio de semejante personalidad, ya no me es posible seguir permitiendo este procedimiento. Por lo tanto, ordeno que desde el día de hoy...», y así sucesivamente. Usted trata de interrumpirlo para explicar que no dijo lo que él pretende, que no llamó nunca inhumano mi procedimiento, que, en cambio, su profunda experiencia le demuestra que es el procedimiento más humano y acorde con la dignidad humana; que admira esta maquinaria...; pero ya es demasiado tarde; usted no puede asomarse al balcón, que está lleno de damas; trata de llamar la atención; trata de gritar; pero una mano de señora le tapa la boca..., y tanto yo como la obra del antiguo comandante estamos irremediablemente perdidos.

El explorador tuvo que contener una sonrisa; tan fácil era entonces la tarea que le había parecido tan difícil. Dijo evasivamente:

—Usted exagera mi influencia; el comandante leyó mis cartas de recomendación y sabe que no soy ningún entendido en procedimientos judiciales. Si yo expresara una opinión, sería la opinión de un particular, en nada más significativa que la opinión de cualquier otra persona, y en todo caso mucho menos significativa que la opinión del comandante, que, según creo, posee en esta colonia penitenciaria prerrogativas extensísimas. Si la opinión de él sobre este procedimiento es tan hostil como usted dice, entonces me temo que haya llegado la hora decisiva para el mismo, sin que se requiera mi humilde ayuda.

¿Lo había comprendido ya el oficial? No, todavía no lo comprendía. Meneó enfáticamente la cabeza, volvió brevemente la mirada hacia el condenado y el soldado, que se alejaron por instinto del arroz; se acercó bastante al explorador, lo miró no a los ojos, sino a algún sitio de la chaqueta, y le dijo más despacio que antes:

—Usted no conoce al comandante; usted cree (perdone la expresión) que es una especie de extraño para él y para nosotros; sin embargo, créame, su influjo no podría ser sobreestimado. Fue una verdadera felicidad para mí saber que usted asistiría solo a la ejecución. Esa orden del comandante debía perjudicarme; pero yo sabré sacar ventaja de ella. Sin distracciones provocadas por falsos murmullos y por miradas desdeñosas (imposibles de evitar si una gran multitud hubiera asistido a la ejecución), usted ha oído mis explicaciones, ha visto la máquina y está ahora a punto de contemplar la ejecución. Ya se ha formado indudablemente un juicio; si todavía no está seguro de algún pequeño detalle, el desarrollo de la ejecución disipará sus últimas dudas. Y ahora elevo ante usted esta súplica: Ayúdeme contra el comandante.

El explorador no le permitió proseguir.

—¡Cómo me pide usted eso —exclamó—, es totalmente imposible! No puedo ayudarlo en lo más

mínimo, así como tampoco puedo perjudicarlo.

—Puede —dijo el oficial; con cierto temor, el explorador vio que el oficial contraía los puños—. Puede —repitió el oficial con más insistencia todavía—. Tengo un plan que no fallará. Usted cree que su influencia no es suficiente. Yo sé que es suficiente. Pero suponiendo que usted tuviera razón, ¿no sería de todos modos necesario tratar de utilizar toda clase de recursos, aunque dudemos de su eficacia, con tal de conservar el antiguo procedimiento? Por lo tanto, escuche usted mi plan. Ante todo es necesario para su éxito que hoy, cuando se encuentre usted en la colonia, sea lo más reticente posible en sus juicios sobre el procedimiento. A menos que le formulen una pregunta directa, no debe decir una palabra sobre el asunto; si lo hace, que sea con frases breves y ambiguas; debe dar a entender que no le agrada discutir ese tema, que ya está harto de él, que si tuviera que decir algo, prorrumpiría francamente en maldiciones. No le pido que mienta; de ningún modo; sólo debe contestar lacónicamente, por ejemplo: «Sí, asistí a la ejecución», o «Sí, escuché todas las explicaciones». Sólo eso; nada más. En cuanto al fastidio que usted pueda dar a entender, tiene motivos suficientes, aunque no sean tan evidentes para el comandante. Naturalmente, éste comprenderá todo mal y lo interpretará a su manera. En eso se basa justamente mi plan. Mañana se realizará en la oficina del comandante, presidida por éste, una gran asamblea de todos los altos oficiales administrativos. El comandante, por supuesto, ha logrado convertir esas asambleas en un espectáculo público. Hizo construir una galería, que está siempre llena de espectadores. Estoy obligado a tomar parte en las asambleas, pero me enferman de asco. Ahora bien, pase lo que pase, es seguro que a usted lo invitarán; si se atiende hoy a mi plan, la invitación se convertirá en una insistente súplica. Pero si por cualquier motivo imprevisible no fuera invitado, debe usted de todos modos pedir que lo inviten; es indudable que así lo harán. Por lo tanto, mañana estará usted sentado con las señoras en el palco del comandante. Él mira a menudo hacia arriba, para asegurarse de su presencia. Después de varias órdenes del día, triviales y ridículas, calculadas para impresionar al auditorio —en su mayoría son obras portuarias, ¡eternamente obras portuarias!—, se pasa a discutir nuestro procedimiento judicial. Si eso no ocurre o no ocurre bastante pronto, por desidia del comandante, me encargaré yo de introducir el tema. Me pondré de pie y mencionaré que la ejecución de hoy tuvo lugar. Muy breve, una simple mención. Semejante mención no es en realidad usual, pero no importa. El comandante me da las gracias, como siempre, con una sonrisa amistosa, y ya sin poder contenerse aprovecha la excelente oportunidad. «Acaban de anunciar —más o menos así dirá— que ha tenido lugar la ejecución. Sólo quisiera agregar a este anuncio que dicha ejecución ha sido presenciada por el gran investigador que, como ustedes saben, honra extraordinariamente nuestra colonia con su visita. También nuestra asamblea de hoy adquiere singular significado gracias a su presencia. ¿No convendría ahora preguntar a ese famoso investigador qué juicio le merece nuestra forma tradicional de administrar la pena capital y el procedimiento judicial que la precede?» Naturalmente, aplauso general, acuerdo unánime, y mío más que de nadie. El comandante se inclina ante usted y dice: «Por lo tanto, le formulo en nombre de todos dicha pregunta.» Y entonces usted se adelanta hacia la baranda del palco. Apoya las manos donde todos pueden verlas, porque si no se las cogerán las señoras y jugarán con sus dedos. Y por fin se escuchan sus palabras. No sé cómo podré soportar la tensión de la espera hasta ese instante. En su discurso no debe haber ninguna reticencia; diga la verdad a pleno pulmón, inclínese sobre el borde del balcón, grite, sí, grite al comandante su opinión, su inconmovible opinión. Pero tal vez no le guste a usted esto, no corresponde a su carácter o quizá en su país uno se comporta diferentemente en esas ocasiones; bueno; está bien; también así será suficientemente eficaz, no hace falta que se ponga de pie, diga solamente un par de palabras, susúrrelas, que sólo los oficiales que están debajo de usted las oigan, es suficiente, no necesita mencionar siquiera la falta de apoyo popular a la ejecución, ni la rueda que chirría, ni las correas rotas, ni el nauseabundo fieltro, no; yo me encargo de todo eso, y le aseguro que si mi discurso no obliga al comandante a abandonar el salón, lo obligará a arrodillarse y

reconocer: «Antiguo comandante, ante ti me inclino.» Este es mi plan; ¿quiere ayudarme a realizarlo? Pero, naturalmente, usted quiere, aún más, *debe* ayudarme.

El oficial cogió al explorador por ambos brazos y lo miró a los ojos, respirando agitadamente. Había gritado con tal fuerza las últimas frases que hasta el soldado y el condenado se habían puesto a escuchar; aunque no podían entender nada, habían dejado de comer y dirigían la mirada hacia el explorador, masticando todavía.

Desde el primer momento el explorador no había dudado de cuál debía ser su respuesta. Durante su vida había reunido demasiada experiencia, para dudar en este caso; era una persona fundamentalmente honrada y no conocía el temor. Sin embargo, contemplando al soldado y al condenado, vaciló un instante. Por fin dijo lo que debía decir:

—No.

El oficial parpadeó varias veces, pero no desvió la mirada.

—¿Desea usted una explicación? —preguntó el explorador.

El oficial asintió sin hablar.

—Desapruebo este procedimiento —dijo entonces el explorador— aun desde antes que usted me hiciera estas confidencias (por supuesto que bajo ninguna circunstancia traicionaré la confianza que ha puesto en mí); ya me había preguntado si sería mi deber intervenir y si mi intervención tendría después de todo alguna posibilidad de éxito. Pero sabía perfectamente a quién debía dirigirme en primera instancia; naturalmente al comandante. Usted lo ha hecho más indudable aún, aunque confieso que no sólo no ha fortificado mi decisión, sino que su honrada convicción ha llegado a conmovirme mucho, por más que no logre modificar mi opinión.

El oficial callaba, se volvió hacia la máquina, se tomó de una de las barras de bronce y contempló, un poco echado hacia atrás, el Diseñador, como para comprobar que todo estaba en orden. El soldado y el condenado parecían haberse hecho amigos; el condenado hacía señales al soldado, aunque sus sólidas ligaduras dificultaban notablemente la operación; el soldado se inclinó hacia él; el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.

El explorador se acercó al oficial y dijo:

—Todavía no sabe usted lo que pienso hacer. Comunicaré al comandante, en efecto, lo que opino del procedimiento, pero no en una asamblea, sino en privado; además, no me quedaré aquí lo suficiente para asistir a ninguna conferencia; mañana por la mañana me voy o por lo menos embarco.

No parecía que el oficial lo hubiera escuchado.

—Así que el procedimiento no le convence —dijo éste para sí, y sonrió como un anciano que se ríe de la insensatez de un niño y, a pesar de la sonrisa, prosigue sus propias meditaciones—. Entonces, llegó el momento —dijo por fin, y miró de pronto al explorador con clara mirada, en la que se veía cierto desafío, cierto vago pedido de cooperación.

—¿Cuál momento? —preguntó inquieto el explorador, sin obtener respuesta.

—Eres libre —dijo el oficial al condenado en su idioma; el hombre no quería creerlo—. Vamos, eres libre —repitió el oficial.

Por primera vez, el rostro del condenado parecía realmente animarse. ¿Sería verdad? ¿No sería un simple capricho del oficial, que no duraría ni un instante? ¿Tal vez el explorador extranjero había suplicado que lo perdonaran? ¿Qué ocurría? Su cara parecía formular estas preguntas. Pero por poco tiempo. Fuera lo que fuese, deseaba ante todo sentirse realmente libre y comenzó a debatirse en la medida que la Rastra se lo permitía.

—Me romperás las correas —gritó el oficial—, quédate quieto. Ya te desataremos.

Y después de hacer una señal al soldado, pusieron *manos* a la obra. El condenado sonreía sin hablar, para sí mismo, volviendo la cabeza ora hacia la izquierda, hacia el oficial; ora hacia el soldado, a la derecha; y tampoco olvidó al explorador.

–Sácalo de ahí –ordenó el oficial al soldado.

A causa de la Rastra esta operación exigía cierto cuidado. Ya el condenado, por culpa de su impaciencia, se había provocado una pequeña herida desgarrante en la espalda.

Desde este momento el oficial no le prestó la menor atención. Se acercó al explorador, volvió a sacar el pequeño portafolios de cuero, buscó en él un papel, encontró por fin la hoja que buscaba y la mostró al explorador.

–Lea esto –dijo.

–No puedo –dijo el explorador–, ya le dije que no puedo leer esos planos.

–Mírelo con más atención, entonces –insistió el oficial, y se acercó más al explorador, para que leyeran juntos.

Como tampoco esto resultó de ninguna utilidad, el oficial trató de ayudarlo, siguiendo la inscripción con el dedo meñique, a gran altura, como si en ningún caso debiera tocar el plano. El explorador hizo un esfuerzo para mostrarse amable con el oficial, por lo menos en algo, pero sin éxito. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción y luego la leyó entera.

–«Sé justo», dice –explicó–; ahora puede leerla.

El explorador se agachó tanto sobre el papel que el oficial, temiendo que lo tocara, lo alejó un poco; el explorador no dijo absolutamente nada, pero era evidente que todavía no había conseguido leer una letra.

–«Sé justo», dice –repitió el oficial.

–Puede ser –dijo el explorador–; estoy dispuesto a creer que así es.

–Muy bien –dijo el oficial, por lo menos en parte satisfecho, y trepó la escalera con el papel en la mano, con gran cuidado lo colocó dentro del Diseñador y pareció cambiar toda la disposición de los engranajes; era una labor muy difícil, seguramente había que manejar rueditas diminutas; a menudo la cabeza del oficial desaparecía completamente dentro del Diseñador, tanta exactitud requería el montaje de los engranajes.

Desde abajo, el explorador contemplaba incesantemente su labor, con el cuello endurecido y los ojos doloridos por el reflejo del sol sobre el cielo. El soldado y el condenado estaban ahora muy ocupados. Con la punta de la bayoneta, el soldado pescó del fondo del hoyo la camisa y los pantalones del condenado. La camisa estaba espantosamente sucia, y el condenado la lavó en el balde de agua. Cuando se puso la camisa y los pantalones, tanto el soldado como el condenado se rieron estrepitosamente, porque las ropas estaban rasgadas por detrás. Tal vez el condenado se creía en la obligación de entretener al soldado y con sus ropas desgarradas giraba delante de él; el soldado se había puesto en cuclillas y a causa de la risa se golpeaba las rodillas. Pero trataban de contenerse por respeto hacia los señores presentes.

Cuando el oficial terminó arriba con su trabajo, revisó nuevamente todos los detalles de la maquinaria, sonriendo, pero esta vez cerró la tapa del Diseñador, que hasta ahora había estado abierta; descendió, miró al hoyo, luego al condenado; advirtió satisfecho que éste había recuperado sus ropas, luego se dirigió al balde, para lavarse las manos; descubrió demasiado tarde que estaba repugnantemente sucio, se entristeció porque ya no podía lavarse las manos, finalmente las hundió en la arena –este sustituto no le agradaba mucho, pero tuvo que conformarse–, luego se puso de pie y comenzó a desabotonarse el uniforme. Le cayeron entonces en la mano los dos pañuelos de mujer que tenía metidos debajo del cuello.

–Aquí tienes tus pañuelos –dijo, y se los arrojó al condenado.

Y explicó al explorador:

–Regalos de las señoras.

A pesar de la evidente prisa con que se quitaba la chaqueta del uniforme, pan luego desvestirse totalmente, trataba cada prenda de vestir con sumo cuidado; acarició ligeramente con los dedos los

adornos plateados de su chaqueta y colocó una borla en su lugar. Este cuidado parecía, sin embargo, innecesario, porque apenas terminaba de acomodar una prenda, inmediatamente, con una especie de estremecimiento de desagrado, la arrojaba dentro del hoyo. Lo último que le quedó fue su espadín y el cinturón que lo sostenía. Sacó el espadín de la vaina, lo rompió, luego reunió todo, los trozos de espada, la vaina y el cinturón, y lo arrojó con tanta violencia que los fragmentos resonaron al caer en el fondo.

Ya estaba desnudo. El explorador se mordió los labios y no dijo nada. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir, pero no tenía ningún derecho de inmiscuirse. Si el procedimiento judicial, que tanto significaba para el oficial, estaba realmente tan próximo a su desaparición –posiblemente como consecuencia de la intervención del explorador, lo que para éste era una ineludible obligación–, entonces, el oficial hacía lo que debía hacer; en su lugar el explorador no habría procedido de otro modo.

Al principio el soldado y el condenado no comprendían; para empezar, ni siquiera miraban. El condenado estaba muy contento de haber recuperado los pañuelos, pero esta alegría no le duró mucho, porque el soldado se los arrancó con un ademán rápido e inesperado. Ahora el condenado trataba de arrancarle a su vez los pañuelos al soldado; éste se los había metido debajo del cinturón y se mantenía alerta. Así luchaban, medio en broma. Sólo cuando el oficial apareció completamente desnudo prestaron atención. Sobre todo el condenado pareció impresionado por la idea de este asombroso trueque de la suerte. Lo que le había sucedido a él, ahora le sucedía al oficial. Tal vez hasta el final. Aparentemente, el explorador extranjero había dado la orden. Por lo tanto, esto era la venganza. Sin haber sufrido hasta el fin, ahora sería vengado hasta el fin. Una amplia y silenciosa sonrisa apareció entonces en su rostro y no desapareció más. Mientras tanto, el oficial se dirigió hacia la máquina. Aunque ya había demostrado con largueza que comprendía la máquina, era, sin embargo, casi alucinante ver cómo la manejaba y cómo ella le respondía. Apenas acercaba una mano a la Rastra, ésta se levantaba y bajaba varias veces, hasta adoptar la posición correcta para recibirlo; tocó apenas el borde de la Cama, y ésta comenzó inmediatamente a vibrar; la mordaza de fieltro se aproximó a su boca; se veía que el oficial hubiera preferido no ponérsela, pero su vacilación sólo duró un instante, luego se sometió y aceptó la mordaza en la boca. Todo estaba preparado; sólo las correas pendían a los costados, pero eran evidentemente innecesarias, no hacía falta sujetar al oficial. Pero el condenado advirtió las correas sueltas; como, según su opinión, la ejecución era incompleta si no se sujetaban las correas, hizo un gesto ansioso al soldado, y ambos se acercaron para atar al oficial. Este había extendido ya un pie, para empujar la manivela que hacía funcionar el Diseñador; pero vio que los dos se acercaban y retiró el pie, dejándose atar con las correas. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela; ni el soldado ni el condenado sabrían encontrarla, y el explorador estaba decidido a no moverse. No hacía falta; apenas se cerraron las correas, la máquina comenzó a funcionar; la Cama vibraba; las agujas bailaban sobre la piel; la Rastra subía y bajaba. El explorador miró fijamente, durante un rato; de pronto recordó que una rueda del Diseñador hubiera debido chirriar; pero no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve zumbido.

Trabajando tan silenciosamente, la máquina pasaba casi inadvertida. El explorador miró hacia el soldado y el condenado. El condenado mostraba más animación, todo en la máquina le interesaba, de pronto se agachaba, de pronto se estiraba, y todo el tiempo mostraba algo al soldado con el índice extendido. Para el explorador, esto era penoso. Estaba decidido a permanecer allí hasta el final, pero la vista de esos dos hombres le resultaba insoportable.

–Volved a casa –dijo.

El soldado estaba dispuesto a obedecerle; pero el condenado consideró la orden como un castigo. Con las manos juntas, imploró lastimeramente que le permitieran quedarse, y como el explorador meneaba la cabeza y no quería ceder, terminó por arrodillarse. El explorador comprendió que las

órdenes eran inútiles y decidió acercarse y sacarlo a empujones. Pero oyó un ruido arriba, en el Diseñador. Alzó la mirada. ¿Finalmente habría decidido andar mal la famosa rueda? Pero era otra cosa. Lentamente la tapa del Diseñador se levantó y de pronto se abrió del todo. Los dientes de una rueda emergieron y subieron; pronto apareció toda la rueda, como si alguna enorme fuerza en el interior del Diseñador comprimiera las ruedas, de modo que ya no hubiera lugar para ésta; la rueda se desplazó hasta el borde del Diseñador, cayó, rodó un momento de canto por la arena y luego quedó inmóvil. Pero pronto subió otra, y otras las siguieron, grandes, pequeñas, imperceptiblemente diminutas; con todas ocurría lo mismo; siempre parecía que el Diseñador ya debía de estar totalmente vacío, pero aparecía un nuevo grupo, extraordinariamente numeroso, subía, caía, rodaba por la arena y se detenía. Ante este fenómeno, el condenado olvidó por completo la orden del explorador; las ruedas dentadas lo fascinaban; siempre quería coger alguna y al mismo tiempo pedía al soldado que lo ayudara, pero siempre retiraba la mano con temor, porque en ese momento caía otra rueda que por lo menos en el primer instante lo atemorizaba. El explorador, en cambio, se sentía muy inquieto; la máquina estaba evidentemente haciéndose trizas; su andar silencioso ya era una mera ilusión. El extranjero tenía la sensación de que ahora debía ocuparse del oficial, ya que el oficial no podía ocuparse más de sí mismo. Pero mientras la caída de los engranajes absorbía toda su atención, se olvidó del resto de la máquina; cuando cayó la última rueda del Diseñador, el explorador se volvió hacia la Rastra y recibió una nueva y más desagradable sorpresa. La Rastra no escribía, sólo pinchaba, y la Cama no hacía girar el cuerpo, sino que lo levantaba temblando hacia las agujas. El explorador quiso hacer algo que pudiera detener el conjunto de la máquina, porque esto no era la tortura que el oficial había buscado, sino una franca matanza. Extendió las manos. En ese momento la Rastra se elevó hacia un costado con el cuerpo atravesado en ella, como solía hacer después de la duodécima hora. La sangre corría por un centenar de heridas, no ya mezclada con agua, porque también los canalículos del agua se habían descompuesto. Y ahora falló también la última función; el cuerpo no se desprendió de las largas agujas; manando sangre, pendía sobre el hoyo de la sepultura, sin caer. La Rastra quiso volver entonces a su anterior posición, pero como si ella misma advirtiera que no se había librado todavía de su carga, permaneció suspendida sobre el hoyo.

–Ayudadme –gritó el explorador al soldado y al condenado, y cogió los pies del oficial.

Quería empujar los pies, mientras los otros dos sostenían del otro lado la cabeza del oficial, para desengancharlo lentamente de las agujas. Pero ninguno de los dos se decidía a acercarse; el condenado terminó por alejarse; el explorador tuvo que ir a buscarlo y empujarlos a la fuerza hasta la cabeza del oficial. En ese momento, casi contra su voluntad, vio el rostro del cadáver. Era como había sido en vida; no se descubría en él ninguna señal de la prometida redención; lo que todos los demás habían hallado en la máquina, el oficial no lo había hallado; tenía los labios apretados, los ojos abiertos, con la misma expresión de siempre, la mirada tranquila y convencida, y atravesada en medio de la frente la punta de la gran aguja de hierro.

Cuando el explorador llegó a las primeras casas de la colonia, seguido por el condenado y el soldado, éste le mostró uno de los edificios y le dijo:

–Esa es la confitería.

En la planta baja de una casa había un espacio profundo, de techo bajo, cavernoso, de paredes y cielo raso ennegrecidos por el humo. Todo el frente que daba a la calle estaba abierto. Aunque esta confitería no se distinguía mucho de las demás casas de la colina, todas en notable mal estado de conservación (aun el palacio donde se alojaba el comandante), no dejó de causar en el explorador una sensación como de evocación histórica, al permitirle vislumbrar la grandeza de los tiempos idos. Se acercó y entró, seguido por sus acompañantes, entre las mesitas vacías, dispuestas en la calle, frente al edificio, y respiró el aire fresco y cargado que provenía del interior.

–El viejo está enterrado aquí –dijo el soldado–, porque el cura le negó un lugar en el camposanto.

Dudaron un tiempo dónde la enterrarían; finalmente lo enterraron aquí. El oficial no le contó a usted nada seguramente, porque ésta era, por supuesto, su mayor vergüenza. Hasta trató varias veces de desenterrar al viejo, de noche, pero siempre lo echaban.

—¿Dónde está la tumba? —preguntó el explorador, que no podía creer lo que oía.

Inmediatamente, el soldado y el condenado le mostraron con la mano dónde debía de encontrarse la tumba. Condujeron al explorador hasta la pared; en torno de algunas mesitas estaban sentados varios clientes. Aparentemente eran obreros del puerto, hombres fornidos, de barba corta, negra y luciente. Todos estaban sin chaqueta, tenían las camisas rotas, era gente pobre y humilde. Cuando el explorador se acercó, algunos se levantaron, se ubicaron junto a la pared y lo miraron.

—Es un extranjero —murmuraban en torno suyo—, quiere ver la tumba.

Corrieron hacia un lado una de las mesitas, debajo de la cual se encontraba realmente la lápida de una sepultura. Era una lápida simple, bastante baja, de modo que una mesa podía cubrirla. Mostraba una inscripción de letras diminutas; para leerlas el explorador tuvo que arrodillarse. Decía así: «Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, que ya deben de ser incontables, cavaron esta tumba y colocaron esta lápida. Una profecía dice que después de determinado número de años el comandante resurgirá, y desde esta casa conducirá a sus partidarios para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!» Cuando el explorador terminó de leer y se levantó, vio que los hombres se reían, como si hubieran leído con él la inscripción, y ésta les hubiera parecido risible, y esperaban que él compartiera esa opinión. El explorador simuló no advertirlo, les repartió algunas monedas, esperó hasta que volvieran a correr la mesita sobre la tumba, salió de la confitería y se encaminó hacia el puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado algunos conocidos en la confitería y se quedaron conversando. Pero de pronto se separaron de ellos, porque cuando el explorador se encontraba por la mitad de la larga escalera que descendía hacia la orilla, lo alcanzaron corriendo. Probablemente querían pedirle a último momento que los llevara consigo. Mientras el explorador discutía abajo con un barquero el precio del transporte hasta el vapor, se precipitaron ambos por la escalera, en silencio, porque no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron abajo, el explorador ya estaba en el bote, y el barquero acababa de desatarlo de la costa. Todavía podían saltar dentro del bote; pero el explorador alzó del fondo del barco una pesada sogá anudada, los amenazó con ella y evitó que saltaran.

Una mujercita

(Eine kleine Frau, 1924)

Es una mujercita; aunque es muy delgada, suele, además, usar un corsé muy ajustado; siempre la veo con el mismo vestido, de un género gris amarillento, algo así como el color de la madera, y se adorna discretamente con borlas o adminículos en forma de botón, de igual color; siempre anda sin sombrero; su cabello rubio opaco es lacio y nada desordenado, pero lo lleva muy suelto. Aunque está tan encorsetada, se mueve con agilidad, a veces exagera esa facilidad de movimiento, le gusta llevarse las manos a la cintura y girar el torso hacia uno u otro lado, con asombrosa rapidez. Sólo puedo dar una idea de la impresión que me causa su mano, si digo que jamás he visto una mano cuyos dedos estén tan agudamente diferenciados entre sí como la suya; y, sin embargo, no presenta ninguna peculiaridad anatómica, es una mano completamente normal.

Ahora bien, esta mujercita está muy descontenta conmigo, siempre tiene que objetarme algo, siempre cometo toda clase de injusticias con ella, cada paso mío la irrita; si la vida pudiera cortarse en trozos infinitesimales y cada pedacito pudiera ser juzgado, estoy seguro de que cada partícula de mi vida sería para ella un motivo de disgusto. A menudo he pensado en eso: ¿por qué la irrito tanto? Podría ser que todo en mí ofendiera su sentido de la belleza, su idea de la justicia, sus costumbres, sus tradiciones, sus esperanzas; hay naturalezas humanas muy incompatibles; pero ¿por qué se preocupa tanto por eso? No hay, en efecto, ninguna relación entre nosotros que la obligue a soportarme. Ella debería decidirse a considerarme como un perfecto desconocido, lo que en realidad soy, teniendo en cuenta que semejante decisión no me molestaría, más bien se la agradecería mucho, sólo debería decidirse a olvidar mi existencia, una existencia que jamás quise obligarla a soportar y jamás querré; y, evidentemente, todos sus tormentos terminarían. Hago abstracción de mis sentimientos, y no tengo en cuenta que su actitud también es para mí, naturalmente, muy penosa, y no lo tengo en cuenta porque reconozco perfectamente que mis molestias no son nada comparadas con sus sufrimientos. De todos modos, siempre he sabido que esos sufrimientos no son causados por el afecto; no le interesa en absoluto mejorarme y, además, todo lo que en mí le desagrade es justamente lo que menos puede impedirme mejorar. Pero tampoco le importa que yo prograse, solamente le importan sus intereses personales, que en este caso consisten en vengarse de los sufrimientos que le provocho, e impedir los sufrimientos con que pueda amenazarla en lo futuro. Ya una vez intenté indicarle la mejor manera de poner fin a este resentimiento perpetuo hacia mí, pero sólo logré con eso suscitar en ella tal arrebato de furor que nunca más repetiré esa tentativa.

Además, esto representa para mí, si así puedo decirlo, cierta responsabilidad, porque por menos intimidad que haya entre la mujercita y yo y por más evidente que sea que la única relación existente entre nosotros es la irritación que le produzco, o más bien la irritación que ella permite que yo le produzca, no por eso puedo sentirme indiferente ante los visibles perjuicios físicos que esta irritación le aparece. De vez en cuando, y estos últimos tiempos más a menudo, me llegan informes de que esa mañana ella amaneció pálida, insomne, con dolor de cabeza y casi incapacitada para trabajar; esto hace que sus familiares se pregunten perplejos cuál será el origen de esos estados, y hasta ahora no lo han descubierto. Sólo yo lo sé; es la antigua y siempre renovada irritación. Claro que no comparto totalmente las preocupaciones de sus familiares; ella es fuerte y resistente; quien puede enojarse hasta

ese punto, puede seguramente también pasar por alto las consecuencias del enojo; hasta tengo la sospecha de que ella –por lo menos a veces– simula sus sufrimientos para dirigir de ese modo hacia mí las sospechas de la gente. Es demasiado orgullosa para decir abiertamente cómo sufre por culpa de mi mera existencia; recurrir a los demás contra mí le parecería rebajarse a sí misma; sólo la repugnancia, una incesante repugnancia que no deja de impelerla, consigue que ella se ocupe de mí; discutir abiertamente esta cosa tan impura le parecería demasiada vergüenza. Pero también es demasiado para ella callar constantemente una cosa que la oprime sin cesar. Por eso, con astucia femenina, prefiere un término medio: callar, y sólo mediante las apariencias exteriores de un sufrimiento oculto llamar la atención pública sobre el asunto. Tal vez ella espere, posiblemente, que en cuanto la atención pública fije en mí todas sus miradas, se concrete contra mí un rencor general y público, y con todos sus vastos poderes éste consiga condenarme definitivamente, con mucho más vigor y rapidez que sus relativamente débiles rencores privados; entonces ella se retiraría de la escena, respiraría con alivio y me daría las espaldas. Ahora bien, si éstas son realmente sus esperanzas, se engaña. La opinión pública no la sustituirá en su papel; la opinión pública no me encontraría nunca tantos motivos de reproche, aunque me estudiara a través de su lupa de mayor aumento. No soy un hombre tan inútil como ella cree; no quiero exagerar mis méritos, y mucho menos cuando se trata de este asunto, pero si no llamo la atención por mis condiciones extraordinarias, tampoco la llamo por mi falta de condiciones; sólo para ella, para sus ojos llameantes y casi blancos de ira, soy así; no podrá convencer a nadie más. Por lo tanto, ¿puedo sentirme completamente tranquilo en lo que a esto respecta? No, tampoco; porque cuando llegue realmente al conocimiento público que mi comportamiento está provocando positivamente su enfermedad, y algún observador, por ejemplo, mis más activos informadores, estén a punto de percibirlo o por lo menos adopten la actitud de percibirlo, y la gente venga a preguntarme por qué hago sufrir a esta pobre mujercita con mi incorregibilidad o si tengo la intención de llevarla a la tumba, y cuándo llegará el momento de mostrarme más sensato y de demostrar suficiente compasión humana para cesar con todo eso; cuando la gente me formule esta pregunta, me costará bastante responder. ¿Confesaré francamente que no creo mucho en sus síntomas de enfermedad, lo que implicaría producir la desagradable impresión de que para librarme de mi culpa culpo a otra persona y justamente de una manera tan poco galante? ¿Y cómo podría decir abiertamente que yo, aun cuando creyera que ella está realmente enferma, no siento la más mínima compasión, que la mujer en cuestión es para mí una perfecta desconocida y que la relación que existe entre nosotros es una pura invención de su parte y totalmente unilateral? No digo que no me creerían; más bien ni se me creería, no se me creería; no se tomarían el trabajo de dudar; simplemente, tomarían nota de la respuesta que di concerniente a una mujer débil y enferma, y esto no me haría mucho honor. Tanto con ésta como con cualquier otra respuesta, chocaría inevitablemente con la incapacidad de la gente de reprimir, en un caso como éste, la sospecha de una relación amorosa, aunque es más evidente que la luz del día que semejante relación no existe, y que si existiera, se originaría más bien en mí y no en ella, ya que realmente yo sería muy capaz de admirar en esta mujercita la potente rapidez de sus juicios y la infatigabilidad de sus conclusiones, cuando esas mismas cualidades no estuvieran al servicio constante de mi tormento. Pero en todo caso, ella no demuestra ningún deseo de llegar a una relación amistosa conmigo; en eso es honrada y veraz; en eso reside mi última esperanza; sería imposible que si conviniera a su plan de campaña hacerme creer en una relación de ese tipo, se olvidaría de sí misma hasta el punto de cometer una acción semejante. Pero la opinión pública, totalmente incapaz de sutilezas, seguirá siempre pensando lo mismo en este sentido y siempre se decidirá contra mí.

Por lo tanto, lo único que me resta es cambiar a tiempo, antes que intervengan los demás, lo suficiente no para anular el rencor de la mujercita, lo que es inconcebible, sino por lo menos para dulcificarlo. Y, en efecto, muchas veces me he preguntado si me agrada tanto mi estado actual que ya

no quisiera modificarlo, y si no sería posible provocar en mí determinados cambios, aunque no los provocara porque me parecieran necesarios, sino simplemente para calmar a la mujercita. Y he tratado honradamente de hacerlo, no sin fatigas ni cuidados; hasta me hacía bien, casi me divertía; logré ciertas modificaciones visibles desde muy lejos, no necesitaba llamar la atención de la mujercita sobre ellas, ya que se da cuenta de esas cosas antes que yo, puede percibir de antemano por la expresión de mi cara las intenciones de mi mente; pero no logré ningún éxito. ¿Cómo hubiera podido lograrlo? Su disconformidad conmigo es, como bien lo comprendo ahora, fundamental; nada puede hacerla desaparecer, ni siquiera mi propia desaparición; su furor ante la noticia de mi suicidio sería posiblemente ilimitado.

Ahora bien, no puedo imaginarme que ella, una mujer tan aguda, no comprenda todo esto tan bien como yo, no comprenda tanto la inutilidad de sus esfuerzos como mi propia inocencia, mi incapacidad (a pesar de la mejor voluntad del mundo) de conformarme a sus requisitos. Seguramente lo comprende; pero como es de naturaleza combativa, lo olvida en el apasionamiento del combate, y mi desdichada manera de ser, que no puedo imaginar diferente porque es mía de nacimiento, consiste justamente en susurrar suaves consejos a quien está fuera de sí de furor. De este modo, naturalmente, no llegaremos nunca a entendernos. Día tras día saldré de la casa con mi habitual alegría matutina, para encontrarme con ese rostro amargado contra mí, con la curva desdeñosa de esos labios, la mirada investigadora (y ya antes de investigar, segura de lo que encontrará) que me recorre, y a la que nada escapa, sea cual sea su brevedad; la sonrisa sarcástica que abre surcos en sus mejillas adolescentes, la mirada lastimera elevada hacia el cielo, las manos que se plantan en las caderas para reunir más aplomo y luego el temblor y la palidez de la ira que estalla.

No hace mucho –y por primera vez, como advertí asombrado en esa misma ocasión– mencioné algo de este asunto a un excelente amigo mío, sólo al pasar, sin darle importancia; con dos palabras solamente le hice un rápido resumen de la situación; tan poca cosa me parece cuando la contemplo desde fuera que hasta llegué a reducir un poco sus verdaderas proporciones. Inesperadamente, mi amigo no se desinteresó de la cuestión, sino que por su propia cuenta le dio más importancia que yo, no quería cambiar de tema e insistía en discutirlo. Más inesperado aún fue que él, a pesar de todo, subestimara el problema en uno de sus aspectos decisivos, porque me aconsejó seriamente que me alejara por un tiempo, que viajara. Ningún consejo podría ser más incomprensible; la situación es bastante clara; cualquiera que la estudie de cerca puede llegar a comprenderla perfectamente; pero no es, sin embargo, tan simple que mi mera partida la solucione totalmente o por lo menos en una parte apreciable. Nada de eso; tengo que cuidarme mucho de no alejarme; porque si me decido a seguir algún plan, éste debe consistir esencialmente en mantener el asunto dentro de los reducidos límites que hasta ahora ha tenido, no dejar penetrar en él al mundo exterior, o sea permanecer tranquilo donde estoy y no permitir que el asunto ocasione ningún cambio considerable y conspicuo, lo que implica no hablar con nadie de la cuestión; pero todo esto no porque se trate de un peligroso misterio, sino porque es una cuestión desdeñable, puramente personal, y como tal indigna de tanta atención, y porque no debe dejar de serlo. Por eso las observaciones de mi amigo no fueron totalmente inútiles, no me revelaron nada nuevo, pero fortificaron mi primitiva resolución.

En efecto, si se lo considera atentamente, las modificaciones que con el correr del tiempo parece haber sufrido este asunto no son modificaciones del asunto en sí, sino simplemente un desarrollo de mi actitud ante él, en el sentido de que esta actitud se ha vuelto, por una parte, más tranquila, más viril, más cerca del fondo de la cuestión, y, por otra parte, bajo la incesante influencia de estos continuos sobresaltos, por insignificantes que parezcan, ha provocado cierta intensificación de mi nerviosidad.

Este asunto me preocupa menos que antes, porque comienzo a creer que comprendo que por más cerca que hayamos creído encontrarnos de una crisis decisiva, es muy poco probable que ésta ocurra;

uno está predispuesto a calcular con demasiado apresuramiento, especialmente cuando es joven, la rapidez con que se producen las crisis decisivas; cada vez que mi pequeño juez femenino, debilitado por culpa de mi mera presencia, se dejaba caer de costado en una silla, sosteniéndose con una mano sobre el respaldo y soltándose los lazos del corpiño con la otra, mientras las lágrimas de furor y de desesperación le corrían por las mejillas, yo creía que el instante de la crisis había llegado y que de un momento a otro me vería obligado a dar explicaciones. Pero nada de momento decisivo, nada de explicaciones; las mujeres se desvanecen con facilidad; la gente ni tiene tiempo de ocuparse de sus manías. ¿Y qué sucedió realmente durante todos estos años? Simplemente, que estas situaciones se repitieron, a veces más violentamente, a veces menos, y que en consecuencia su suma total ha aumentado. Y la gente acedía en torno, deseosa de intervenir, si pudieran descubrir una oportunidad que se lo permitiera; pero no encuentran ninguna, hasta ahora se han visto obligados a reducirse a lo que podían olfatear en el ambiente, y bastante había como para mantenerlos ampliamente ocupados con sus olfateos, terminando ahí todo. Pero siempre ha sido fundamentalmente así, siempre existieron esos inútiles espectadores y esos olfateadores, que excusaban su presencia con pretextos ingeniosos, preferentemente parentescos; siempre espiando, siempre olfateando toda clase de pistas; pero la consecuencia de todo esto es simplemente que allí están todavía. La única diferencia consiste en que poco a poco he llegado a conocerlos y a distinguir sus caras; en otros tiempos, yo creía que acudían paulatinamente de todas partes, que las repercusiones del asunto aumentaban y provocarían por sí solas la crisis definitiva; hoy creo saber que todos éstos estaban aquí desde mucho antes y que la crisis definitiva poco o nada tiene que ver con ellos. Y esa crisis, ¿por qué la dignifico con un nombre tan pomposo? Suponiendo que algún día –que no será seguramente ni mañana ni pasado mañana ni probablemente nunca– ocurriera que la opinión pública se interesara en este asunto, lo que insisto en repetir, no le compete, no saldré seguramente incólume de dicho proceso, pero también es indudable que tendrán en consideración el hecho de que la opinión pública no me desconoce totalmente, que hasta ahora siempre viví en la luz plena de la publicidad, confiado y digno de confianza, y que esta insignificante y desdichada mujercita, recién llegada a mi vida, a quien, hago notar de paso, otro hombre habría considerado hace mucho como una simple mota y, sin llamar en lo más mínimo la atención de la opinión pública, habría aplastado bajo sus pies, que esta mujer, en el peor de los casos, sólo podría agregar un odioso adornito al diploma que desde hace tiempo me certifica ante la opinión pública como un miembro respetable de la sociedad. Así están actualmente las cosas, de modo que no tengo muchos motivos de preocupación.

El hecho de que con los años yo haya llegado a sentirme un poco inquieto no tiene nada que ver realmente con el significado esencial de este asunto; simplemente, no se soporta ser constantemente motivo de la ira de otra persona, aun cuando se sabe perfectamente que esa ira es infundada; uno se siente inquieto; uno empieza, de una manera puramente física, a eludir las crisis decisivas, aun cuando honestamente no crea demasiado en su posibilidad. Además, esto representa en cierta forma un síntoma de envejecimiento; la juventud mejora todo; las características desagradables se pierden en la fuente de vigor inagotable de la juventud; si una persona cuando joven tiene mirada astuta, no se le considera un defecto, ni siquiera se advierte, ni siquiera él mismo lo advierte; pero lo que perdura en la vejez son restos; todo es necesario; nada se renueva; todo está expuesto al escrutinio, y la mirada astuta de un hombre que envejece es francamente una mirada astuta y no es difícil reconocerla. Sólo que tampoco en este caso constituye un empeoramiento real de su condición.

Por lo tanto, de cualquier ángulo que lo considere, resultará siempre evidente, y a esa evidencia me atengo, que si consigo mantener este pequeño asunto bajo mi mano, aun sin esforzarme, todavía podré seguir viviendo durante mucho tiempo la vida que hasta ahora he vivido, imperturbado por el mundo, a pesar de todos los arrebatos de esta mujer.

Josefina la cantora o El pueblo de los ratones

(Josefine, die Sangerin oder Das Volk der Mause, 1924)

Nuestra cantora se llama Josefina. Quien no la ha oído, no conoce el poder del canto. No hay nadie a quien su canto no arrebatase, prueba de su valor, ya que en general nuestra raza no aprecia la música. La quietud es nuestra música preferida; nuestra vida es dura, y aunque intentáramos olvidar las preocupaciones cotidianas, no podríamos nunca elevarnos a cosas tan alejadas de nuestra vida habitual como la música. Pero no nos quejamos demasiado; ni siquiera nos quejamos; consideramos que nuestra máxima virtud es cierta astucia práctica, que en verdad nos es sumamente indispensable, y con esa sonriente astucia solemos consolarnos de todo, aun cuando alguna vez sintiéramos –lo que no ocurre nunca– la nostalgia de la felicidad que tal vez la música produce. Sólo Josefina es una excepción; le gusta la música y, además, sabe comunicarla; es la única; con su desaparición, desaparecerá también la música –quién sabe hasta cuándo– de nuestras vidas.

Muchas veces me he preguntado qué ocurre realmente con esa música. Somos totalmente amusicales; ¿cómo comprendemos entonces el canto de Josefina o, más bien, ya que Josefina niega nuestra comprensión, creemos comprenderlo? La respuesta más simple sería que la belleza de dicho canto es tan grande que ni el espíritu más torpe puede resistirla; pero esa respuesta es insatisfactoria. Si así fuera realmente, al oír ese canto deberíamos experimentar, ante todo y en todos los casos, la sensación de lo extraordinario, la sensación de que en esa garganta resuena algo que no hemos oído nunca, y que tampoco somos capaces de oír, y que tal vez Josefina y sólo ella nos capacita para oír. En realidad, no es ésta mi opinión, no siento eso y no he notado que los demás lo sintieran. En círculos íntimos, no titubeamos en confesar que, como canto, el canto de Josefina no es nada extraordinario.

Para empezar, ¿es canto? A pesar de nuestra amusicalidad, poseemos tradiciones de canto; en la antigüedad, el canto existió entre nosotros; las leyendas lo mencionan, y hasta se conservan canciones, que por cierto ya nadie puede cantar. Por lo tanto, tenemos cierta idea de lo que es el canto, y es evidente que el canto de Josefina no corresponde a esa idea. ¿Es entonces canto? ¿No será quizá un mero chillido? Todos sabemos que el chillido es la aptitud artística de nuestro pueblo, o más bien no una aptitud, sino una característica expresión vital. Todos chillamos, pero a nadie se le ocurre que chillar sea un arte, chillamos sin darle importancia, hasta sin darnos cuenta, y muchos de nosotros ni siquiera sabemos que chillar es una de nuestras características. Por lo tanto, si fuera cierto que Josefina no canta, sino chilla, y que tal vez, como creo yo por lo menos, su chillido no sobrepasa los límites de un chillido común –hasta es posible que sus fuerzas ni siquiera alcancen para un chillido común, cuando un mero trabajador de la tierra puede chillar todo el día, mientras trabaja, sin cansarse–; si todo esto fuera cierto, entonces quedarían inmediatamente refutadas las pretensiones artísticas de Josefina, pero todavía faltaría resolver el enigma de su inmenso efecto.

Porque, después de todo, lo que ella emite es un simple chillido. Si uno se coloca bien lejos y la escucha o, todavía mejor, si para poner a prueba su discernimiento, trata de reconocer la voz de Josefina cuando ésta canta en medio de otras voces, sólo distingue, sin lugar a dudas, un vulgar chillido, que en el mejor de los casos apenas se diferencia por su delicadeza o su debilidad. Y, sin embargo, si uno está ante ella, ya no oye un simple chillido; para comprender su arte es necesario no

sólo oírla, sino también verla. Aun cuando sólo fuera nuestro chillido cotidiano, nos encontramos ante todo con la peculiaridad de alguien que se prepara solemnemente para ejecutar un acto cotidiano. Cascar una nuez no es realmente un arte, y en consecuencia nadie se atrevería a congregarse para entretenerle cascando nueces. Pero si lo hace y logra su propósito, entonces ya no se trata meramente de cascar nueces. O tal vez se trate meramente de cascar nueces, pero entonces descubrimos que nos hemos despreocupado totalmente de dicho arte porque lo dominábamos demasiado, y este nuevo cascador de nueces nos muestra por primera vez la esencia real del arte, al punto que podría convenirle, para un mayor efecto, ser un poco menos hábil en cascar nueces que la mayoría de nosotros.

Tal vez acontece lo mismo con el canto de Josefina; admiramos en ella lo que no admiramos en nosotros; por otra parte, ella está en este sentido totalmente de acuerdo con nosotros. Yo me hallaba presente una vez que alguien, como a menudo ocurre, se refirió al chillido popular, tan difundido; y en verdad se refirió muy tímidamente, pero para Josefina era más que suficiente. No he visto nunca una sonrisa tan sarcástica y arrogante como la suya en ese momento; ella, que es la personificación de la perfecta delicadeza, y hasta se destaca por su delicadeza entre nuestro pueblo, tan rico en finos tipos femeninos, llegó a parecer en ese instante francamente vulgar; pero su gran sensibilidad le permitió darse cuenta, y se dominó. De todos modos, niega toda relación entre su arte y el chillido. Sólo siente desprecio hacia los que son de opinión contraria y, probablemente, odio inconfesado. Esto no es simple vanidad, porque dichos opositores, entre los que en cierto modo me cuento, no la admiran seguramente menos que la multitud; pero Josefina no se conforma con la mera admiración, quiere ser admirada exactamente de la manera que ella prescribe; la simple admiración no le importa. Y cuando uno está frente a ella, la comprende; la oposición sólo es posible desde lejos; cuando uno está frente a ella, sabe: lo que chilla no son chillidos.

Como chillar es uno de nuestros hábitos inconscientes, podría suponerse que también en el auditorio de Josefina se oyen chillidos; nos encanta su arte, y cuando estamos encantados, chillamos; pero su auditorio no chilla, guarda un silencio de lucha; como si nos volviéramos partícipes de la anhelada calma, de la que nuestro chillar nos apartaría, callamos. ¿Nos extasía su canto o no sería más bien el solemne silencio que envuelve su débil vocecita? Sucedió una vez que una tonta criatura comenzó también a chillar, con toda inocencia, mientras Josefina cantaba. Ahora bien, era exactamente lo mismo que Josefina nos hacía oír; frente a nosotros, sus chillidos cada vez más débiles, a pesar de todos los ensayos, y en medio del público, el chillido infantil e involuntario; hubiera sido imposible señalar una diferencia; y, sin embargo, silbamos y siseamos inmediatamente a la intrusa, aunque en realidad era totalmente innecesario, porque ésta se habría retirado de todos modos, arrastrándose de terror y vergüenza, mientras Josefina lanzaba su chillido triunfal y en un completo éxtasis extendía los brazos y estiraba el cuello hasta más no poder.

Por otra parte, siempre ocurre así, cualquier pequeñez, cualquier contingencia, cualquier contrariedad, un crujido del piso, un rechinar de dientes, un defecto de la iluminación, le sirven de pretexto para realzar el efecto de su canto; cree cantar, sin embargo, ante oídos sordos; aprobación y aplausos no le faltan, pero sí verdadera comprensión, según ella, y hace tiempo que se resignó a la incompreensión. Por eso le agradan tanto las interrupciones; cualquier circunstancia exterior que se oponga a la pureza de su canto, que pueda ser vencida con poco esfuerzo o hasta sin esfuerzo, simplemente afrontarla, puede contribuir a despertar a la multitud y a enseñarle, si no la comprensión, por lo menos un supersticioso respeto.

Si así le sirven las pequeñeces, ¡cuánto más las grandes contingencias! Nuestra vida es muy inquieta, cada día nos trae nuevas sorpresas, temores, esperanzas y sustos, que el individuo aislado no podría soportar si no contara día y noche, siempre, con el apoyo de sus camaradas; pero aun así sería bastante difícil; muchas veces miles de espaldas tambalean bajo una carga destinada a uno solo.

Entonces Josefina considera que llegó su hora. Se yergue, delicada criatura; su pecho vibra angustiosamente, como si hubiera concentrado todas sus fuerzas en el canto, como si se hubiera despojado de todo lo que en ella no es directamente necesario al canto, toda fuerza, toda manifestación de vida casi, como si se hubiera desnudado, abandonado, entregado totalmente a la protección de los ángeles guardianes, como si en su total arrobamiento en la música un solo hálito frío pudiera matarla. Pero justamente cuando así aparece los que nos decimos oponentes solemos comentar:

—Ni siquiera puede chillar; tiene que esforzarse tan horribilmente no para cantar (no hablemos de cantar), sino para obtener algo vagamente parecido al chillido habitual del país.

Así comentamos; pero esta impresión, como dije inevitable, es, sin embargo, fugaz y rápidamente desaparece. Pronto, también nosotros nos sumergimos en el sentimiento de la multitud, que en cálida proximidad escucha, conteniendo el aliento.

Y para reunir en torno a ella esta multitud de gente de nuestro pueblo, un pueblo casi siempre en movimiento, que corre hacia aquí y allá por motivos no siempre muy claros, le basta a Josefina generalmente echar la cabecita hacia atrás, entreabrir la boca, volver los ojos hacia lo alto y adoptar en general la posición que anuncia su intención de cantar. Puede hacer esto donde se le ocurra; no hace falta que sea un lugar visible desde lejos, cualquier rincón escondido y escogido al azar, según el capricho del instante, le sirve. La noticia de qué va a cantar se difunde inmediatamente, y pronto acuden enteras procesiones. Es claro que a veces surgen inconvenientes, porque Josefina canta de preferencia en tiempos de agitación; múltiples preocupaciones y peligros nos obligan a seguir caminos divergentes; a pesar de la mejor voluntad, no podemos reunirnos tan rápidamente como Josefina desearía, y se ve obligada a esperar cierto tiempo, sin abandonar su actitud grandiosa y sin auditorio suficiente; entonces se vuelve francamente furiosa, pateo el suelo, maldice de manera muy poco virginal, hasta llega a morder. Pero ni siquiera semejante conducta perjudica su reputación; en vez de contener sus exageradas pretensiones, todos se esfuerzan por satisfacerlas; se envían mensajeros para convocar más público; se le oculta esta circunstancia; por todos los caminos de los alrededores se ven centinelas apostados, que hacen señales a los concurrentes para que se apresuren; esto continúa hasta reunir un auditorio tolerable.

¿Qué impulsa a la gente a molestarse tanto por Josefina? Problema tan difícil de resolver como el del canto de Josefina y estrechamente relacionado con él. Se podría suprimirlo e incluirlo totalmente en el segundo problema mencionado, si fuera posible asegurar que en consideración a su canto la gente es incondicionalmente adicta a Josefina. Pero no es éste el caso; nuestro pueblo desconoce casi la adhesión incondicional; nuestro pueblo, que ama sobre todo la astucia inocua, el susurro infantil y la charla inocente y superficial; ese pueblo no puede en ningún caso entregarse incondicionalmente, y Josefina lo sabe muy bien, y justamente contra eso combate con todo el vigor de su débil garganta.

Por supuesto, no debemos exagerar las consecuencias de estas consideraciones tan generales; el pueblo es adicto a Josefina, pero no lo es incondicionalmente. Por ejemplo, no serían capaces de reírse de ella. Llega a admitir que muchos aspectos de Josefina son risibles, y la risa es de por sí una de nuestras características constantes; a pesar de todas las miserias de nuestra existencia, la risa moderada es en cierto modo nuestra habitual compañera; pero de Josefina no nos reímos. A menudo tengo la impresión de que el pueblo concibe su relación con Josefina como si este ser frágil, indefenso y en cierto modo notable (según ella notable por su poder lírico), le estuviera confiado, y él debiera cuidar de ella; el motivo no es claro para nadie, pero el hecho parece indiscutible. Pero nadie se ríe de lo que le han confiado; reírse sería faltar al deber; la máxima malicia de que a veces son capaces los maliciosos al hablar de Josefina es ésta: «La risa se nos acaba cuando vemos a Josefina.»

Así cuida el pueblo a Josefina, como el padre cuida a la criatura que le tiende su manecita, no se sabe bien si para pedir o para exigir. Podría creerse que nuestro pueblo no es capaz de desempeñar esas funciones paternas, pero en realidad, y por lo menos en este caso, las desempeña

admirablemente; ningún individuo aislado podría hacer lo que hace en este sentido la totalidad del pueblo. Por cierto, la diferencia de fuerzas entre el pueblo y el individuo es tan extraordinaria que basta que atraiga al protegido al calor de su proximidad para que éste esté suficientemente protegido. Pero nadie se atreve a hablar de estos temas con Josefina. «Me burlo de vuestra protección», dice en esos casos. Sí, sí, búrlate, pensamos. Y en realidad, su rebelión no implica una resistencia, más bien es mera puerilidad y gratitud infantil, y el deber de un padre es pasarlas por alto.

Pero hay algo en las relaciones entre el pueblo y Josefina que es más difícil de explicar todavía. Y es esto: Josefina no sólo no cree que el pueblo la protege, cree que es ella quien protege al pueblo. Pensa que su canto nos salva en las crisis políticas o económicas, nada menos, y cuando no aleja la desgracia, por lo menos nos inspira fuerzas para soportarla. Ella no lo dice, ni explícita ni implícitamente, porque es verdad que habla poco, se calla entre los charlatanes; pero lo dicen los destellos de sus ojos y lo proclama su boca cerrada (en nuestro pueblo pocos pueden tener la boca cerrada; ella puede).

A cada mala noticia –y hay días en que las malas noticias abundan, incluyendo las falsas y semiverdaderas– ella se yergue, porque generalmente está tendida en el suelo, fatigada; se yergue, estira el cuello y trata de abarcar con la mirada a su rebaño, como el pastor ante la tormenta. Se sabe que también los niños suelen aducir pretensiones análogas, en su irreprimible e impetuosa puerilidad; pero en Josefina no son tan infundadas como en ellos. Es verdad que no nos salva ni nos infunde ninguna fuerza especial; es fácil adoptar el papel de salvador de nuestro pueblo, habituado al sufrimiento, temerario, de rápidas decisiones, conocedor del rostro de la muerte, sólo aparentemente tímido en esa atmósfera de audacia que sin cesar lo rodea y, además, tan fecundo como arriesgado; es fácil, digo, considerarse *a posteriori* el salvador de este pueblo que siempre ha sabido de algún modo salvarse a sí mismo, aun a costa de sacrificios que estremecen de espanto al historiador (aunque en general descuidamos por completo el estudio de la historia). Y, sin embargo, también es verdad que en las situaciones angustiosas escuchamos mejor que en otras ocasiones la voz de Josefina. Las amenazas suspendidas sobre nosotros nos vuelven más silenciosos, más humildes, más dóciles a la dominación de Josefina; con gusto nos reunimos, con gusto nos apiñamos, especialmente porque la ocasión tiene tan poco que ver con nuestra torturante preocupación; es como si bebiéramos apresuradamente _sí_, hay que darse prisa; demasiado a menudo Josefina se olvida de esta circunstancia– una copa común de paz antes de la batalla. Es menos un concierto de canto que una asamblea popular, y en verdad, una asamblea donde, exceptuando el débil chillido de Josefina, impera un absoluto silencio; la hora es demasiado seria para desperdiciarla en charlas.

Una relación de este tipo, naturalmente, no satisface a Josefina. A pesar de su inquietud y su nerviosidad, consecuencias de lo indefinido de su posición, hay muchas cosas que no ve, cegada por su engreimiento y sin mayor esfuerzo puede conseguirse que pase por alto muchas otras; un enjambre de aduladores se ocupa constantemente de esto, rindiendo un verdadero servicio público; pero cantar en un rincón de una asamblea popular, inadvertida, secundaria, aunque en sí no sería deshonoroso, ella no lo consentiría jamás y preferiría negarnos el don de su canto.

Pero esto no es necesario, porque su arte no pasa inadvertido. Aunque en el fondo estamos preocupados por cosas muy diferentes, y el silencio reina no sólo porque ella canta, y muchos ni siquiera miran, y prefieren hundir el rostro en la piel del vecino, y Josefina parece por lo tanto esforzarse inútilmente en su escenario, hay algo, sin embargo, en su canto –y esto no puede negarse– que nos conmueve. Esos chillidos que lanza mientras todos están entregados al silencio nos llegan como un mensaje del pueblo entero a cada uno de nosotros; el tenue chillido de Josefina en medio de esos momentos de graves decisiones es casi como la miserable existencia de nuestro pueblo en medio del tumulto del mundo hostil. Josefina se impone con su nada de voz, con su nada de técnica se impone y nos llega al alma; nos hace bien pensar en eso. En esos momentos no soportaríamos a una

verdadera artista del canto, suponiendo que hubiera alguna entre nosotros, y unánimemente nos alejaríamos de la insensatez de semejante concierto. Que Josefina no descubra jamás que la escuchamos justamente porque no es una gran cantante. Algún presentimiento de esto ha de tener, porque si no, ¿con qué motivo negaría tan apasionadamente que la escuchamos?; pero igual sigue cantando, tratando de alejar a chillidos ese presentimiento.

Pero hay otras cosas que podrían consolarla: a pesar de todo, es probable que la escuchemos del mismo modo que se escucha a una artista del canto; provoca emociones que una artista famosa trataría en vano de provocar entre nosotros y que sólo son posibles justamente por la pobreza de sus medios. Esto se relaciona sobre todo con nuestro modo de vivir.

Nuestro pueblo desconoce la juventud, apenas conoce una mínima infancia. Es cierto que regularmente aparecen proyectos en los que se otorga a los niños una libertad especial, una protección especial; en los que su derecho a cierta negligencia, a cierto espíritu inocente de travesura, a un poco de diversión, es reconocido, y se fomenta su ejercicio; en cuanto se presentan esos proyectos, todos los aprueban, nada aprobarían con más agrado; pero tampoco hay nada que la realidad de nuestra vida permita menos cumplir; se aprueban los proyectos, se intenta su aplicación; pero pronto todo vuelve a ser lo que era antes. Nuestra vida es tal que un niño, apenas puede correr un poco y distinguir otro tanto del mundo que lo rodea, ya debe ganarse la vida como un adulto; las zonas en que por razones económicas debemos vivir dispersos son demasiado extensas; nuestros enemigos son demasiados; los peligros que nos acechan en todos lados, incalculables; no podemos alejar a los niños de la lucha por la existencia, hacerlo significaría para ellos una muerte prematura. A estas melancólicas consideraciones se agrega otra que no es nada melancólica: la fecundidad de nuestra raza. Una generación –y cada una es más numerosa aún que la anterior– es inmediatamente desplazada por la siguiente; los niños no tienen tiempo de ser niños. Otros pueblos pueden criar cuidadosamente a sus niños, pueden edificar escuelas para esos niños, y de esas escuelas surgen diariamente torrentes de niños, el futuro de la raza; pero durante mucho tiempo esos niños que día tras día salen de las escuelas son los mismos. Nosotros no tenemos escuelas; pero de nuestro pueblo surgen a brevísimos intervalos innumerables multitudes de niños, alegremente balbuceando o piando, porque todavía no saben chillar; rodando o gateando impulsados por el ímpetu general, porque todavía no saben correr; llevándose torpemente todo por delante, porque todavía no pueden ver; ¡nuestros niños! Y no como los niños de esas escuelas, siempre los mismos, no: siempre, siempre distintos, sin interrupción; apenas aparece un niño, ya no es más niño, porque se apiñan detrás de él los nuevos rostros de niños, imposibles de diferenciar a causa de su cantidad y su premura, rosados de felicidad. Verdaderamente, por más hermosa que sea esa abundancia y por más que nos la envidien los demás, con razón, no podemos de ningún modo proporcionar a nuestros niños una verdadera infancia. Y esto trae consecuencias. Una especie de inagotable e inarraigable infancia caracteriza a nuestro pueblo; en oposición directa con lo mejor que tenemos, nuestro infalible sentido común, nos conducimos muchas veces de la manera más insensata y justamente con la misma insensatez de los niños, locamente, pródigamente, grandiosamente, frívolamente, y todos por el placer de alguna diversión trivial. Y aunque nuestra alegría naturalmente ya no puede alcanzar la intensidad de la alegría infantil, algo de ésta sin duda sobrevive. Y también Josefina ha sabido aprovechar desde el primer momento esta puerilidad de nuestro pueblo.

Pero nuestro pueblo no sólo es pueril, en cierto sentido también es prematuramente senil; la niñez y la vejez no son en nosotros como en los demás. No tenemos juventud, somos inmediatamente adultos, y luego somos adultos demasiado tiempo, y cierto cansancio y cierta desesperanza originados por esa circunstancia nos marcan con señales visibles, a pesar de la resistencia y la capacidad de esperanza que nos caracterizan. Eso también se relaciona seguramente con nuestra amusicalidad; somos demasiado viejos para la música; sus emociones, sus éxtasis, no concuerdan con nuestra

pesadez; cansados, la desdeñamos, nos conformamos con nuestro chillido; un chillido de vez en cuando nos basta. Quién sabe si no habrá talentos musicales entre nosotros; pero si los hubiera, el carácter de nuestra gente los anularían antes de que comenzaran a desarrollarse. En cambio, Josefina puede chillar todo lo que se le ocurra, o cantar, o lo que quiera llamarlo, no nos molesta, nos cae bien, podemos soportarlo perfectamente; si alguna traza de música hay en su canto, está reducida a su mínima expresión; así conservamos cierta tradición musical, sin molestarnos en lo más mínimo.

Pero Josefina representa algo más para este pueblo tan definido. En sus conciertos, sobre todo durante las épocas difíciles, sólo los muy jóvenes se interesan en la cantora como tal, sólo ellos la miran con asombro, miran cómo echa hacia afuera los labios, cómo expelle el aire entre sus bonitos dientes delanteros y cómo desfallece de pura admiración ante los sonidos que ella misma obtiene, y aprovecha esos desfallecimientos para elevarse hacia nuevas y cada vez más increíbles perfecciones; pero la verdadera masa del pueblo —es fácil advertirlo— se recoge en sus propios pensamientos. Aquí, en los breves intervalos entre las luchas, el pueblo sueña; como si los miembros de cada individuo se distendieran, como si por una vez el sufriente pudiera tenderse y reposar en el vasto y cálido lecho del pueblo. Y en medio de esos sueños resuena intermitente el chillido de Josefina; ella lo llama canto perlado; nosotros, tartamudeo; pero de todos modos, éste es su lugar apropiado, más que en cualquier otra parte; casi nunca encontrará la música momento más adecuado. Algo hay allí de nuestra pobre y breve infancia, algo de una dicha perdida que no puede encontrarse más; pero también algo de nuestra vida activa cotidiana, de sus pequeñas alegrías, incomprensibles y, sin embargo, incontenibles e imposibles de obliterar. Y todo esto expresado no mediante sonidos rotundos, sino suaves, murmurantes, confidenciales, a veces un poco roncros. Naturalmente, son chillidos. ¿Por qué no? El chillido es el habla de nuestro pueblo; sólo que muchos chillan toda la vida y no lo saben; pero aquí el chillido se libera de los grilletes de la vida cotidiana y al mismo tiempo nos libera a nosotros, durante un breve instante. Juro que no quisiéramos faltar a estos conciertos.

Pero de aquí a la pretensión de Josefina, que de ese modo nos infunde nuevas fuerzas y etcétera y etcétera, hay un buen trecho. Por lo menos para las personas normales, no para sus aduladores.

—¿Cómo podría ser de otro modo? —dicen con la más descarada arrogancia—, ¿cómo se podrían explicar si no esas enormes concurrencias, especialmente en momentos de peligro directo e inminente, que muchas veces hasta han llegado a entorpecer las medidas requeridas para alejar a tiempo dicho peligro?

Ahora bien, esto último es lamentablemente cierto, pero no debería contarse como uno de los títulos de honor de Josefina, especialmente si se considera que cuando el enemigo sorprendía y diseminaba dichas asambleas, y muchos de los nuestros perdían la vida, Josefina, la culpable de todo, sí, que tal vez había atraído el enemigo con sus chillidos, siempre aparecía escondida en el lugarcito más seguro y era siempre la primera en escapar silenciosa y velozmente, protegida por su escolta. Sin embargo, en el fondo, todos lo saben y, no obstante, acuden apresuradamente dónde y cuándo se le ocurre a Josefina volver a cantar. De aquí se podría deducir que Josefina está prácticamente más allá de la ley, que puede hacer todo lo que se le ocurre, aun cuando entrañe un peligro para la comunidad, y que todo se le perdona. Si así fuera, las pretensiones de Josefina serían entonces perfectamente comprensibles, sí, en esa libertad que el pueblo le permite, en esa exención que a nadie más se concede y que está esencialmente contra la ley, uno podría ver un reconocimiento de la incomprensión que Josefina aduce, como si la gente se maravillara impotente ante su arte, no se sintiera digna de él y tratara de compensar la tristeza que dicha incomprensión provoca en Josefina mediante un sacrificio verdaderamente desesperado, y decidiera que así como el arte de ella está más allá de su entendimiento, así también su persona y sus deseos están más allá de su jurisdicción. Ahora bien, esto es absolutamente falso; tal vez el pueblo, individualmente, se rinde demasiado pronto ante Josefina; pero en conjunto, así como no se rinde incondicionalmente ante nadie, tampoco se rinde ante Josefina.

Desde hace mucho tiempo, tal vez desde el comienzo de su carrera artística, Josefina lucha por obtener la exención de todo trabajo, en consideración a su canto; se le evitarían así las preocupaciones relativas al pan cotidiano, y todo lo que nuestra lucha por la existencia implica, para transferirlo – aparentemente– a la comunidad. Un fácil entusiasta –y alguno hubo entre nosotros– podría meramente deducir de lo insólito de este pedido y de la actitud espiritual que semejante pedido implica la íntima justicia del mismo. Pero nuestro pueblo deduce otras conclusiones y declina tranquilamente la exigencia. Ni tampoco se preocupa demasiado en refutar sus implicaciones básicas. Josefina aduce, por ejemplo, que el esfuerzo del trabajo daña su voz, que en realidad el esfuerzo del trabajo no es nada al lado del esfuerzo de cantar; pero que le impide descansar suficientemente después del canto y retomar fuerzas para nuevas canciones, y por lo tanto se ve obligada a agotarse completamente, y en esas condiciones no puede alcanzar nunca la cima de sus posibilidades. La gente la escucha y no le hace caso. Esta gente, tan fácil de conmover a veces, otras veces no se deja conmover por nada. La negativa es en ciertas ocasiones tan neta que hasta Josefina se amilana; parece someterse, trabaja como corresponde, canta lo mejor que puede; pero sólo durante un tiempo, y luego reanuda el ataque con nuevas fuerzas (porque en este sentido sus fuerzas son inextinguibles).

Ahora bien, es evidente que Josefina no pretende en realidad lo que dice pretender. Es razonable, no elude el trabajo; de todos modos entre nosotros la holgazanería es desconocida, y, además, si le concedieran lo que pide, seguramente seguiría viviendo como antes; el trabajo no sería un obstáculo para el canto, y, después de todo, su canto no mejoraría gran cosa; en realidad lo que ella pretende es simplemente un reconocimiento público, franco, permanente y superior a todo lo conocido hasta ahora, de su arte. Pero aunque casi todo lo demás parece a su alcance, este reconocimiento la elude persistentemente. Quizá debió dirigir su ataque desde el primer momento en otra dirección, quizá ella misma se da cuenta ahora de su error; pero ya no puede echarse atrás, porque echarse atrás significaría traicionarse a sí misma; ahora tiene que resignarse a vencer o morir.

Si realmente tuviera enemigos, como dice, podría divertirse mucho con el simple espectáculo de esta lucha, sin mover un dedo. Pero no tiene ningún enemigo, y aunque aquí y allá no faltó nunca quien la criticara, esta lucha no divierte a nadie. Justamente porque en este caso nuestro pueblo adopta una actitud fría y judicial, lo que muy raramente ocurre entre nosotros; y aunque uno apruebe dicha actitud, la simple idea de que alguna vez el pueblo pueda adoptarla con nosotros destruye toda alegría. Lo importante, ya en el rechazo como en la petición, no es la cuestión en sí, sino el hecho de que el pueblo sea capaz de oponerse tan implacablemente a un camarada, y tanto más implacablemente cuanto más paternalmente lo protege en otros sentidos, y aun más que paternalmente, servilmente.

Supongamos que en vez del pueblo se tratara de un individuo; se podría creer que este individuo fue cediendo ante la voluntad de Josefina, sin cesar de alimentar un ardiente deseo de poner fin algún día a su sumisión; que se sacrificó sobrehumanamente porque creyó que, a pesar de todo, habría un límite para su capacidad de sacrificio; sí, se sacrificó más de lo necesario, sólo para acelerar el proceso, sólo para ser más que Josefina e incitarla a deseos siempre renovados, hasta obligarla a sobrepasar todo límite con esta última exigencia, y oponer finalmente su negativa, lacónica, porque hacía mucho que estaba preparada. Ahora bien, la situación no es ésta en absoluto; el pueblo no necesita de esas astucias; además, su respeto hacia Josefina es genuino y comprobado, y la exigencia de Josefina es de todos modos tan exagerada que una simple criatura le hubiera predicho el resultado; sin embargo, dada la idea que Josefina se ha formado del asunto, podría ocurrir que también intervinieran estas consideraciones, para agregar una amargura más al dolor del rechazo. Pero sean cuales sean sus consideraciones, no le impiden proseguir la lucha. Esta lucha ha llegado a intensificarse en los últimos tiempos; hasta ahora fue sólo verbal, pero ya empieza a emplear otros medios, para ella más eficaces, pero en nuestra opinión más peligrosos.

Muchos creen que Josefina apremia su insistencia porque se siente envejecer, porque su voz se

debilita, y por lo tanto le parece que llegó el momento de librar la última batalla y lograr el reconocimiento. Yo no lo creo. Josefina no sería Josefina si esto fuera cierto. Para ella no existen ni vejez ni debilitamiento de la voz. Si algo exige, no lo exige impelida por circunstancias exteriores, sino obligada por una lógica interna. Aspira a la más alta corona, no porque momentáneamente parezca menos accesible, sino porque es la más alta; si dependiera de ella, querría una más alta todavía.

Este desdén hacia las dificultades externas no le impide de todos modos utilizar los métodos más ruines. Para ella, su derecho es inapelable; entonces, ¿qué importa cómo lo impone? Sobre todo porque en este mundo, tal como lo ve, los métodos lícitos están destinados al fracaso. Quizá por eso ha trasladado la lucha por sus derechos del campo de la música a otro campo que no le interesa tanto. Sus partidarios han hecho saber de su parte que ella se considera absolutamente capaz de cantar de tal modo que importe un verdadero placer a todo el mundo, cualquiera sea su nivel social, hasta la más remota oposición; un verdadero placer no en el sentido de la gente, que declara haber experimentado siempre placer ante el canto de Josefina, sino un placer en el sentido que Josefina desea. No obstante, agrega ella, como no puede falsificar lo elevado ni cortejar lo vulgar, se ve obligada a seguir siendo tal como es. Pero en lo que se refiere a su campaña de liberación del trabajo, el asunto cambia; es claro que es una campaña a favor de la música; pero como ella ya no emplea allí directamente el arma preciosa de su voz, cualquier medio es por lo tanto válido. Así se ha difundido, por ejemplo, el rumor de que si no aceptan su exigencia, Josefina está decidida a abreviar las partes de *coloratura*. Yo no sé nada de *coloratura* y no he advertido la menor *coloratura* en sus cantos. No obstante, Josefina amenaza con abreviar las *coloraturas*, no suprimirlas por ahora, sino simplemente abreviarlas. Es posible que haya cumplido su amenaza; pero por lo menos para mí no se advierte la menor diferencia en su canto. El pueblo en su totalidad la escuchó como de costumbre, sin hacer ninguna referencia a las *coloraturas*, y tampoco ha cambiado su actitud ante la exigencia de Josefina. Sin embargo, es indudable que la mentalidad de Josefina, como su figura, es a menudo de una gracia exquisita. Es así, por ejemplo, que después de aquel concierto, como si su decisión sobre las *coloraturas* hubiera sido demasiado severa o demasiado apresurada para el pueblo, anunció que en el concierto siguiente volvería a cantar completas todas las partes de *coloraturas*. Pero después del concierto siguiente volvió a cambiar de idea, suprimiría definitivamente las grandes arias de *coloratura*, y hasta que no se resolviera favorablemente su pleito, no volvería a cantarlas. Ahora bien, la gente oyó todos esos anuncios, decisiones y contradecisiones sin darles la menor importancia, como un adulto meditabundo que cierra sus oídos ante la cháchara de una criatura, fundamentalmente bien intencionada, pero inaccesible.

De todos modos, Josefina no se amilana. Es así que hace poco pretendió haberse lastimado un pie mientras trabajaba, lo que le imposibilitaría cantar de pie; como no podía cantar sino de pie, se vería obligada a abreviar sus canciones. Aunque renquea y necesita el apoyo de sus partidarios, nadie cree que se haya lastimado realmente. Aun admitiendo la extraordinaria delicadeza de su cuerpecito, no dejamos de ser un pueblo de obreros, y Josefina pertenece a ese pueblo; si cada vez que nos hiciéramos un rasguño renqueáramos, el pueblo entero renquearía incesantemente. Pero aunque se hace transportar como una inválida, aunque se muestra en público en este patético estado más de lo habitual, la gente escucha sus conciertos tan agradecida y tan encantada como antes, pero no se preocupa mucho porque haya abreviado las canciones.

Como no puede seguir renqueando eternamente, imagina otra cosa, alega cansancio, mal humor, debilidad. Al concierto se agrega ahora el teatro. Vemos a los partidarios de Josefina, que la siguen y le suplican y le imploran que cante. Ella quisiera complacerlos, pero no puede. La consuelan, la adulan, casi la llevan en andas hasta el lugar previamente elegido, donde se supone que ha de cantar. Finalmente, prorrumpiendo en lágrimas inexplicables, ella cede; pero cuando evidentemente exhausta

se dispone a cantar, fatigada, con los brazos no ya extendidos como antaño, sino flácidos y caídos junto al cuerpo, lo que produce la impresión de que quizá sean un poco cortos; justo cuando va a empezar, no, es realmente imposible, un movimiento desganado de la cabeza nos lo anuncia, y se desmaya ante nuestros ojos. Después, a pesar de todo, se repone y canta, a mi entender, más o menos como de costumbre; quizá, si uno tiene oído para los más finos matices de la expresión, descubre un poco más de sentimiento que de costumbre, lo que es de agradecer. Y al terminar está menos cansada que antes, y con firme andar, si uno se atreve a designar así sus pasitos, se aleja, rechazando la ayuda de sus admiradores y contemplando con helados ojos a la multitud que le abre paso respetuosamente.

Así ocurría hace unos días; pero la última novedad es otra: en el momento en que debía iniciar un concierto desapareció. No sólo la buscan sus partidarios, muchos otros comparten la búsqueda, pero es inútil; Josefina ha desaparecido, no cantará ni siquiera habrá que adularla para que cante, esta vez nos ha abandonado completamente.

Es extraño lo mal que calcula esa astuta, tan mal que uno pensaría que no calcula nada y que sólo se deja llevar por su destino, que en nuestro mundo no puede ser sino un triste destino. Ella misma abandona el canto; ella misma hace trizas el poder que ha llegado a tener sobre los corazones. ¿Cómo pudo obtener ese poder, si tan mal conoce esos corazones? Se oculta y no canta; pero el pueblo, tranquilo, sin decepción visible, señoril, una masa en perfecto equilibrio, constituida de tal modo que, aunque las apariencias lo nieguen, solo puede dar y nunca recibir, ni siquiera de Josefina; ese pueblo sigue su camino.

Pero el camino de Josefina declina. Pronto llegará el momento en que su último chillido suene y se apague para siempre. Ella es apenas un pequeño episodio en la eterna historia de nuestro pueblo, y este pueblo superará su pérdida. Para nosotros no será fácil; ¿cómo haremos para reunimos en completo silencio? En realidad, ¿no eran nuestras reuniones también silenciosas cuando estaba Josefina? ¿Era, después de todo, su chillido notoriamente más fuerte y más vivo que lo que será en el recuerdo? ¿Era acaso en vida de Josefina algo más que un mero recuerdo? ¿No habrá sido quizá porque en algún sentido era inmortal, que la sabiduría del pueblo apreció tanto el canto de Josefina?

Quizá nosotros no perdamos demasiado, después de todo; mientras tanto, Josefina, libre ya de los afanes terrenos, que, según ella, están, sin embargo, destinados a los elegidos, se aleja jubilosamente, en medio de la multitud innumerable de los héroes de nuestro pueblo, para entrar muy pronto, como todos sus hermanos, ya que desdeñamos la historia, en la exaltada redención del olvido.

De la construcción de la muralla china

(Beim Bau der Chinesischen Mauer, 1917)

La muralla china fue terminada en su punto más septentrional; avanzando del sudeste y del sudoeste se unió aquí. Este sistema de construcción parcial se utilizó también en pequeña escala dentro de cada uno de los dos grandes ejércitos de trabajo, el de oriente y el de occidente. Para ello se formaron grupos de unos veinte obreros que debían ejecutar una muralla parcial de unos quinientos metros; un grupo vecino le salía al encuentro con otra muralla de igual longitud. Pero luego de producida la unión, no se continuaba la obra al final de estos mil metros, sino que los grupos de obreros volvían a ser enviados a regiones completamente distintas para la construcción de la muralla. Naturalmente, quedaron así numerosos claros que sólo se llenaron poco a poco, con lentitud, algunos sólo después de haberse ya proclamado la terminación de la muralla. Más aún: se dice que hay huecos que no se llenaron en absoluto, afirmación que, probablemente, pertenece a las muchas leyendas que se originaron acerca de la construcción y que al menos para el hombre aislado no son comprobables por sus propios ojos y con su propio sentido de las proporciones.

De entrada se creería que hubiera sido más ventajoso en todo sentido construir en forma continua o al menos continuadamente dentro de los dos sectores principales, ya que la muralla, como se sabe y se divulga, fue proyectada como defensa contra los pueblos del Norte. Pero, ¿cómo puede defender una muralla construida en forma discontinua? En efecto, una muralla semejante no sólo no puede proteger, sino que la obra misma está en constante peligro. Estos fragmentos de muralla abandonados en regiones desoladas, pueden ser destruidos con facilidad, una y otra vez, por los nómades, sobre todo porque éstos, atemorizados por la construcción, cambiaban de residencia con asombrosa rapidez, como langostas, por lo que, probablemente, tenían mejor visión de conjunto de los progresos de la obra que nosotros mismos, sus constructores. A pesar de ello, la construcción no pudo realizarse sino como se hizo. Para comprenderlo hay que considerar lo siguiente: la muralla debía convertirse en protección por los siglos; la ejecución más minuciosa, la aplicación de la sabiduría arquitectónica de todas las épocas y pueblos conocidos, el permanente sentido de responsabilidad de los constructores, eran ineludibles condiciones previas al trabajo. Si bien para las tareas inferiores podían utilizarse ignorantes jornaleros del pueblo, hombres, mujeres, niños, cualquiera que se ofreciera por buena paga, ya para la dirección de cuatro jornaleros se necesitaba un hombre inteligente, versado en el arte de la construcción, capaz de sentir en la profundidad de su corazón de qué se trataba. Y cuanto más elevada la misión, mayores las exigencias. Tales hombres se hallaban realmente disponibles, quizás no en la cantidad que se hubiera podido emplear en esta obra, pero de todos modos en gran número.

El trabajo no había sido abordado con ligereza. Cincuenta años antes de su iniciación, en toda la China, que debía ser amurallada, la arquitectura, y en especial la albañilería, se declaró ciencia principalísima, y todo lo demás se reconoció sólo en cuanto se vinculara con ella. Recuerdo todavía muy bien cómo de niños, apenas seguros sobre los pies, nos hallábamos en el jardincito del maestro; cómo teníamos que levantar con guijarros una especie de muralla; cómo el maestro se arremangaba la túnica y se precipitaba contra la pared, derribándolo todo, naturalmente, y nos hacía tales reproches por la debilidad de nuestra obra que, berreantes y a la desbandada, corríamos a refugiarnos en nuestras casas. Un suceso minúsculo, pero demostrativo del espíritu de la época.

Tuve la suerte de que a los veinte años, justamente al aprobar el examen final de la escuela primaria, comenzara la construcción de la muralla. Y digo suerte, porque muchos que antes habían alcanzado el grado máximo dentro de la preparación que les era accesible, no supieron durante años qué hacer con sus conocimientos, y con la cabeza llena de grandiosos proyectos vagaban inútiles y se malograban. Pero aquellos que finalmente llegaban a la obra como conductores, así fuera de último rango, eran verdaderamente dignos de su misión. Se trataba de albañiles que habían reflexionado mucho acerca de la obra, que nunca terminaban de meditar sobre ella y que, desde la primera piedra hundida en la tierra, se sentían consubstanciados con la empresa. A tales albañiles los impulsaba, paralelamente a la ambición de realizar un trabajo escrupuloso, la urgencia de ver levantarse la obra en toda su integridad. El jornalero no conoce esa impaciencia, lo mueve la paga; también los conductores superiores y hasta los de mediana jerarquía ven lo bastante del progreso de la construcción en sus múltiples aspectos para conservar la fortaleza de ánimo. Pero hubo que velar en otra forma por los de abajo, espiritualmente muy por encima de su misión, ínfima en apariencia. No podía, por ejemplo, tenérselos durante meses y años colocando piedra tras piedra en una región montañosa, deshabitada, a centenares de millas de su país; la falta de aliciente de una labor que, ni aun cumplida empeñosamente y sin interrupción durante una larga vida, permitía vislumbrar la meta, los hubiera desesperado y, sobre todo, disminuido en su capacidad de trabajo. Por eso se eligió el sistema de construcción parcial. Quinientos metros podían terminarse aproximadamente en cinco años; entonces, es natural, los conductores solían estar agotados; habían perdido toda confianza en sí, en la obra, en el mundo. Se los enviaba, pues, lejos, lejos, cuando se hallaban todavía exaltados por las fiestas con que se celebraba la unión de una muralla de mil metros. Durante el viaje, veían aquí y allá levantarse murallas parciales terminadas; pasaban por los campamentos de jefes superiores, que los regalaban con distintivos honoríficos; oían el jubiloso entusiasmo de nuevos ejércitos de trabajo que fluían desde el fondo de los países, veían talar bosques destinados a los andamios, reducir montañas a sillares, y oían en los santuarios el cántico de los fieles que imploraban la culminación de la obra. Todo esto morigeraba su impaciencia. La pacífica vida en el terruño, donde pasaban un tiempo, los fortalecía; la espectacularidad de que gozaban los constructores, la crédula humildad con que se oían sus relatos, la confianza que el ciudadano simple y callado depositaba en la futura terminación de la muralla, todo esto templaba las cuerdas del alma. Como niños eternamente esperanzados, se despedían; el ansia de trabajar en la obra del pueblo se hacía indomeñable. Se alejaban de la casa antes de lo necesario; media aldea los acompañaba largo trecho. En todos los caminos, grupos, gallardetes, banderas; nunca habían visto qué grande, rico, hermoso y digno de ser amado era su país. Cada campesino era un hermano para el que se construía una muralla de protección y que, con todo cuanto poseía y era, agradecería de por vida. ¡Unidad! ¡Unidad! Pecho junto a pecho, una guirnalda de pueblo, sangre no constreñida a la mísera circulación corporal, sino que rodaba dulcemente, aunque retomando siempre, a través de la China interminable.

En primer lugar, hay que reconocer que en aquel tiempo se consumaron empresas apenas inferiores a la construcción de la torre de Babel, pero que representan, en cuanto a complacencia divina, según los cálculos humanos al menos, justamente lo contrario de aquella obra. Lo menciono porque en los primeros tiempos de la construcción un sabio escribió un libro en que establecía claramente tales comparaciones. Trataba de demostrar que si la erección de la torre no llegó a cumplirse, no fue por las causas generalmente admitidas, o que, por lo menos, entre estas causas conocidas no se hallaban las principales. Sus pruebas no sólo consistían en escritos y crónicas, sino que afirmaba haber hecho investigaciones en el terreno mismo, y haber comprobado que la obra fracasó y debía fracasar por debilidad de los cimientos. Por cierto que en este aspecto nuestra época aventajaba en mucho a tales edades remotas. Casi cada contemporáneo instruido era albañil de profesión e infalible en materia de cimientos. Pero el sabio ni siquiera apuntaba hacia allí, sino que

afirmaba que sólo la gran muralla, por primera vez en los anales de la humanidad, procuraría cimientos seguros para levantar una nueva torre de Babel. Es decir: primero la muralla: luego la torre. El libro se hallaba entonces en todas las manos, pero reconozco que aún hoy no comprendo bien cómo se imaginaba esta construcción. ¿Como la muralla, que ni siquiera era una circunferencia, sino tan sólo un cuadrante o media circunferencia, había de proporcionar los cimientos para una torre? Sólo podía tener un sentido espiritual. Pero, ¿para qué entonces la muralla, que era algo real, producto de los sacrificios y vidas de centenares de miles? ¿Y para qué se habían dibujado en la obra planos –ciertamente nebulosos– de la torre, y efectuado cálculos, hasta en los pormenores, de cómo debían aunarse las energías populares en la nueva y poderosa construcción?

Había entonces tanta confusión en las cabezas –este libro es un simple ejemplo– tal vez precisamente porque tantos procuraban unirse en un solo propósito. La criatura humana, frívola, ligera, como el polvo, no soporta ligaduras; y si se las impone ella misma, pronto, enloquecida, comenzará a tironear hasta despedazar murallas, cadenas y a sí misma.

Es posible que ni aun estas consideraciones adversas a la construcción de la muralla hayan sido pasadas por alto por la Conducción al decidirse el sistema de construcción parcial. Sólo deletreando las disposiciones de la Suprema Conducción hemos llegado –hablo aquí ciertamente en nombre de muchos– a conocernos nosotros mismos y a encontrar que sin la Conducción, no habrían alcanzado nuestra sabiduría escolar y nuestro entendimiento para el modesto cargo que teníamos en el gran conjunto. En el cuarto de la Conducción –nadie de los que interrogué supo decirme dónde estaba y quiénes se sentaban allí–, en este cuarto giraban seguramente todos los pensamientos y deseos humanos y en círculos contrarios todas las metas y realizaciones. A través de la ventana caía sobre las manos de la Conducción que dibujaban planos, el reflejo de los mundos divinos.

Por eso el observador insobornable no alcanza a comprender que la Conducción, de proponérselo seriamente, no hubiese superado también los obstáculos que podían oponerse a una construcción continuada. Luego, la Conducción ha querido la construcción parcial. Pero la construcción parcial era sólo una solución de emergencia e inadecuada. Luego, la Conducción ha querido algo inadecuado... ¡Extraña conclusión!... Ciertamente, y sin embargo tiene desde otro punto de vista alguna justificación. En aquel entonces era máxima secreta de muchos y aun de los mejores: «Trata con todas tus fuerzas de comprender las disposiciones de la Conducción, pero sólo hasta determinado límite; allí cesa de reflexionar.» Máxima muy juiciosa que, por lo demás, había de tener nueva expresión en la parábola muy repetida más tarde: «No porque pueda dañarte cesa de reflexionar, pues tampoco es seguro que pueda dañarte.» Aquí no se trata de daño ni de no daño. Te sucederá como al río en primavera. Crece, se hace más caudaloso, alimenta más sustanciosamente la tierra de sus largas riberas, conserva su propia esencia hasta más adentro del mar, pero se hace también más semejante y grato a éste... «Hasta allí reflexiona sobre las disposiciones de la Conducción.» Pero después el río sale de madre, pierde contornos y figura, hace más lento su curso, intenta contrariar su destino, formar pequeños mares interiores, daña los campos, y sin embargo, no consigue mantenerse en sus conquistas, retrocede a su lecho y aun se seca lamentablemente en la siguiente estación de los calores... «No reflexiones hasta allí sobre las disposiciones de la Conducción.»

Esta parábola, tal vez muy exacta durante la construcción de la muralla, tiene valor muy limitado para mi actual informe. Mi investigación es sólo histórica; los nubarrones desvanecidos hace mucho ya no engendran rayos, y por ello puedo buscar una explicación de la construcción parcial que vaya más allá de lo que satisfacía entonces. Los límites que me impone mi capacidad mental son bastante estrechos; el territorio, en cambio, que habré de atravesar es infinito.

¿De quiénes debía protegernos la gran muralla? De los pueblos del Norte. Soy de la China sudoriental. Ningún pueblo del Norte puede amenazarnos aquí. Leemos acerca de ellos en los libros de los antiguos; y bajo nuestras plácidas glorietas los horrores que cometen nos hacen gemir. En los

cuadros de los artistas, fieles a la realidad, vemos estos rostros de maldición, desmesuradamente abiertas las fauces, los dientes prontos a desgarrar y a triturar; los ojos ya bizqueando hacia el botín. Si los niños se portan mal, les mostramos estas figuras; llorosos se nos arrojan al cuello. Pero eso es todo cuanto sabemos de los nórdicos. Nunca los hemos visto y si permanecemos en nuestra aldea no les veremos jamás, por más que fustiguen sus salvajes caballos y corran a nuestro encuentro... El país es demasiado extenso y no los dejaría llegar... Por más que corran se perderán en el aire.

Y si es así, ¿por qué abandonamos el terruño, el río y los puentes, al padre y a la madre; a la mujer que llora y al niño que hay que educar, y nos alejamos para aprender en la ciudad distante, y nuestros pensamientos están más al Norte aún, junto a la muralla? ¿Por qué? Pregunta a la Conducción. Ella nos conoce. Ella que empuja y hace rodar sus enormes responsabilidades, sabe de nosotros, conoce nuestra pequeña industria, nos ve a todos reunidos, sentados en la choza, y la oración que al anochecer dice el más anciano en el círculo de los suyos, le es grata o ingrata. Y si me puedo permitir este pensamiento frente a la Conducción, debo decir que me parece que ella existía antes y que no se reunió de improviso, como los mandarines que incitados por un hermoso sueño matinal convocan a sesión urgente; resuelven, y ya a la noche hacen batir el parche y sacan a los pobladores de las camas, para cumplir lo resuelto, aunque sólo sea para organizar una iluminación en honor de un dios que se mostró ayer favorable al señor, para mañana, apenas extinguidos los faroles, apalearlos en algún oscuro rincón. Más bien la Conducción existió desde siempre, lo mismo que la decisión de construir la muralla. ¡Inocentes pueblos del Norte, que creían haberla provocado; inocente y venerable emperador que creía haberla ordenado! Nosotros, los de la construcción, lo sabemos mejor y llamamos.

Ya entonces, durante la construcción, y más tarde, hasta hoy, me he ocupado casi exclusivamente de historia comparada –hay determinadas cuestiones a cuyo nervio sólo se puede llegar con este procedimiento– y encontré que nosotros, los chinos, tenemos determinadas instituciones sociales y estatales de claridad y otras de oscuridad inigualables. Siempre me excitó y todavía me excita, investigar las causas, especialmente las del último fenómeno; también la construcción de la muralla está afectada esencialmente por tales cuestiones.

Una de nuestras más vagas instituciones es en todo caso el imperio. Naturalmente, en la corte, en Pekín, hay alguna claridad acerca de ella, si bien más aparente que real. También los maestros de derecho del Estado y de historia en las altas escuelas afirman estar minuciosamente informados de estas cosas y poder transmitir su conocimiento a los estudiantes. A medida que se desciende a las escuelas inferiores, desaparecen –es comprensible– las dudas acerca del propio saber; una instrucción mediocre encrespa montañas alrededor de algunos dogmas hincados hace siglos, que por cierto, no han perdido nada de su eterna sabiduría, pero que permanecen también confusos por toda la eternidad en medio de esta bruma y de esta niebla.

En mi opinión, precisamente acerca del imperio debía consultarse al pueblo, ya que tiene en éste sus últimos puntales. Y aquí nuevamente sólo puedo hablar de mi propia patria. Aparte de las divinidades campestres y de su culto, que en tan hermosa variación llena todo el año, nuestros pensamientos sólo se dirigen al emperador, o más bien, se dirigirían al actual si lo hubiéramos conocido o hubiéramos sabido algo preciso de él. Ciertamente, siempre hemos querido informarnos acerca de esto –nuestra única curiosidad– pero, por extraño que parezca, era imposible averiguar nada, ni por el peregrino que atraviesa muchos países, ni en los pueblos cercanos o distantes, ni por los barqueros que no sólo navegan nuestros riachos, sino también los ríos sagrados. Ciertamente, se oía mucho, pero sin sacar nada en limpio.

Nuestro país es tan grande que ninguna leyenda se aproxima a su grandeza, el cielo alcanza apenas a cubrirlo, y Pekín es sólo un punto y el palacio imperial un punto más pequeño aún. Así también el emperador, como tal, es grande a través de todos los pisos del mundo. Pero el emperador viviente, un hombre como nosotros, yace a semejanza de nosotros en una cama que, si bien es de

dimensiones generosas, sólo puede ser estrecha y corta. Como nosotros se distiende a veces, y si está muy cansado bosteza con su boca de tierno diseño. ¿Pero cómo podíamos enterarnos de ello –miles de millas al Sur– si casi limitamos con las alturas del Tibet? Además, cada noticia, aunque nos alcanzara, llegaría demasiado tarde, ya anticuada. En torno al emperador se aglomera la brillante pero oscura multitud de los palaciegos –maldad y enemistad en ropa de criados y amigos–, el contrapeso en la balanza del imperio, procurando sacar, con sus flechas envenenadas, al emperador del otro platillo. El imperio es eterno, pero el emperador aislado, cae; aun dinastías enteras se hunden finalmente y expiran en un solo estertor. De estas luchas y sufrimientos jamás se enterará el pueblo; como forasteros, rezagados, están al final de las repletas callejas laterales, comiendo tranquilamente la merienda traída, mientras en la plaza del mercado, en el medio, bien adelante, se lleva a cabo la ejecución de su señor.

Hay una leyenda que expresa bien esta relación. El emperador –así dicen– te ha enviado a ti, el solitario, el más mísero de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más lejana lejanía, microscópica ante el sol imperial; justamente a ti, el emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su lecho, y le susurró el mensaje en el oído; tan importante le parecía, que se lo hizo repetir en su propio oído. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de la repetición. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte –todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y elevada curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del imperio–, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero partió en el acto; un hombre robusto e incansable; extendiendo ora este brazo, ora el otro, se abre paso a través de la multitud; cuando encuentra un obstáculo, se señala sobre el pecho el signo del sol; adelanta mucho más fácilmente que ningún otro. Pero la multitud es muy grande; sus alojamientos son infinitos. Si ante él se abriera el campo libre, cómo volaría, qué pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, qué inútiles son sus esfuerzos; todavía está abriéndose paso a través de las cámaras del palacio central; no terminará de atravesarlas nunca; y si terminara, no habría adelantado mucho; todavía tendría que esforzarse para descender las escaleras; y si lo consiguiera, no habría adelantado mucho; tendría que cruzar los patios; y después de los patios el segundo palacio circundante; y nuevamente las escaleras y los patios; y nuevamente un palacio; y así durante miles de años; y cuando finalmente atravesara la última puerta –pero esto nunca, nunca puede suceder–, todavía le faltaría cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos todavía con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana, y te lo imaginas, cuando cae la noche.

Así, desesperanzadamente y lleno de esperanzas, ve nuestro pueblo al emperador. No sabe qué emperador gobierna y hasta hay dudas acerca del nombre de la dinastía. En la escuela mucho se aprende, pero la inseguridad general es tan grande en este aspecto que hasta el mejor alumno naufraga en ella. Emperadores muertos hace tiempo son elevados al trono en nuestros pueblos; y el que vive ya tan sólo en la canción ha emitido hace poco un bando que el sacerdote lee ante el altar. Batallas de nuestra más antigua historia se libran ahora, y con el rostro ardiente se precipita el vecino en tu casa con la noticia. Las mujeres imperiales, ahítas de comida, entre almohadones de seda, desviadas de la noble usanza por astutos palaciegos, henchidas de ambición de poder, violentas en su avaricia, desbordantes de voluptuosidad, siempre reinciden en sus fechorías. Cuanto más tiempo ha transcurrido, más horribles lucen los colores, y con gritos de dolor se entera alguna vez la aldea de cómo hace milenios una emperatriz bebió a lentos sorbos la sangre de su marido.

Así procede pues el pueblo con lo pasado; a los actuales gobernantes en cambio los mezcla con los muertos. Si alguna vez, quizás una durante una vida humana, llega casualmente a nuestro pueblo un funcionario imperial que recorre la provincia, formula en nombre de los gobernantes cualquier exigencia, comprueba las listas de tributos, asiste a la enseñanza en las escuelas, pregunta al sacerdote

por nuestro comportamiento y resume todo, antes de ascender a su litera, en largas recomendaciones a la comunidad congregada en su presencia; entonces una sonrisa ilumina todos los rostros, cada uno mira con disimulo a los demás y se inclina sobre los niños para escapar a la observación del funcionario. Cómo, piensa uno, habla de un muerto como de un vivo, este emperador hace tiempo que está muerto, la dinastía extinguida, el señor funcionario se burla de nosotros; y hacemos como si no lo notáramos para no mortificarlo. Pero sólo obedeceremos en serio a nuestro actual señor; lo contrario sería pecado. Y mientras la litera del funcionario se aleja de prisa, uno cualquiera, sacado arbitrariamente de una urna ya desintegrada, se erige con paso retumbante en señor del pueblo.

En forma parecida, las transformaciones estatales y las guerras contemporáneas afectan poco a nuestra gente. Recuerdo aquí un suceso de mi juventud. En una provincia vecina, a pesar de ello muy distante, se había producido un levantamiento. No me acuerdo de las causas y tampoco vienen al caso. Motivos para levantamientos los hay allí cada mañana, es un pueblo muy inquieto. El hecho es que un mendigo, que había atravesado aquella provincia, trajo a casa de mis padres un volante de los rebeldes. Era precisamente un día de fiesta; los huéspedes llenaban nuestras habitaciones, en medio estaba el sacerdote y estudiaba el papel. De pronto, todo el mundo comenzó a reír, la hoja fue rota en el tumulto, el mendigo, que ya había sido objeto de múltiples regalos, fue sacado de la habitación a empellones y todo el mundo se dispersó y salió al aire libre para gozar del bello día. ¿Por qué? El dialecto de la provincia vecina se diferencia del nuestro en forma esencial, lo que se manifiesta también en determinados giros de la expresión escrita, anticuados para nosotros. Con leer el sacerdote sólo dos páginas, nuestra decisión estuvo tomada. Cosas viejas, oídas hace mucho, que ya no dolían. Y aunque –así me parece en el recuerdo– la vida hablaba horrorosa e irrefutable a través del mendigo, todos movían la cabeza riendo y no querían oír más. Tan dispuesto se está entre nosotros a sofocar el presente.

Si de tales fenómenos quisiera deducirse que en el fondo carecemos de emperador, no se estaría muy lejos de la verdad. Siempre debo repetirlo: no hay quizás pueblo más fiel al emperador que el nuestro; pero esta fidelidad no beneficia al emperador. Por cierto que sobre la pequeña columna a la salida del pueblo está el dragón sagrado y envía desde tiempo inmemorial el homenaje de su ígneo aliento exactamente en dirección de Pekín; pero Pekín mismo es para la gente del pueblo más desconocido que la vida del más allá. ¿Existirá en realidad un pueblo en que las casas están una junto a la otra, cubriendo campos, más extenso que hasta donde alcanza la mirada desde nuestra colina, y entre cuyas casas hay gente hacinada de día y de noche? Más fácil que imaginar semejante ciudad nos resulta creer que Pekín y el emperador son una sola cosa, una nube por ejemplo, plácidamente cambiante bajo el sol en el transcurso de los tiempos.

La consecuencia de tales opiniones es una vida en cierto modo libre, sin dominación. De ninguna manera licenciosa; en mis viajes no he encontrado casi en ningún lugar pureza de costumbres como la nuestra. Pero sí una vida que no se halla bajo ningún género de leyes actuales, sino que sólo atiende las exhortaciones y advertencias que nos llegan desde remotas edades.

Me cuido muy bien de generalizar y no afirmo que así suceda igualmente en los diez mil pueblos de nuestra provincia o en las quinientas provincias de China. Pero sí puedo afirmar, en virtud de los muchos escritos que sobre esto he leído, y por mis propias observaciones –especialmente durante la construcción de la muralla, cuando el material humano daba ocasión de viajar a través de las almas de casi todas las provincias–, en virtud de todo esto tal vez pueda decir que la idea predominante acerca del emperador ofrece siempre y en todas partes los mismos rasgos fundamentales que en mi pueblo. No quiero hacer valer esta idea como virtud; al contrario. Es verdad que principalmente el gobierno es responsable de no haber logrado hasta hoy –o de haber desatendido este asunto entre otros–, de no haber podido llevar en el imperio más antiguo de la tierra la institución del imperio a tal grado de claridad que sus efectos llegaran inmediata y continuamente hasta las más lejanas fronteras. Por otra

parte, hay en ello una debilidad de la imaginación o de la fe del pueblo, incapaz de atraer el imperio, sacándolo de la abyección de Pekín, para apretarlo, vivo y actual, contra su pecho de súbdito que no desea otra cosa que experimentar por fin este contacto y perecer en él.

Esta concepción no es pues una virtud. Tanto más llamativo es que precisamente esta debilidad parezca constituir uno de los más importantes medios de unión de nuestro pueblo y, si me puedo aventurar a tanto en la expresión, que sea realmente el suelo sobre el cual vivimos. Fundar aquí ampliamente una crítica, no sólo significaría zamarrear nuestras conciencias, sino también nuestras piernas, lo que sería mucho más grave. Por eso no quiero ir por el momento más allá en la investigación de este problema.

Descripción de una lucha

(Beschreibung eines Kampfes, 1904)

*Y meciéndose la gente en la grava se pasea bajo este cielo vasto que de lomas a lo lejos a lejanas
lomas llega.*

Sobre las calles vacías, uniformemente iluminadas, una luna enorme brillaba en el cielo ligeramente nublado y que parecía por ello más extenso. Sobre la nieve congelada sólo se podían dar pequeños pasos.

Inmediatamente comencé a sentirme muy despabilado. Levanté las piernas, hice crujir las coyunturas, grité un nombre como si un amigo hubiese escapado doblando la esquina; arrojé el sombrero al aire y lo recogí con jactancia.

Mi compañero no se preocupaba por lo que yo hacía. Iba con la cabeza inclinada, mudo. Me extrañó; había supuesto que cuando lo sacara de la reunión, la alegría lo haría enloquecer. Ya que no era así, también yo podía comportarme con más calma. Acababa precisamente de darle un golpecito animador en la espalda, cuando, de pronto, dejé de comprenderlo y retiré la mano. No la necesitaba y la metí en el bolsillo del abrigo. Continuamos, pues, en silencio. Yo, atento a nuestro taconeo, no llegaba a comprender cómo no me era posible conservar el paso de mi acompañante. Sin embargo, el aire estaba diáfano y veía nítidamente sus piernas. Alguien, acodado en una ventana, nos contemplaba.

Al entrar en la calle Ferdinando noté que mi compañero comenzaba a tararear una melodía de «La Princesa del Dólar»; lo hacía muy quedamente, pero alcanzaba a oírlo bien. ¿Qué se proponía? ¿Ofenderme?; estaba dispuesto a prescindir de la música y del paseo. ¿Y por qué no hablaba? Si no me necesitaba ¿por qué no me había dejado en paz con las golosinas, y al calor del benedictine? Por cierto que no había tenido un interés extraordinario en dar este paseo. Además, podía divertirme sin él. Regresaba de una velada, acababa de salvar de la vergüenza a un joven ingrato y me paseaba ahora a la luz de la luna De acuerdo. Durante el día, en el empleo, después en sociedad y, por la noche, en las calles, y sin medida, un modo de vivir desmesurado... en su naturalidad Pero mi compañero me seguía aún; hasta aceleró el paso cuando notó que se había retrasado. No hablábamos; tampoco podía decirse que camináramos. Me pregunté si no me convenía doblar en una calle lateral, ya que en el fondo no tenía ninguna obligación de pasear con él. Podía regresar solo a casa, nadie estaba facultado para impedírmelo. Luego vería a mi compañero, desorientado, por la bocacalle. ¡Adiós, querido! Me acogerá la tibieza del cuarto, encenderé sobre la mesa la lámpara de pie de hierro, y luego, ¡por fin!, reposaré en mi sillón, sobre la destrozada alfombra oriental. ¡Hermosas perspectivas! ¿Y por qué no? ¿Y después? Ningún después. La claridad de la lámpara en la cálida habitación caerá sobre mi pecho. Luego me abandonará el calor y pasaré las horas en la soledad de las paredes pintadas; sobre el piso, que en el espejo de marco dorado de la pared posterior se refleja oblicuamente.

Ya mis piernas comenzaban a cansarse y estaba decidido a regresar a casa de cualquier modo y a meterme en cama, cuando me asaltó la duda de si, al separarnos, debía saludar a mi compañero o no. Yo era demasiado tímido para alejarme sin saludar y me faltaba valor para hacerlo con una simple exclamación. Me detuve, pues, y apoyándome en una pared iluminada por la luna, esperé.

Mi compañero se desusaba hacia mí por la acera, rápidamente, como si debiera recibirlo en brazos. Me guiñaba el ojo, en señal de inteligencia, por algo que yo probablemente no recordaba.

—¿Qué hay? —pregunté—. ¿Qué hay?

—Nada, nada —dijo—, sólo quería conocer su opinión acerca de la criada que me besó en el zaguán. ¿Quién es esa muchacha? ¿La ha visto antes? ¿No? Yo tampoco. ¿Era en realidad una criada? Quise preguntárselo a usted desde que bajamos la escalera detrás de ella.

—Era una criada, y creo que ni siquiera criada principal; lo noté por sus manos enrojecidas; cuando le di el dinero sentí la aspereza de la piel.

—Eso demostraría que hace un tiempo que sirve.

—Tal vez tenga usted razón; en la penumbra no se distinguía bien; pero al propio tiempo su cara me recordaba a una muchacha bastante madura, hija de un oficial amigo mío.

—A mí no —dijo él.

—Eso no me impedirá que me vaya a casa; es tarde, y mañana tengo que ir al empleo; se duerme

mal allí.

Le tendí la mano.

–¡Horror! ¡Qué mano fría! –exclamó–. No quisiera irme a casa con una mano así. También usted debiera haberse hecho besar. Omisión, por otra parte, fácilmente subsanable. ¿Dormir? ¿En semejante noche? ¡Qué ocurrencia! Considere cuántos pensamientos felices ahoga uno bajo las mantas al dormir solo y cuántos sueños desdichados arropa con ellas.

–Yo no ahogo ni arropo nada –dije.

–¡Bah! Déjeme usted; usted es un gracioso –concluyó. Comenzó a alejarse, y yo, preocupado por sus palabras, empecé a seguirlo maquinalmente.

Deduje de su modo de hablar que él presumía algo que se relacionaba conmigo, algo que tal vez no existía, pero cuya mera presunción me elevaba a sus ojos. Era mejor que no hubiese vuelto a casa. Tal vez este hombre que estaba a mi lado con la boca humeante por el frío y pensando en criadas, se hallara en condiciones de valorizarme ante la gente, sin esfuerzo de mi parte. ¡Que no me lo malogren las muchachas! –me decía–. Que lo besen y lo aprieten, bueno; al fin y al cabo es la obligación de ellas y el derecho de él, pero que no me lo arrebaten. Cuando lo besan también me besan un poco a mí, si se quiere; con los ángulos de la boca, en cierto modo; pero si lo seducen, entonces me lo quitan. Y él debe permanecer siempre conmigo, siempre; ¿quién sino yo había de protegerlo? Porque el pobre es bastante tonto: en pleno febrero le dice uno: «vamos al Monte Laurenzi» y viene. Además puede caerse, resfriarse, algún hombre celoso puede salir del callejón del Correo, y asaltarlo. ¿Qué sería de mí después? Quedaría como proscrito del mundo. No; ya nunca se libraré de mí.

Mañana conversará con Ana, al principio de cosas vulgares, como es natural, pero de pronto no pudiendo contenerse dirá: Anoche, Anita, después de la velada, estuve con un hombre, un hombre como nunca has visto, con toda seguridad. Tiene el aspecto –¿cómo podría describirlo?– de un junco oscilante, con un cráneo erizado de pelo negro en la punta. De su cuerpo pendían retacitos lacios de género amarillento que lo cubrían por completo, y que, con la calma que reinaba anoche, se adherían al cuerpo. ¡Cómo! Anita, ¿pierdes el apetito? Creo que la culpa es mía por habértelo contado tan mal. ¡Ah, si lo hubieras visto, caminaba tímidamente a mi lado, adivinando que te amaba, lo que por cierto no era nada difícil! Y para no turbar mi felicidad, se me adelantó durante un buen rato. Creo que te habrías reído y tal vez te hubieras asustado un poco, pero a mí me agradaba su presencia. Y tú, ¿dónde estabas, Anita? Durmiendo, y el África no estaba más lejos que tu cama. A veces me parecía que con la simple expansión de su pecho se elevaba el cielo estrellado. ¿Crees que exagero? ¡No!, ¡no!, por mi alma, que te pertenece, te juro que no.

Y no perdoné a mi compañero –precisamente dábamos los primeros pasos sobre el muelle Francisco– ni la mínima parte de la vergüenza que debía sentir durante semejante discurso. Sólo que en aquel entonces mis pensamientos se enmarañaban, ya que el Moldava y los barrios de la orilla opuesta yacían en una misma oscuridad; aunque sin embargo había allí algunas luces, que jugaban con los ojos del espectador.

Cruzamos la carretera hasta la barandilla del río, y nos detuvimos. Encontré un árbol en que apoyarme. Llegaba frío desde el agua y me puse los guantes; suspiré sin motivos, como suele hacerse de noche junto a un río, e inmediatamente quise seguir. Pero él miraba el agua y no se movía. Luego se acercó a la barandilla, y con las piernas junto al hierro, se acodó y apoyó la frente en las manos. ¿Y qué más? Sentí frío y tuve que levantar el cuello del abrigo. El se distendió; la espalda, los hombros, el cuello, manteniendo el busto, que descansaba sobre los brazos estirados, más allá de la barandilla.

–Los recuerdos, ¿no es así? –continué–. Si ya el recuerdo es triste, ¡cómo será lo que se evoca! No se entregue a tales cosas, no son para usted ni para mí. Con ello, nada más claro, sólo se debilita la actual posición, sin consolidar la anterior que, por otra parte, ya no necesita ser consolidada. ¿Cree usted que yo no tengo recuerdos? Diez por cada uno de los suyos. En este mismo momento, por

ejemplo, podría acordarme de cómo estaba en L., sentado en un banco. También era de noche, y a la orilla de un río; en verano. En una noche así es mi costumbre encoger las piernas y rodearlas con los brazos. Había apoyado la cabeza en el respaldo de madera y miraba las montañas nebulosas de la otra orilla. Un violín tocaba suavemente en el hotel de la playa. Desde ambas márgenes se desplazaban de vez en cuando trenes envueltos en humo brillante.

Mi compañero me interrumpió, se volvió de pronto, casi como asombrado de verme todavía con él.

—¡Ah, todavía podría contar mucho más! —dije tan sólo.

—Piense que siempre sucede así —comenzó él—. Cuando hoy bajaba por la escalera de mi casa para dar una vuelta antes de la reunión, me asombré de que mis manos bailaran alegremente dentro de los puños de la camisa. Me dije: «Espera, hoy ha de suceder algo.» Y sucedió efectivamente.

Ya había empezado a caminar cuando dijo esto; y se volvía para mirarme con sus grandes ojos, sonriente. Así estaban las cosas, pues. Podía contarme tales aventuras, sonreír y mirarme con sus grandes ojos. Y yo, yo debía contenerme, para que mi brazo no rodeara sus hombros, para no besarle los ojos, como premio por poder prescindir de mí hasta ese punto. Lo peor era que ya tampoco importaba nada, que nada podía cambiar, porque yo debía irme, necesariamente.

Mientras buscaba afanosamente algún medio para permanecer con él por lo menos un rato más, se me ocurrió que tal vez mi gran estatura, al hacerlo parecer más bajo, le resultara desagradable. Y esta circunstancia me torturó en tal forma —ya era noche avanzada y no encontrábamos casi a nadie—, que me encorvé hasta tocar las rodillas con las manos. Pero para que él no lo notara fui cambiando de posición poco a poco, durante la marcha, y tratando de desviar su atención. Incluso, una vez lo hice volver en dirección al río y señalé con la mano extendida los árboles de la isla de los tiradores para que notara cómo se reflejaban los focos de los puentes.

Yo no había terminado por completo, cuando, volviéndose repentinamente, me miró y dijo:

—¿Qué es eso? Está usted completamente torcido. ¿Qué hace?

—Muy bien —dije, con la cabeza junto a la costura de su pantalón, por lo que no podía levantar los ojos—, su vista parece muy buena.

—¡Vamos, vamos! Enderécese. ¡Qué tontería!

—>No —dije, y miraba al suelo muy próximo—, me quedo como estoy.

—Realmente, consigue usted enfadarlo a uno. Nos estamos demorando inútilmente. ¡Vamos! ¡Terminemos!

—¡Como grita! ¡Y en una noche tan tranquila! —dije.

—Como usted quiera —agregó, y después de un rato—: La una menos cuarto.

Evidentemente, veía la hora en la torre del molino. Ya estaba tieso como si me hubieran levantado por los pelos. Mantuve un rato los labios entreabiertos para que la excitación pudiera abandonarme por la boca. Entonces comprendí; me estaba echando. Junto a él no había sitio para mí, y si existía era inhallable. ¿Por qué —dicho sea de paso— me empeñaba en estar con él? No; si sólo quería irme, y al instante, para reunirme con mis parientes y amigos. Y aunque no tuviera parientes y amigos tendría que arreglármelas para alejarme de cualquier modo (¿de qué valdría quejarse?), y cuanto más pronto, mejor. Junto a él ya nada podría ayudarme, ni mi estatura, ni mi apetito, ni mi mano helada. Pero si yo llegara a opinar que debía quedarme a su lado, esa opinión sería realmente peligrosa.

—Su indirecta está de más —dije.

—¡Gracias a Dios que se enderezó! Lo único que hice fue observar que era la una menos cuarto.

—Está bien —dije, y metí las uñas de dos dedos entre los dientes castañeteantes—. No necesito su indirecta y menos aún su explicación. Sólo necesito su compañía. Se lo ruego: retire lo que ha dicho.

—¿Lo de la una menos cuarto? Con mucho gusto, sobre todo porque esa hora ya pasó hace rato.

Levantó el brazo derecho, agitó la mano y se puso a escuchar el tintineo de los gemelos.

Ahora venía evidentemente el asesinato. Permaneceré pegado a él; levantará el puñal, cuyo mango ya sujeta en el bolsillo, y lo dirigirá contra mí. No es probable que se asombre de lo fácil que resulta todo, pero a lo mejor sí, no se puede saber. No gritaré, sólo lo miraré, mientras pueda.

—¿Y? —dijo.

Frente a un lejano café de vidrios negros un policía resbalaba por el pavimento como un patinador. El sable lo trababa, lo tomó en la mano, se deslizó un gran trecho y al final giró casi en una curva. Por fin, soltó un gritito exultante y, con la cabeza llena de melodías, tornó a describir lazadas.

Este policía, que a doscientos metros de un inminente asesinato se ocupaba tan sólo de sí mismo, me produjo miedo. Era el fin de cualquier modo, aunque huyera o me dejara apuñalar. Sin embargo, ¿no era preferible huir y liberarme de ese final complicado y doloroso? No veía las ventajas de tal género de muerte, pero no podía desperdiciar mis últimos instantes en averiguarlas. Para eso tendría tiempo más tarde; ahora se imponía decidirse. Y me había decidido.

Debía huir aunque no era fácil. Al doblar a la derecha, hacia el puente Carlos, podía saltar a la izquierda, metiéndome en el callejón. Este era sinuoso, con portales oscuros y tabernas aún abiertas; no debía desesperar.

Cuando abandonamos el arco al final del muelle para avanzar hasta la plaza de los Caballeros de la Cruz, corrí con los brazos en alto hacia el callejón. Pero frente a una pequeña puerta de la iglesia del Seminario, caí, pues había allí un escalón con que no contaba. Hice bastante ruido, el primer farol estaba lejos, me hallaba tendido en la oscuridad. De una taberna de enfrente una mujer gorda con un farol salió a ver qué había pasado en la calle. La música del piano, en el interior, continuaba más débilmente, se conocía que tocaban con una sola mano, y que el pianista se había vuelto hacia la puerta, la cual, primero solamente entornada, fue abierta del todo por un hombre de chaqueta abotonada hasta arriba. Escupió y estrujó a la mujer con tal fuerza que ésta tuvo que levantar el farol para protegerlo. «No pasó nada», gritó el hombre hacia el interior; los dos se volvieron, entraron y la puerta se cerró.

Al intentar levantarme, caí de nuevo. «Hay hielo», me dije, y sentí dolorida la rodilla. Con todo, me alegraba de que la gente de la taberna no me hubiese visto, pues de esa manera podría seguir allí hasta el amanecer.

Mi acompañante habría ido probablemente hasta el puente sin percatarse de mi alejamiento, pues llegó sólo después de un rato. No parecía sorprendido cuando se inclinó sobre mí —inclinaba solamente el pescuezo, como una hiena— y me acarició blandamente. Pasó una mano por mis hombros, subiéndola y bajándola, y apoyó después la palma en mi frente. «Se ha lastimado, ¿no? Está helando y hay que andar con cautela. ¿No me lo dijo usted mismo? ¿Le duele la cabeza? ¿No? ¡Ah!, la rodilla. Sí, es muy desagradable.»

Pero se veía que no pensaba levantarme. Apoyé la cabeza en mi mano derecha —el codo descansaba contra un adoquín— y dije:

—Bien, de nuevo juntos —y como volvía a experimentar aquel miedo de antes, empujé con fuerza sus tibias, para apartarlo.

—Vete, vete —decía.

Él tenía las manos en los bolsillos, miró el callejón vacío, luego la iglesia del Seminario y el cielo. Por fin, el bullicio de un coche en una calle próxima le recordó mi presencia.

—¿Por qué no habla, querido? ¿Se siente mal? ¿Por qué no se levanta? ¿No será mejor buscar un coche? Si quiere, le traigo un poco de vino de la taberna. No debe continuar echado aquí con este frío. Además, íbamos a ir al monte Laurenzi.

—Naturalmente —dije, y con fuertes dolores me levanté por mis propios medios. Vacilaba y tenía que mirar la estatua de Carlos IV para estar seguro de mi situación. Ni aun eso me habría ayudado si no se me hubiera ocurrido que una muchacha que llevaba una cinta de terciopelo negro en el cuello me

amaba si no fogosamente, por lo menos con fidelidad. Y constituía sin duda una amabilidad por parte de la luna querer alumbrarme; por modestia iba a ir a colocarme bajo la arcada de la torre; pero luego comprendí que era natural que la luna lo alumbrara todo. Abrí los brazos con alegría para gozar de ella por completo. Todo me resultó más fácil cuando haciendo débiles movimientos natatorios con los brazos, conseguí avanzar sin dolor y sin esfuerzo. ¡No haberlo intentado antes! Mi cabeza hendía el aire fresco y precisamente mi rodilla derecha era lo que volaba mejor; le expresé mi satisfacción con unos golpecitos. Me acordaba de que había tenido un conocido al que no toleraba bien; sin embargo, lo que más me alegraba era que mi memoria fuera lo suficientemente buena para retener tales cosas. Pero no debía pensar tanto, ya que tenía que seguir nadando si no quería hundirme más aún. Con todo, para que luego no se me pudiera decir que en el pavimento nadaba cualquiera, y que no merecía la pena contarlo, me lévame un rato por sobre la barandilla y nadé alrededor de todas las imágenes que encontraba.

Al llegar a la quinta –justamente me sostenía con imperceptibles golpes encima de la acera– mi compañero me tomó de la mano. De nuevo me hallaba parado sobre el pavimento y sentía un dolor en la rodilla. Mi acompañante, sujetándome con una mano y señalando con la otra la estatua de Santa Ludmila, dijo:

–Siempre he admirado las manos de este ángel de la izquierda. ¡Observe qué tiernas son! ¡Verdaderas manos de ángel! ¿Ha visto alguna vez algo semejante? Usted no, pero yo sí, porque esta noche he besado unas manos...

Para mí ahora una tercera posibilidad de aniquilamiento. No era forzoso dejarme apuñalar, no era forzoso huir; sencillamente podía arrojarme al aire. Que se vaya al monte Laurenzi, no lo molestaré, ni siquiera huyendo lo molestaré.

–¡Adelante con las historias! –grité–. No me contento con fragmentos. ¡Cuéntelo todo, del principio al fin! Y le advierto que no toleraré que suprima ni una coma. Ardo en deseos de saberlo todo.

Me miró, y yo me fui apaciguando.

–Puede confiar en mi reserva. Cuéntemelo todo; alivie su corazón; jamás ha tenido un oyente tan reservado como yo.

Y a media voz, cerca de su oído, agregué:

–>No tenga miedo de mí, está completamente fuera de lugar.

Aun le oí reír.

Dije:

–Ya lo creo, ya lo creo; no me cabe ninguna duda. –Y con los dedos que sustraía a la presión de sus manos tanto como me era posible, le pellizcaba las pantorrillas. Pero él no lo sentía. Entonces me dije: «¿Por qué andas con este hombre? Ni lo amas, ni lo odias; su dicha no tiene más objetivo que una muchacha que a lo mejor ni siquiera usa un vestido blanco. Luego este hombre te es indiferente –lo repito–, indiferente. Pero también es inofensivo, como has podido comprobarlo. Sigue, pues, con él hasta el monte Laurenzi, ya que te has puesto en marcha en esta linda noche, pero déjalo hablar y diviértete a tu manera, que es –dilo despacio– la mejor forma de protegerte.»

1. Cabalgata

Tomando impulso salté sobre los hombros de mi compañero como si no fuera la primera vez y, hundiéndole los puños en las costillas, lo hice trotar. Cuando pateó con desagrado, llegando hasta a detenerse, le hiqué las botas en el vientre para avivarlo. Dio buen resultado y rápidamente llegamos al interior de una región extensa, pero inconclusa. Cabalgaba por una carretera pedregosa y bastante empinada, pero precisamente eso me agradaba y dejé que se volviera aún más pedregosa y empinada. Cuando mi cabalgadura tropezaba la levantaba de un tirón en el cuello y si se quejaba le golpeaba la cabeza. Entretanto encontré saludable esta cabalgata por el aire puro, y para hacerla todavía más salvaje, hice que soplaran a través de nosotros fuertes ráfagas de viento contrario

Exageré el movimiento saltarín sobre los anchos hombros de mi compañero y, agarrado a su pescuezo con ambas manos, eché la cabeza hacia atrás, para contemplar las multiformes nubes, que, más débiles que yo, se dejaban arrastrar pesadamente por el viento. Yo reía y temblaba de coraje. Mi abrigo se desplegaba y me daba fuerzas. Apretaba firmemente una mano contra la otra, con lo cual estrangulaba a mi compañero. Sólo cuando el cielo fue cubriéndose gradualmente con las ramas de los árboles que yo dejaba crecer en los bordes de la calle, volví en mí.

—No sé, no sé —grité sin entonación—. Si no viene nadie, entonces nadie viene. A nadie he hecho mal, nadie me ha hecho mal, pero nadie me quiere ayudar, unánimenadie. Pero, sin embargo, no es así. Sólo que nadie me ayuda, de lo contrario unánimenadie sería hermoso; y con gusto quisiera —¿qué me dice de ello?— hacer una excursión con una sociedad de unánimenadie. Por cierto que a la montaña; ¿adónde si no? ¡Cómo se aprietan estos nadies, estos numerosos brazos atravesados y enganchados, estos muchos pies separados por pasos minúsculos! Se comprende, todos de frac. Marchamos tan así así; un excelente viento pasa por los huecos que dejamos nosotros y nuestros miembros. Las gargantas se abren en la montaña. Es un milagro que no cantemos.

Entonces mi compañero cayó y comprobé que se hallaba seriamente lesionado en la rodilla. Como ya no podía serme útil lo dejé sin pena sobre las piedras; y luego silbé, llamando a unos buitres, que, obedientes, se posaron sobre él para custodiarlo con sus picos graves.

2. Paseo

Seguí, despreocupado. Pero como peatón temía las penurias de la ruta de montaña, por lo que hice que la senda se suavizara cada vez más hasta descender a un valle en la lejanía. Las piedras desaparecieron por mi voluntad y el viento se perdió.

Marchaba a buen paso, y como bajaba por una pendiente, levanté el rostro, erguí el cuerpo y crucé los brazos detrás de la cabeza. Como amo los montes de pinos —iba cruzando por ellos— y como me place mirar silenciosamente a las estrellas, éstas se abrieron gradualmente para mí, según es costumbre. Veíanse sólo unas pocas nubes alargadas, que el viento, confinado en las capas superiores, arrastraba y estiraba para asombro del paseante.

Bastante lejos de la carretera que tenía enfrente de mí, probablemente más allá de un río, hice incorporarse una montaña de generosa altura, cuya cima cubierta de arbustos tocaba el cielo. Alcanzaba a divisar las menores ramificaciones de los más empinados gajos y sus movimientos. Semejante espectáculo, por vulgar que sea, me produjo tanta alegría que, convertido en pequeño pájaro sobre las varas de estos lejanos matorrales, olvidé hacer salir la luna, que ya esperaba detrás de la montaña, seguramente indignada por la demora. En ese momento se extendía sobre la montaña el fresco resplandor que precede al ascenso de la luna, y repentinamente, ella misma se elevó tras uno de los inquietos arbustos. Yo, que miraba en otra dirección, al volver la vista al frente y ver de pronto cómo lucía en su casi plena redondez, me detuve con los ojos turbios: la pendiente de mi calle parecía conducir directamente al interior de esa luna de espanto.

Sin embargo, a poco me acostumbré a ella y, pensativo, me puse a contemplar su trabajoso ascenso; por fin, luego de habernos aproximado un trecho, sentí gran somnolencia, que atribuí a las fatigas del desacostumbrado paseo. Seguí unos momentos con los Ojos cerrados; sólo lograba mantenerme despierto golpeando sonora y regularmente las manos.

Pero más tarde, cuando el camino amenazó escurrírseme bajo los pies, y el contorno todo, agotado como yo, comenzaba a desvanecerse, me apresuré a trepar en un supremo esfuerzo por el muro, sobre el lado derecho de la calle. Quería llegar a tiempo al alto y enmarañado pinar y pasar la noche que seguramente se avecinaba.

Corría prisa. Las estrellas se oscurecían ya y la luna se sumergía débilmente en el cielo como si cayera en aguas agitadas. La montaña pertenecía a la oscuridad, la carretera se desintegraba en el punto donde la había abandonado y desde el interior del bosque se acercaba cada vez más el fragor de árboles en derrumbe. Hubiera podido echarme a dormir sobre el musgo, pero como en general temo hacerlo en el suelo trepé —el tronco se deslizó rápidamente por los anillos que yo formaba con los brazos y las piernas— a un árbol, que también se bamboleaba sin que hubiera viento; me acosté sobre una rama con la cabeza contra el tronco y me dormí apresuradamente mientras que una ardilla, hija de mi capricho, se balanceaba con la cola tiesa en el final tembloroso de la rama.

Dormí profundamente y sin imágenes. No me despertaron ni la desaparición de la luna ni la salida del sol. Y cuando ya estaba por despertar volví a tranquilizarme. «Te has fatigado mucho ayer», me dije, «cuida ahora tu sueño», y torné a dormirme.

Y si bien no soñaba, dormí con continuas y leves turbaciones. Durante toda la noche alguien hablaba cerca de mí. Apenas si distinguía las palabras mismas, salvo algunas como «banco en la ribera», «montañas nebulosas», «trenes envueltos en humo brillante», pero sí la forma de la pronunciación; todavía recuerdo que me frotaba las manos dormido, satisfecho porque no tenía obligación de reconocer las palabras, precisamente porque dormía.

«Tu vida es demasiado monótona», dije en alta voz para convencerme. «Era realmente necesario que te condujeran a otra parte. Puedes estar contento, hay alegría aquí. El sol resplandece.»

Entonces salió el sol y las nubes cargadas de lluvia se hicieron blancas, leves y pequeñas en el cielo azul. Brillaron y se empinaron. Vi un río en el valle.

«Sí, era monótona, mereces esta diversión», seguí diciendo como obligado, «pero ¿no era también peligrosa?» Entonces oí gemir a alguien, horrorosamente cerca.

Me apresuré a descender, pero la rama temblaba como mi mano; y caí al vacío, rígido. Apenas si hubo encononazo; no me dolió, pero me sentí tan débil y desdichado que hundí el rostro en el suelo; no podía soportar el esfuerzo de ver las cosas que me rodeaban en el mundo. Estaba convencido de que cada movimiento y pensamiento eran forzados, había que cuidarse de ellos. En cambio, era natural yacer aquí en la hierba, los brazos pegados al cuerpo y la cara oculta. Y me decía que debía congratularme por estar ya en esta posición natural, pues de lo contrario tendría que soportar todavía para alcanzarla muchos y dolorosos espasmos, como lo exigen las palabras y los pasos.

El río era ancho y sobre las pequeñas ondas rumorosas caía la luz. También en la otra orilla había prados, que luego se convertían en matorrales, y más allá de éstos, en la más profunda lejanía, claras líneas de frutales conducían a colinas verdosas.

La belleza del espectáculo me anegó de felicidad; me acosté y pensé, tapándome los oídos contra posibles llantos, que aquí podría estar contento. Era un lugar solitario y bello. No se necesitaba mucho valor para vivir en este paraje. Había que torturarse como en otros sitios, pero sin necesidad de moverse tanto. No, no sería necesario. Sólo hay aquí montañas y un gran río y soy bastante cuerdo para considerarlos inanimados. Y si en la soledad de la noche tropiezo al andar por los ascendentes caminos del prado, no estaré por ello más solo que la montaña, aunque yo sí lo sentiré. Pero también eso pasará. Así jugaba con mi vida futura y trataba de olvidar con obstinación. Parpadeando, miraba el cielo, de extraña coloración feliz. Hacía mucho que no lo veía tan bello y, emocionado, me acordé de días aislados en que me había parecido verlo así. Retiré las manos de los oídos, y extendí los brazos dejándolos caer sobre la hierba.

Oí sollozos débiles y lejanos. Se levantó viento y grandes masas de hojas secas que antes no había notado volaron rumorosas. De los árboles se desprendía la fruta verde, y golpeaba alocadamente el suelo. Detrás de una montaña ascendían nubes desagradables. En el río crujían las olas, que retrocedían ante el viento.

Me levanté aprisa. Me dolía el corazón; ahora me parecía imposible superar mi pena. Quería volverme y tornar a mi antiguo género de vida, cuando tuve esta ocurrencia: «Qué curioso es que todavía en la actualidad haya personas distinguidas que pasan al otro lado del río en forma tan complicada. Lo único que lo explica es que siguen practicando un uso muy antiguo.» Sacudí la cabeza; estaba realmente asombrado.

3. El gordo

a) Invocación al paisaje

De los arbustos de la otra orilla salieron vigorosamente cuatro hombres desnudos que llevaban sobre los hombros un palanquín de madera. En él iba sentado en posición oriental un hombre extraordinariamente gordo. Aunque era conducido a través del matorral, no apartaba las ramas espinosas, sino que las hendía tranquilamente con su cuerpo inmóvil. Sus pliegues de grasa estaban tan cuidadosamente extendidos que, además de cubrir totalmente el palanquín, caían a los costados como los bordes de un tapiz amarillento; pero no lo molestaban. Su cráneo, desnudo, era pequeño, amarillo y brillante. Su cara tenía la cándida expresión de un hombre que reflexiona sin molestarse en ocultarlo. A veces cerraba los ojos; cuando volvía a abrirlos se le torcía la mandíbula.

«El paisaje no me deja pensar», dijo en voz baja. «Hace oscilar mis ideas como puentes de cadena en la correntada. Es bello y merece ser contemplado.» Cierro los ojos y digo: «¡Oh, tú, montaña verde junto al río, dueña de piedras que ruedan hacia el agua! ¡Eres bella!»

Pero toda esta alocución no la satisface, quiere que abra los ojos.

Con todo, si digo con los ojos cerrados: «Montaña, no te amo porque me recuerdas las nubes, lo rosado del crepúsculo y el cielo en ascenso, cosas todas que me colocan al borde del llanto y que no se pueden alcanzar jamás si uno se hace conducir en una pequeña litera. Y mientras tú, pérfida montaña, me muestras eso, me ocultas la lejanía de bellas cosas alcanzables. Por eso no te amo, montaña junto al río, no te amo.»

Pero este discurso le sería indiferente como el anterior si no se lo dijera con los ojos abiertos.

Y ya que tiene tan caprichosa predilección por la papilla de nuestros sesos, hay que conservar su

disposición amistosa, mantenerla erecta. Pues podría arrojar sombras dentadas, interponer en silencio horribles paredes desnudas y hacer tropezar a mis conductores en los guijarros del camino. Pero no sólo la montaña es vanidosa, exigente y vengativa; todo lo demás también lo es. Con los ojos redondos —¡oh, y cómo duelen!— debo pues repetir constantemente:

«Sí, montaña, eres hermosa y los bosques de tu ladera occidental me alegran... También tú, flor, me satisfaces y tu rosado color entona mí alma... Y tú, hierba del prado, ya has crecido y eres fuerte y refrescas... Y tú, matorral desconocido, pinchas de manera tan inesperada que haces brincar nuestro pensamiento... Pero tú, río, *tú* eres el que me produce más placer, tanto que me entregaré confiado a tus aguas flexibles.»

Después de haber gritado diez veces esta vibrante loa a la que acompañaba humildemente con pequeñas sacudidas de su cuerpo, dejó caer la cabeza y dijo con los ojos todavía cerrados:

«Pero ahora, os ruego, montaña, flor, hierba, matorral y río, dejadme un poco de espacio para que pueda respirar.»

Entonces se produjeron rápidos deslizamientos de las montañas, que se ocultaron tras amplias coladuras de niebla. Las arboledas quisieron resistir y proteger la calle, pero se diluyeron en seguida. Delante del sol pendía una nube húmeda con leve borde translúcido; en su sombra se deprimía la tierra y todas las cosas perdían sus bellos contornos.

Las pisadas de los servidores se me hacían perceptibles a través del río, y sin embargo, nada podía distinguir con claridad en los oscuros cuadrados de los rostros. Vi solamente cómo ladeaban las cabezas y curvaban las espaldas por el extraordinario peso de la carga. Me preocupaba por ellos, porque notaba que estaban cansados. Observé fascinado cómo hollaban el pasto de la ribera, cómo cruzaban con paso llano la arena mojada, cómo por fin se hundían en el juncal barroso, donde los dos de atrás tuvieron que inclinarse más aún, para mantener el palanquín en posición horizontal. Yo retorcí las manos. Ahora, a cada paso debían levantar mucho los pies, de modo que sus cuerpos brillaban sudorosos en el aire de la tarde cambiante.

El gordo seguía tranquilo, las manos apoyadas en las piernas; las puntas de las cañas lo rozaban, cuando tornaba a enderezarse detrás de los conductores delanteros. Los movimientos de los cuatro hombres se hicieron más desacompañados a medida que se acercaron al agua. A veces la litera oscilaba como si se meciera ya sobre las olas, porque se encontraban con pequeños charcos entre el juncal, que debían bordearse o saltarse, ya que podían ser profundos.

En una oportunidad se levantó una bandada de patos salvajes que ascendió gritando directamente hacia el nubarrón. Entonces gracias a uno de los movimientos del palanquín, vi el rostro del gordo; estaba inquieto. Me levanté y corrí en zigzag por el pedregoso declive que me separaba del agua. No reparaba en que era peligroso, sólo pensaba en que quería ayudar al gordo cuando sus sirvientes no lo pudieran llevar más. Corrí tan irreflexivamente que no me pude detener a tiempo y penetré hasta las rodillas en las aguas, que se abrieron salpicándome.

En la otra margen los conductores, a fuerza de retorcerse, habían depositado la litera en el río y mientras con una mano se sostenían sobre el agua, cuatro brazos velludos empujaban la litera hacia arriba; se veían los músculos desmesuradamente tensos.

El agua les golpeó primero la barbilla y les lamió la boca; las cabezas de los conductores se inclinaron hacia atrás, las varas cayeron sobre los hombros. El agua les llegaba a la nariz pero no cejaban en sus esfuerzos, y eso que apenas habían llegado al medio del río. Entonces una ola baja cayó sobre las cabezas de los delanteros y los cuatro hombres se ahogaron en silencio, arrastrando en sus manos la litera. El agua se precipitó a raudales sobre ellos.

En ese momento salió de los bordes de la gran nube un chato resplandor de sol poniente que aclaró las colinas y las montañas en el último confín del campo visual, mientras el río y toda la zona que cubría la nube permanecían en la penumbra.

El gordo se volvió lentamente con la corriente y fue llevado río abajo como un dios de madera clara que, ya superfluo, hubiese sido arrojado al río. Se deslizaba mansamente sobre el reflejo del nubarrón. Largas nubes lo arrastraban y otras lo empujaban encorvándose, lo que producía bastante agitación en el agua, perceptible en los golpes de las olas en mis rodillas y contra las piedras de la ribera.

Trepé vivamente por el talud para poder acompañar al gordo desde el camino, un poco porque realmente lo amaba. Y porque tal vez pudiera también averiguar algo sobre los peligros de este país aparentemente tan seguro. Así fui marchando sobre la franja de tierra, tratando de habituarme a su estrechez, las manos en los bolsillos y el rostro vuelto en ángulo recto hacia el río, de modo que la barbilla casi venía a quedar sobre el hombro.

En las piedras de la orilla había golondrinas.

El gordo dijo:

—Querido señor de la orilla, no intente salvarme. Es la venganza del agua y del viento; estoy perdido. Sí; venganza; ¡cuántas veces no habremos atacado estas cosas yo y mi amigo el orante, con la música de nuestros aceros, con el brillo de los címbalos, con la amplia magnificencia de los trombones y los destellos saltarines de los timbales!

Un mosquito, de alas extendidas, voló a través de su barriga sin disminuir su velocidad.

El gordo contó lo que sigue:

b) Comienzo de conversación con el orante

—>Hubo un tiempo en que todos los días iba a la iglesia porque una muchacha de la que me había enamorado se hincaba allí a rezar media hora al atardecer; entretanto yo podía contemplarla tranquilamente.

Una vez que ella no había ido miré con disgusto a los orantes y me llamó la atención un joven delgado que se había arrojado al suelo. De tiempo en tiempo, gimiendo intensamente, estrellaba el cráneo con todas sus fuerzas contra las palmas de sus manos, apoyadas en las piedras.

En la iglesia había sólo algunas viejas que, a veces, giraban sus cabecitas cubiertas, mirando hacia el orante. Esto parecía hacerlo feliz, pues antes de cada uno de sus estallidos de contrición volvía los ojos para comprobar si los espectadores eran numerosos.

Como su actitud me pareció indecorosa, resolví hablarle cuando saliera de la iglesia y preguntarle directamente por qué oraba de ese modo. Porque desde mi llegada a esta ciudad ver claro era lo que me importaba por sobre todas las cosas, aunque en ese momento lo que más me enfadaba era no haber visto a mi muchacha.

El hombre se levantó sólo después de una hora y se sacudió los pantalones durante tanto tiempo que tuve ganas de gritarle: «¡Basta, basta, ya vemos que tiene pantalones!», se santiguó muy cuidadosamente y con paso lento, como de marinero, se dirigió hacia la pila de agua bendita.

Me coloqué entre ésta y la puerta; sabía con certeza que no lo dejaría pasar sin pedirle una explicación. Torcí la boca, lo que constituye el mejor preparativo para ciertos discursos; adelanté la pierna derecha y cargué el cuerpo sobre ella, apoyando sólo la punta del pie izquierdo; esta posición me da mucho aplomo, como a menudo he podido comprobar.

Es posible que el hombre hubiera mirado de soslayo en dirección a mí, mientras se salpicaba el rostro con agua bendita, o que mi mirada lo preocupara ya con anterioridad, el caso es que inesperadamente corrió hacia la puerta y salió. Salté para sujetarlo. La puerta vidriera golpeó. Y cuando salí ya no pude dar con él, con tantos callejones, estrechos y de gran movimiento como había allí.

En los días siguientes no lo vi, pero en cambio apareció la muchacha, que tornaba a rezar en el rincón de su capillita lateral. Llevaba un vestido negro; en los hombros y la espalda era todo de encaje,

lo que transparentaba el escote en media luna de la camisa; la parte de seda del vestido terminaba en el borde inferior del encaje formando un cuello bien cortado. Al concurrir la muchacha, me olvidé con gusto de aquel hombre, y aun cuando más tarde volvió y tornó a rezar de la misma manera, no me ocupé ya de él.

Siempre pasaba por mi lado con súbita prisa y desviando el rostro, pero en cambio me miraba con frecuencia mientras rezaba. Era casi como si estuviese enfadado conmigo, por no haberle dirigido la palabra en aquella oportunidad y como si por aquel intento hubiera contraído realmente la obligación de hablarle. Creí notar que sonreía cuando después de un sermón y, siempre siguiendo a la muchacha, tropecé con él en la penumbra.

Claro que tal obligación de hablarle no existía, y tampoco tenía yo deseos de hacerlo. Una vez llegué a la plaza de la iglesia cuando el reloj daba ya las siete, la muchacha hacía rato que se había ido; sólo aquel hombre se contorsionaba cerca de la barandilla del altar. Todavía vacilé un rato, pero por fin me deslicé de puntillas hasta la salida, di una moneda al mendigo ciego allí sentado y me acurruqué junto a él, detrás de la puerta abierta. Gocé por anticipado, durante media hora, de la posible sorpresa del orante. Pero la alegría pasó. Con disgusto soporté las idas y venidas de las arañas sobre mis ropas y la molestia de hacer reverencias cada vez que salía alguien, respirando hondo, de la oscuridad de la iglesia.

Por fin vino. El tañido de las grandes campanas que había comenzado hacía un ratito lo perturbaba evidentemente. Se veía obligado a tantear ligeramente el suelo con las puntas de los pies antes de pisar.

Me levanté, di un gran paso hacia adelante y lo sujeté con fuerza. «Buenas noches», dije y agarrándolo por el cuello lo empujé por la escalinata, hacia la plaza iluminada.

Cuando llegamos abajo se volvió, mientras yo seguía sujetándolo de atrás, de manera que ahora estábamos pecho contra pecho.

—¡Suélteme! —dijo—, no sé qué sospecha, pero soy inocente. —Y luego repitió—: No sé qué sospecha.

—No se trata de sospechas ni de inocencias. Le ruego no hablar más de ello. Somos extraños, nuestra relación es más breve que la escalinata de la iglesia. ¿A dónde iríamos a parar si en seguida comenzáramos a hablar de nuestra inocencia?

—Completamente de acuerdo —dijo él—. Por lo demás, decía usted «nuestra inocencia»; ¿quería significar con ello que una vez que yo hubiese demostrado mi inocencia usted demostraría la suya? ¿Quería significar eso?

—Eso u otra cosa —dije—. Pero tenga presente que sólo le he dirigido la palabra para preguntarle algo.

—Quisiera irme a casa —dijo él e inició un débil giro.

—>¡Ya lo creo! ¿Para qué le he hablado entonces? ¿O cree que le he dirigido la palabra por su linda cara?

—Bastante franco, ¿eh?

—¿Debo repetirle que no se trata de eso? ¿Qué tiene que ver aquí la franqueza? Yo pregunto, usted contesta y en seguida, adiós. Por mí puede irse después a su casa, y volando.

—¿No sería mejor que nos encontráramos en otra oportunidad? ¿A una hora más apropiada, en un café, por ejemplo? Además, su señorita novia se fue hace sólo unos minutos, podría alcanzarla; la pobre esperó tanto tiempo...

—No —grité en medio del estrépito del tranvía que pasaba—. Usted no se me escapa. Me gusta cada vez más. Usted es una verdadera pesca milagrosa. Y me felicito por ello.

Entonces dijo:

—¡Por Dios!, usted tiene, como suele decirse, un corazón sano y una cabeza de una sola —pieza.

Me llama pesca milagrosa. ¡Qué dichoso ha de ser usted! Porque mi desdicha es una desdicha inestable; cuando se la toca cae sobre quien ha formulado la pregunta. ¡Buenas noches!

–Bien –dije yo, y me apoderé de su diestra por sorpresa–. Si no contesta voluntariamente, lo obligaré. Lo seguiré adonde vaya, a derecha y a izquierda, subiré la escalera hasta su habitación, y allí me sentaré en cualquier parte. Es inútil que me mire así, porque lo haré. –Y me acerqué aún más, hasta hablar casi pegado a su cuello, pues era una cabeza más alto que yo–. ¿De dónde sacaré coraje para impedírmelo?

Entonces, retrocediendo, me besó alternativamente ambas manos y las humedeció con sus lágrimas.

–No puedo negarle nada. Así como usted sabía que yo deseaba ir a casa, sabía yo, y desde mucho antes, que no le podría negar nada. Pero, por favor, entremos en esa calle lateral.

Asentí y lo seguí. Un coche nos separó, quedando yo atrás, y él agitó ambas manos para que me diera prisa.

Pero no se conformó con la oscuridad del callejón, donde los faroles estaban muy separados y casi a la altura del primer piso, sino que me condujo al zaguán de una casa antigua, bajo una lamparilla, que pendía rezumante al comienzo de la escalera de madera.

Extendió su pañuelo sobre el hueco de un escalón estropeado y me invitó a sentarme:

–Sentado puede preguntar mejor; yo me quedo de pie; de pie puedo contestar mejor. Pero no me torture.

Ya que tomaba el asunto con tanta seriedad, me senté, pero dije:

–Usted me conduce a este agujero como si fuéramos conspiradores, cuando en realidad yo estoy ligado a usted sólo por la curiosidad y usted a mí sólo por el temor. En el fondo lo único que quiero preguntarle es por qué reza así en la iglesia. ¡Qué forma de comportarse! ¡Parece un loco! ¡Qué ridículo, qué desagradable para los espectadores y qué insoportable para los creyentes!

Había apretado el cuerpo contra la pared; sólo movía libremente la cabeza.

–Nada más erróneo, pues los creyentes consideran natural mi conducta, y los demás la consideran devota.

–Mi disgusto prueba lo contrario.

–Su disgusto, en el supuesto de que se trate de un verdadero disgusto, sólo revela que usted no se cuenta entre los devotos ni entre los demás.

–Tiene usted razón; exageré un poco al decir que su comportamiento me había disgustado; no, despertó mi curiosidad como le dije al principio. Pero usted ¿entre cuáles se cuenta?

–Tan sólo me divierte que la gente me mire y, por así decirlo, arrojar de vez en cuando una sombra sobre el altar.

–¿Le divierte? –dije y se me arrugó la cara.

–Bueno, no, por sí le interesa saberlo, no es ése el caso. No se enoje porque me haya expresado mal. No, no me divierte; es una necesidad para mí. Necesidad de hacerme golpear por estas miradas durante una breve hora, mientras toda la ciudad alrededor de mí...

–>¡Qué me dice! –exclamé con demasiado énfasis para tan insignificante observación y para un pasillo tan pequeño, pero luego temí enmudecer o que se me debilitara la voz–. Realmente, ¿qué dice usted? ¡Por Dios!, adiviné desde el principio el estado en que se hallaba. ¿No es esa fiebre, ese mareo en tierra firme, una especie de lepra? ¿No siente como si por exceso de calor no pudiera conformarse con los verdaderos nombres de las cosas, como si no pudiera saciarse con ellos, y se viera obligado a volcar sobre ellas apresuradamente, una cantidad de nombres casuales? ¡Rápido, rápido!, pero apenas se aleja ya ha vuelto a olvidar los nombres. Ese álamo de los campos que usted llamó «la torre de Babel», porque no quería saber que era un álamo, oscila de nuevo innominado y usted tiene que bautizarlo: «Noé, cuando estaba ebrio.»

Me interrumpió:

–Me alegro de no entender lo que usted dice.

Excitado, dije con prisa:

–Al decir que se alegra, demuestra que entendió.

–¿No se lo dije? A usted no se le puede negar nada.

Puse las manos en el escalón más alto, me recosté hacia atrás y en esa posición casi inexpugnable, que constituye la última salvación de los luchadores, pregunté:

–Dispense, pero no creo que sea de lucha franca volver a arrojarme las explicaciones que acabo de dar.

Con esto se animó. Juntó las manos para comunicar armonía al cuerpo y dijo:

–Desde el principio usted excluyó las discusiones sobre la franqueza. Y, en verdad, lo único que me importa es hacerle comprender perfectamente mi manera de rezar. ¿Sabe ahora por qué rezo así?

Me ponía a prueba. No, no lo sabía ni lo quería saber. Entonces me dije que tampoco había querido venir aquí, pero que él casi me había obligado a escucharlo. De modo que sólo necesitaba sacudir la cabeza para que todo estuviera bien, pero eso era precisamente lo que no podía hacer por el momento.

Él sonreía; luego se acurrucó hasta quedar casi de rodillas y me explicó con aire soñoliento:

–Al fin ahora puedo confiarle qué fue lo que me movió a permitirle que me hablara: la curiosidad, la esperanza. Hace mucho que me consuela su mirada. Y espero saber por usted algo de las cosas que se hunden alrededor de mí como una nevada, mientras que para otros un simple vaso de aguardiente sobre la mesa constituye de por sí algo tan sólido como un monumento.

Como yo callara –sólo cruzó por mi rostro un involuntario estremecimiento– preguntó:

–¿No cree que a otros les sucede lo mismo? ¿Realmente no? Escuche, pues: una vez siendo muy niño, al abrir los ojos, después de una breve siesta, oí, todavía aturdido por el sueño, que mi madre preguntaba desde el balcón en tono natural: «¿Qué hace usted, querida? ¡Qué calor!» Una señora contestó desde el jardín; «¡Gozo entre las plantas!» Lo decían sin pensar y no muy claramente, como si aquella señora hubiera esperado la pregunta y mi madre la contestación.

Yo creía que él también me preguntaba algo, por lo que llevé la mano al bolsillo posterior del pantalón, como si buscara algo. Pero no buscaba nada, sólo quería cambiar mi aspecto exterior, para demostrar el interés que tenía la conversación. Entretanto dije que el suceso era extraño y que no lo comprendía. Agregué que no creía que fuera verdadero, que probablemente había sido inventado con algún propósito determinado que se me escapaba. Luego cerré los ojos, cansados por la deficiente iluminación.

–¿Ve? Anímese; por lo menos una vez nuestras opiniones coinciden y me ha detenido generosamente para decírmelo. Pierdo una esperanza y gano otra.

–¿No es verdad? ¿Había de avergonzarme porque no marché erguido y dando grandes pasos, porque no golpeo el pavimento con el bastón y no rozo los vestidos de la gente que pasa bulliciosamente? Por el contrario, ¿no tendría derecho a quejarme por tener que ir saltando a lo largo de las casas como una sombra ilimitada y porque a veces desaparezco tras los cristales de los escaparates?

–¡Qué días debo soportar! ¿Por qué estará todo tan mal construido? Altas casas se derrumban a veces sin que se pueda encontrar un motivo visible. Trepo después por los montones de escombros y pregunto a todo el que encuentro: «¿Cómo pudo ocurrir esto? ¡Una casa nueva! ¡En nuestra ciudad! ¿Cuántas van ya? Imagínese.» Y nadie puede responderme.

A menudo se desploma alguien en la calle y permanece en el sitio, muerto. Entonces todos los comerciantes abren sus puertas, tapizadas de mercaderías en exhibición, se acercan ágiles, entran al muerto en una casa, regresan con una sonrisita alrededor de la boca y de los ojos, y comienza la

charla: «Buenos días... el cielo está descolorido... vendo muchos pañuelos... sí, la guerra.» Yo entro corriendo en la casa y después de levantar varias veces la mano y encorvando un dedo temerosamente, golpeo por fin a la ventanita del portero: «Buenos días –digo–, tengo la impresión de que hace poco han traído aquí a un hombre muerto. ¿Sería tan amable de mostrármelo?» Y cuando él mueve la cabeza como si no pudiera decidirse, agrego: «¡Tenga cuidado! Soy de la policía secreta y quiero ver al muerto en seguida.» Su indecisión ha desaparecido: «¡Fuera! –grita–, esta gentuza ha tomado por costumbre arrastrarse todos los días por aquí. Aquí no hay ningún muerto. Tal vez en la casa de al lado.» Yo saludo y me voy.

Pero luego, cuando tengo que cruzar una gran plaza, lo olvido todo. Si se construyen plazas tan amplias por puro capricho, ¿por qué no se las provee de una barandilla para atravesarlas? Hoy sopla viento del sudoeste. La aguja de la torre del ayuntamiento traza pequeños círculos. Todos los vidrios de las ventanas crujen y los postes del alumbrado se doblan como bambúes. El manto de la virgen sobre la columna se retuerce y el viento la envuelve. ¿No lo ve nadie? Los caballeros y las damas que debieran marchar sobre las piedras, flotan. Si el viento para, se detienen, se hablan, se inclinan y se saludan; pero si arrecia no pueden resistirlo y todos levantan simultáneamente los pies. Por cierto que deben sujetar los sombreros, pero les bailan los ojos y no tienen nada que objetar al tiempo. Sólo yo tengo miedo. Entonces pude decir: «No encuentro nada de particular en la historia que me contó de su mamá y la mujer del jardín. No sólo porque he escuchado muchas de ese tipo, sino también porque incluso he intervenido en algunas. Es completamente natural. ¿No cree que si yo hubiera estado en verano en ese balcón no habría podido preguntar lo mismo o contestar lo mismo desde el jardín? El suceso era en realidad muy común.»

Por fin, cuando hube dicho esto, pareció tranquilizado. Dijo que yo estaba bien vestido, que le gustaba mi corbata. Y que tenía una piel muy fina. Agregó que las confesiones eran más claras cuando uno podía retractarse de ellas.

c) Historia del orante

Luego se sentó a mi lado, pues yo, confundido, le había hecho sitio, ladeando la cabeza. Sin embargo, no se me escapaba que él también estaba turbado y que procuraba conservar entre él y yo una cierta distancia. Dijo con esfuerzo:

–¡Qué días estoy pasando!

Anoche estuve en una reunión. Me inclinaba, a la luz del gas, frente a una señorita a quien decía: «Me alegra realmente que se aproxime el invierno...» Precisamente me inclinaba diciendo estas palabras, cuando noté con desagrado que me había dislocado una pierna y que la rótula también se había aflojado un poco.

Me senté, y ya que siempre trato de controlar mis frases dije: «Porque el invierno resulta menos penoso, uno puede conducirse con mayor soltura, no necesita esforzarse tanto con las palabras. ¿No es así, estimada señorita? Creo que tengo razón en este punto.» Entre tanto me fastidiaba la pierna derecha. Al principio creía que se había desarmado por completo, sólo poco a poco, apretándola, y con masajes adecuados, pude arreglarla a medias.

La muchacha, que por solidaridad también se había sentado, dijo en voz baja:

–No; usted no me impresiona en absoluto, porque...

–Espere –dije satisfecho y expectante–. Usted no debe malgastar ni cinco minutos en conversar conmigo, estimada señorita. Coma usted, por favor, entre palabra y palabra.

Extendí los brazos y tomé un grueso racimo de uvas de una fuente sostenida por un alado efebo de bronce, lo levanté un poco y luego lo deposité en un platillo de borde azul. Con movimiento tal vez no exento de elegancia, se lo alcancé a la joven.

–No me impresiona en absoluto –dijo ella–; todo lo que usted dice es tedioso e incomprensible,

sin ser verídico. Lo que yo creo, señor (¿por qué siempre me dice estimada señorita?), lo que yo creo es que usted no se ocupa de la verdad porque exige grandes esfuerzos.

Sus palabras me encantaron.

–Sí, señorita, sí –grité casi–. ¡Cuánta razón tiene! Es una dicha ser comprendido así sin habérselo propuesto. Porque la verdad es demasiado pesada para usted, señor; mire el aspecto que tiene; está usted recortado todo a lo largo en papel de seda; papel de seda amarillo, como una silueta, y cuando camina se deben oír los crujidos. Por eso sería injusto tomar demasiado en serio sus posturas o sus opiniones, porque usted no tiene más remedio que doblarse según la corriente de aire que hay en la habitación.

–No lo comprendo. Nos rodean unas cuantas personas que dejan caer los brazos sobre los respaldos de las sillas o se apoyan en el piano o que, indecisas, se llevan la copa a los labios, o van temerosas a la habitación contigua, y después de golpearse en la oscuridad el hombro izquierdo contra un cajón, respiran frente a la ventana abierta y piensan: «Allí está Venus, el lucero vespertino.» Y yo formo parte de esta reunión. Pero no sé si tiene algún sentido, no lo encuentro, Pero no sé ni siquiera si tiene algún sentido... Y vea usted, querida señorita, entre toda esta gente que, respondiendo a su propia vaguedad, se comporta en forma tan indecisa y hasta ridícula, sólo yo parezco digno de escuchar un juicio completamente claro sobre mi persona. Y para que hasta eso tenga algo de agradable, usted lo expresa con sorna, para dar a entender que algo se salva, como sucede con las paredes de un edificio destruido por dentro por un incendio. La mirada apenas encuentra obstáculos; por los amplios huecos de las ventanas se ven de día las nubes y de noche las estrellas. Pero a menudo las nubes parecen talladas en piedra gris y las estrellas forman diseños sobrenaturales... ¿Qué tal, si en agradecimiento le confiara a usted que vendrá un tiempo en que todos los que quieran vivir tendrán el mismo aspecto que yo; recortados en papel de seda amarillo, en forma de siluetas (como usted hizo notar) y cuando caminen se oirá su crujido? Y usted no será distinta de lo que es ahora, pero tendrá ese aspecto, querida señorita...

Noté que la muchacha ya no estaba sentada a mi lado. Probablemente, se había ido después de sus últimas palabras, pues ahora la veía, no lejos de mí, cerca de una ventana, rodeada por tres jóvenes que hablaban, riendo desde la altura de sus blancos cuellos.

Lleno de alegría bebí una copa de vino y me acerqué al pianista, que, completamente aislado y cabeceando, tocaba algo triste. Me incliné cuidadosamente sobre su oído, para no asustarlo, y dije en voz baja:

–Tenga usted la amabilidad, estimado señor, de permitirme tocar a mí ahora, porque estoy en vías de ser feliz.

Como parecía no escucharme, permanecí un rato confuso, de pie, pero luego, sobreponiéndome a mi timidez, recorrí uno a uno los grupos de invitados y les dije:

–Esta noche tocaré el piano.

Todos parecían saber que no podía hacerlo, pero sonreían con amabilidad porque había interrumpido agradablemente sus conversaciones. Pero sólo prestaron realmente atención cuando dije al pianista, en voz alta:

–Tenga la amabilidad, estimado señor, de permitirme tocar ahora. Estoy en vías de ser feliz. Se trata de festejar un triunfo.

El pianista, si bien dejó de tocar, no parecía comprenderme y no se movió de su banco color castaño. Suspiró y se cubrió el rostro con los largos dedos.

Me compadecí de él, e iba a instarlo a seguir tocando, cuando se acercó la dueña de casa con otras personas.

–¡Qué casualidad! –decían y soltaban la risa como si yo fuese a emprender algo extraordinario.

La joven también se acercó, me miró despectivamente y dijo:

–Por favor, señora, déjelo tocar. Tal vez quiera contribuir así al entretenimiento de todos. Es digno de aplauso. Se lo ruego, señora.

Todos se rieron porque, evidentemente, creían, como yo, que esas palabras tenían un sentido irónico. Sólo el pianista estaba mudo. Mantenía la cabeza baja y pasaba el índice de la mano por la madera del banco como si dibujara en la arena. Yo temblaba, y para ocultarlo, metí las manos en los bolsillos del pantalón. No podía ya hablar con claridad porque todo mi rostro quería llorar. Por eso tenía que elegir las palabras en tal forma que la idea de que quería llorar pareciera ridícula a mis oyentes.

–Señora –dije–, tengo que tocar ahora porque...

Como había olvidado el motivo, me senté inopinadamente al piano. Entonces volví a comprender mi situación. El pianista se levantó y pasó delicadamente por encima del banco, pues yo le cerraba el camino.

–Apague la luz, por favor, solamente puedo tocar en la oscuridad.

Yo me incorporé.

Dos caballeros levantaron el banco y me llevaron alzado hasta la mesa, mientras silbaban una canción y me hamacaban ligeramente.

Todos parecían entusiasmados y la señorita dijo:

–¿Ve, señora? Ha tocado bastante bien. Yo ya lo sabía. ¿Ve que su temor era infundado?

Comprendí y agradecí con una reverencia que ejecuté correctamente.

Se me sirvió limonada, y una señorita de labios rojos me sostuvo el vaso para que bebiera. La dueña de casa me alcanzó masas en una bandejita de plata y una muchacha de vestido completamente blanco me las introducía en la boca. Una exhuberante joven de cabello rubio sostenía un racimo de uvas que yo no necesitaba más que arrancar; ella me miraba a los ojos, que la eludían. Como me trataban tan bien, me sorprendió que todos, unánimemente, me retuvieran cuando pretendí acercarme de nuevo al piano.

–Ya es suficiente –dijo el dueño de casa, cuya presencia no había notado. Salió y regresó inmediatamente con un descomunal sombrero de copa y un abrigo floreado de color castaño cobrizo–. Ahí tiene sus cosas.

Realmente, no eran mis cosas, pero quería ocasionarle la molestia de salir nuevamente. El mismo me ayudó a ponerme el abrigo, que me sentaba a la perfección, aunque tal vez resultara un poco estrecho, a pesar de mi delgadez. Una dama de rostro benévolo me lo abrochó, y al hacerlo, se fue inclinando insensiblemente.

–Que le vaya bien –dijo la dueña de casa–, y vuelva pronto. Su visita siempre será grata. –Todos se inclinaron como si ello fuera indispensable. Yo lo intenté también, pero el abrigo me lo impedía. Entonces tomé el sombrero y, creo que desmañadamente, me encaminé hacia la puerta.

Pero cuando con pasos cortos crucé la puerta de calle, la gran concavidad del cielo con la luna y las estrellas, la plaza con el Ayuntamiento, la columna de la Virgen y la iglesia se me vinieron encima.

Pasé tranquilamente de la sombra al claro de luna, me desabroché el abrigo y traté de entrar en calor; luego, levantando las manos, hice callar el rumoreo de la noche y comencé a reflexionar: «¿Qué? ¿Fingís que existís? ¿Pretendéis hacerme creer que soy irreal, cómicamente plantado en el verde pavimento? Sin embargo, hace ya mucho tiempo que dejaste de ser real, oh cielo, y tú, plaza, no lo fuiste jamás.

«Os concedo que todavía sois superiores a mí, pero sólo cuando os dejo en paz.

Gracias a Dios, luna, ya no eres la luna, pero quizás sólo por negligencia te sigo nombrando luna, como te llamabas antes. ¿Por qué disminuye tu orgullo cuando te designo olvidado farolito japonés de color extraño? ¿Y por qué estás a punto de retirarte cuando te designo Columna de María? ¿Y por qué

ya no reconozco tu actitud amenazadora, Columna de María, cuando te nombro: Luna, que irradia luz amarilla?

Creo, en verdad, que no os sienta bien que uno haga reflexiones sobre vosotras; disminuye vuestro ánimo y vuestra salud.

¡Gran Dios, qué beneficioso sería que el contemplativo aprendiera del ebrio!»

¿Por qué ha callado todo? Creo que ya no hay viento. Y las casitas que a menudo se deslizan por la plaza como sobre meditas, se han atascado. Silencio, silencio..., ni siquiera se ve el fino trazo negro que ordinariamente las separa del suelo.

Eché a correr. Sin dificultad, di tres vueltas a la plaza, y como no encontré ningún ebrio, me dirigí, sin disminuir la rapidez y sin experimentar fatiga, hacia el callejón Carlos.

Mi sombra me acompañaba y a veces corría sobre el muro, más pequeña que yo, como si se hubiera metido en una zanja entre la pared y la calle.

Al pasar por el Cuartel de Bomberos oí ruido en dirección a la pequeña plaza, y al doblar allí, vi a un borracho parado junto a la verja de la fuente, los brazos en posición horizontal y golpeando el suelo con los pies calzados con zuecos de madera.

Me detuve para recobrar el aliento; luego me acerqué a él, me quité el sombrero de copa y dije, presentándome:

–Buenas noches, tierno caballero; he llegado a los veintitrés años, pero todavía no tengo nombre. Pero usted seguramente viene con un apelativo asombroso y musical de esa gran ciudad llamada París. El sobrenatural perfume de la frívola corte de Francia lo envuelve.

Con toda seguridad que usted con sus ojos coloreados ha visto a esas grandes damas, que están paradas sobre la alta y amplia terraza, girando irónicamente sobre su talle estrecho, mientras el extremo de su cola pintada, extendida ampliamente también sobre la escalera, yace aún en la arena del jardín. ¿No es cierto que una multitud de criados, de fraques grises de corte atrevido y pantalón blanco, trepan por largas pértigas, distribuidas por todas partes, y con las piernas alrededor de los postes, el torso frecuentemente echado hacia atrás y hacia el costado, deben tirar de gruesas sogas para izar y extender en lo alto gigantescas lonas grises, porque la señora desea una mañana neblinosa?»

Eructó, y dije alarmado:

–Realmente, ¿es verdad que usted viene, señor, de nuestro París, del turbulento París, de esa granizada de entusiasmo?

Cuando volvió a eructar, dije con embarazo:

–Sé que se me depara un gran honor.

Con ágiles dedos me abroché el abrigo y dije con fervorosa timidez:

–Ya sé, señor, que no me considera digno de una contestación, pero si hoy no le preguntara, tendría que llevar una existencia por demás triste.

Le ruego, pues, elegante caballero, me diga si es verdad lo que me han contado. ¿Hay gente en París que no tiene más que ropas adornadas y hay allí casas que sólo tienen portales? ¿Y es verdad que en los días de verano el cielo sobre la ciudad es fugitivamente azul, sólo adornado con blancas nubecillas aplicadas, todas en forma de corazón? ¿Y que existe allí un *panóctico* muy concurrido, en que sólo hay árboles y tablillas con los nombres de los más célebres héroes, delincuentes y amantes?

Y después todavía esta noticia, evidentemente falsa, ¿no es verdad?, de que las calles de París se ramifican de pronto, inquietas. ¿Que no siempre todo está en orden? Pero claro, ¿cómo podría estarlo? Sucede, alguna vez un accidente, la gente se reúne saliendo de las calles laterales, con ese paso urbano que apenas roza el pavimento; todos sienten curiosidad, pero al mismo tiempo temen ser defraudados; respiran con prisa y adelantan sus cabecitas. Pero si llegan a chocar entre sí, hacen profundas reverencias y piden perdón: ‘Lo siento... fue sin querer... hay demasiada gente, disculpe, por favor... qué torpe soy... lo reconozco. Mi nombre es... mi nombre es Jerome Faroche, comerciante en especias

en la *rue* de Cabotin..., permítame que lo invite a almorzar mañana... mi señora estará encantada...' Así hablan mientras la calle está sumida en gran confusión y el humo de las chimeneas cae sobre las casas. Ya hasta sería posible que en un animado bulevar de un barrio distinguido se detuvieran dos coches, que los criados abrieran gravemente las puertas y ocho perros lobos siberianos, de raza, bajaron bailoteando y se lanzaron a los saltos a través de la calzada. Y entonces se diría que son petimetres disfrazados.»

El borracho había entrecerrado los ojos. Cuando callé, se metió ambas manos en la boca y empujó la mandíbula hacia abajo. Su ropa estaba manchada; probablemente lo habían arrojado de una taberna y aún no se daba cuenta.

Seguramente era esa pausa completamente calma entre el día y la noche, en que la cabeza, sin que uno se percate, cuelga hacia la nuca y en que todo, sin que uno se dé cuenta, se detiene porque no lo contemplamos y luego desaparece. Con los cuerpos arqueados quedamos solos, miramos en derredor, sin ver nada, y no percibimos ya la resistencia del aire, sino que nos aferramos íntimamente al recuerdo de que a cierta distancia de nosotros se levantan edificios con techos y chimeneas afortunadamente angulosas, por las que la oscuridad fluye al interior de las casas y pasa necesariamente a través de las buhardillas, antes de llegar a las diversas habitaciones. Y es una suerte que mañana sea un día en que, por más increíble que parezca, todo podrá ser visto de nuevo.

Entonces el ebrio levantó las cejas, en forma tal que se vio entre ellas y los ojos un destello, y explicó con intermitencias:

—Es así..., tengo sueño, por lo que iré a dormir... Tengo un cuñado en la Plaza Wenzel... Iré hacia allá, porque vivo allá, porque allá tengo, mi cama... Vete ahora... Pues sólo no sé cómo se llama ni dónde vive... me parece que lo he olvidado... pero eso no importa, porque ni siquiera sé si tengo un cuñado... Porque ahora me voy... ¿Cree usted que lo encontraré?

—Por cierto —dije sin vacilar—. Pero usted viene de lejos y sus criados casualmente no están con usted. Permítame que lo acompañe.

No contestó. Y le ofrecí el brazo.

d) Prosecución de la conversación entre el gordo y el orante

Pero hacía un tiempo que trataba de despabilarme. Me frotaba el cuerpo y me decía: «Es hora de que hables. Si ya estás confundido. ¿Sientes opresión? Espera. Tú conoces estas situaciones. ¡Piénsalo sin prisa! Los que te rodean también esperarán.

Sucede como en la reunión de la semana pasada. Alguien lee algo en voz alta de un texto. Yo mismo he copiado una hoja a su pedido. Cuando veo la letra que aparece a continuación de las hojas escritas por él, me asusto. Es insoportable. La gente se inclina sobre ellas desde los tres lados de la mesa. Juro llorando que no es mi letra.

¿Pero por qué había de parecerse a lo de hoy? Sólo depende de ti que se origine una conversación limitada. Todo está en paz. ¡Haz un esfuerzo, querido!... Ya encontrarás una objeción... Puedes decir: Tengo sueño. Me duele la cabeza. Adiós. Conque, ¡rápido, rápido! Hazte notar. ¿Qué es eso? ¿Otra vez obstáculos y obstáculos? ¿Qué recuerdas?... Recuerdo una altiplanicie que se alzaba contra la grandeza del délo como un escudo de la tierra. La vi desde una montaña y me preparé para atravesarla. Comencé a cantar.»

Mis labios estaban secos y desobedientes cuando dije:

—¿No será posible vivir en otra forma?

—No —dijo él, sonriendo, interrogante.

—¿Pero por qué reza a la tarde en la iglesia? —pregunté entonces, mientras se derrumbaba entre nosotros todo cuanto yo había apuntalado como entre sueños.

—No, ¿por qué habríamos de hablar de ello? Al anochecer, nadie que viva solo es responsable.

Hay muchos temores. Que se desvanezca la corporeidad, que los hombres sean realmente como parecen en el crepúsculo, que no se pueda andar sin bastón, que tal vez fuera conveniente ir a la iglesia y rezar a gritos, para ser mirado y obtener cuerpos.

Como hablara así y después callara, saqué del bolsillo mi pañuelo rojo y lloré doblado sobre mí mismo.

Se puso de pie, me besó y dijo:

—¿Por qué lloras? Eres alto, y eso me gusta; tienes largas manos que casi se conducen según tu voluntad. ¿Por qué no te alegras por ello? Usa siempre bordes oscuros en las mangas, te lo aconsejo... No..., ¿te mimo y sigues llorando? Sin embargo, soportas con bastante cordura esta dificultad de la vida.

Construimos máquinas de guerra en el fondo inútiles, torres, murallas, cortinas de seda y, si tuviéramos tiempo, podríamos asombrarnos de ello. Y nos mantenemos en suspenso, no caemos, aleteamos a pesar de ser más repelentes que murciélagos. Y ya casi nadie nos puede impedir que en un día hermoso digamos: ‘Gran Dios, hoy es un hermoso día’, pues ya estamos instalados en nuestra tierra y vivimos conformados a ella y a nosotros mismos.

Porque somos como troncos tumbados en la nieve. Parecen apoyarse ligeramente y se debería poder desplazarlos con un empujoncito. Pero no, no se puede, pues están fuertemente unidos al suelo. Pero mira, hasta eso es sólo aparente.»

Las reflexiones contuvieron mis lágrimas:

—Es de noche, y nadie podrá echarme en cara mañana lo que pueda decir ahora, porque puede haber sido dicho en sueños.

Luego dije:

—Sí, eso es. Pero ¿de qué hablábamos? No podíamos hablar de la iluminación del cielo, puesto que estamos en la profundidad de un zaguán. No..., sin embargo, hubiéramos podido hablar de ello, porque, ¿no somos acaso completamente independientes en nuestra conversación? Pues no buscamos ni fin ni verdad, sino sólo diversión y esparcimiento. Pero ¿no podría contarme de nuevo la historia de la señora del jardín? ¡Qué admirable, qué sabia es esta mujer! Debemos comportarnos según su ejemplo. ¡Cómo me agrada! Y además está bien que me encontrara con usted y lo atrapara. Ha sido para mí un gran placer conversar con usted. He oído algunas cosas que (tal vez deliberadamente) ignoraba. Me alegro.

Parecía satisfecho. Aunque el contacto con un cuerpo humano siempre me es desagradable, tuve que abrazarlo.

Luego salimos del zaguán y enfrentamos el cielo. Mi amigo acabó de dispersar con el aliento algunas nubes ya deshechas, y se nos ofreció la ininterrumpida extensión de las estrellas. Él marchaba penosamente.

4. Hundimiento del gordo

Entonces la velocidad lo atrapó todo y lo empujó a lo lejos. El agua del río fue atraída a un precipicio, quiso retroceder, vaciló en el borde que se desmoronaba, y se derrumbó en fragmentos y humo.

El gordo no pudo seguir hablando, tuvo que girar y desaparecer en el fragor de la catarata.

Yo, que había asistido a tantos entretenimientos, lo vi todo desde la orilla. «¿Qué pueden hacer nuestros pulmones?», grité. «Si respiran apresuradamente se asfixian en sus propios venenos; si con lentitud, mueren a causa del aire irrespirable, por culpa de las cosas en rebelión. Pero si tratan de dar

con su propio ritmo, entonces es esa búsqueda lo que los mata.»

Entretanto, las márgenes del río se separaban desmesuradamente, y sin embargo yo tocaba con la palma de la mano el hierro de un indicador de caminos empequeñecido por la distancia. No lo comprendía muy bien. Yo era pequeño, casi más pequeño que de costumbre; un rosal silvestre de flor blanca era más alto que yo. Lo sabía porque poco antes había estado a mi lado. Y sin embargo me había equivocado, ya que si mis brazos eran tan largos como los nubarrones, los aventajaban en rapidez. No sabía por qué querían aplastar mi pobre cabeza.

Esta era minúscula como una ninfa de hormiga y estaba un poco deteriorada, además no era perfectamente redonda. Efectuaba con ella giros implorantes, pues, por ser mis ojos tan pequeños, no se habría notado lo que querían expresar.

Pero mis piernas, mis imposibles piernas yacían por sobre las montañas boscosas y proyectaban su sombra en los valles aldeanos. ¡Crecían! Ya llegaban al espacio carente de paisaje, más allá de mi alcance visual.

Pero no; soy pequeño, pequeño por ahora; ruedo, ruedo, soy un alud. Os ruego, ¡oh vosotros, los que pasáis!, que seáis amables y me digáis cuan grande soy; medid estos brazos y estas piernas. Os lo ruego.

–Se lo ruego –dijo mi compañero, que volvía conmigo de la reunión y que marchaba tranquilamente a mi lado por un camino del monte Laurenzi–, deténgase un poco para que pueda ordenar mis ideas. Tengo algo que hacer. Pero es tan cansador... esta noche fría y radiante, pero este viento descontento, que a ratos hasta parece cambiar la ubicación de aquellas acacias.

La sombra lunar de la casa del jardinero estaba tendida a través del camino ligeramente abovedado, adornada con ribetes de nieve. Cuando distinguí el banco junto a la puerta, lo señalé con la mano, pues no era valiente y esperaba reproches, por lo que me puse la mano izquierda sobre el pecho.

Se sentó disgustado, sin preocuparse por sus hermosas ropas, y me asombró que apretara los codos contra las caderas y apoyara la frente sobre los dedos crispados.

–Ahora quiero decir esto. Vivo ordenadamente, ¿sabe? No hay nada que objetar. Todo lo que es necesario y reconocido, sucede. La desdicha, habitual en la sociedad que frecuento, no me respetó, como comprobamos con satisfacción yo mismo y todos los que me rodeaban; y tampoco esta dicha general se retrajo y yo mismo podía hablar de él en las pequeñas reuniones. Bien, nunca estuve enamorado de veras. Lo lamentaba a veces, pero cuando las necesitaba, usaba aquellas expresiones. Ahora, en cambio, tengo que admitir: Sí, estoy enamorado, y probablemente arrebatado por la pasión. Soy un amante fogoso, como los desean las muchachas. Pero ¿no debí considerar que precisamente esta deficiencia anterior originaba un vuelco excepcional y jocoso, sumamente jocoso, en mi situación?

–Calma, calma –dije indiferente, sólo pensando en mí–. Su amada es hermosa, como he oído.

–Sí, es hermosa. Junto a ella sólo pensaba: «Esta audacia... y yo soy tan osado..., hago un viaje por mar..., bebo litros y litros de vino. Pero cuando ríe no muestra los dientes como cabría esperar, sino que sólo se puede ver la oscura, estrecha, arqueada oquedad de la boca. Eso le confiere un aspecto astuto y senil, aunque al reír eche la cabeza hacia atrás.»

–No puedo negarlo –dije entre suspiros–. Probablemente yo también lo he visto, pues debe ser notable. Pero no es tan sólo eso. ¡La belleza de las muchachas en general! A menudo al contemplar los vestidos con pliegues y volados que caen vistosamente, pienso que no se conservarán así por mucho tiempo, que se formarán arrugas que nadie podrá alisar, que el polvo se alojará, pertinaz, en los adornos; pienso que nadie desearía ofrecer el espectáculo triste y ridículo de ponerse a la mañana y quitarse por la noche, diariamente, el mismo costoso vestido. Sin embargo, veo muchas que a pesar de ser hermosas y exhibir atractivos músculos y huesecillos, tensa piel y grandes masas de pelo sedoso, aparecen diariamente con este mismo disfraz natural, apoyan siempre el mismo rostro en la mano y contemplan idéntica faz en el espejo. Sólo a veces, de noche, cuando regresan de alguna fiesta, les parece, al mirarse en el espejo, ser un rostro gastado, hinchado, por todos visto y apenas tolerable.

–Muchas veces, mientras caminábamos, le pregunté si la muchacha le parecía linda; pero usted siempre se volvió, sin contestarme. Dígame, ¿tiene malas intenciones? ¿Por qué no me consuela?

Afirmé mis pies en la sombra y dije atentamente:

–Usted no necesita consuelo. Usted es amado.

Y para no resfriarme, me cubrí la boca con mi pañuelo estampado de uvas azules.

Ahora se volvió hacia mí y apoyó su gruesa cara contra el bajo respaldo del banco:

–¿Sabe? En realidad aún tengo tiempo, todavía puedo cortar este amor naciente con una infamia, una infidelidad o con un viaje a un país lejano. Porque realmente, dudo, no sé si dejarme arrastrar por este torbellino. En esto no hay nada seguro; nadie puede precisar rumbo y duración. Cuando entro en una taberna para embriagarme, sé que esa noche estaré ebrio. ¡Pero en mi caso! Dentro de una semana

queremos hacer una excursión con una familia amiga, eso ya supone quince días de agitación para el corazón. Los besos de esta noche me adormecen, para obtener espacio para sueños ilimitados. Yo me rebelo, hago un paseo nocturno; me muevo continuamente, mi rostro se hiela y arde como si lo golpeará el viento, debo tocar continuamente una cinta rosa que llevo en mi bolsillo, experimento grandes temores por mí, sin poder afrontarlos, y hasta lo soporto a usted, señor mío, mientras que en otra ocasión seguramente no hablaría tanto con usted.

Yo sentía mucho frío y el cielo ya se inclinaba un poco hacia una coloración blanquecina.

–Ninguna infamia, ninguna infidelidad, ni ningún viaje a un país lejano servirá para esto. Tendrá que matarse –dije, y sonreí además.

Enfrente, en el otro borde de la avenida, había dos arbustos y, detrás de ellos, se hallaba la ciudad. Todavía estaba un poco iluminada.

–Bien –gritó y golpeó el banco con su puñito sólido, pero en seguida volvió a dejarlo quieto–. Sin embargo, usted vive. Usted no se mata. Nadie lo ama. Usted no logra nada. Ni siquiera dominar el próximo instante. Por eso habla así, hombre vulgar. No puede amar; nada lo agita fuera del miedo. Mire, mire mi pecho.

Abrió rápidamente el abrigo, el chaleco y la camisa. Su pecho era realmente ancho y hermoso.

Yo comencé a susurrar:

–Sí, a veces sobrevienen situaciones rebeldes. Este verano, por ejemplo, estuve en un pueblo, a orillas de un río. Lo recuerdo perfectamente. A menudo me acurrucaba en un banco de la orilla. En la ribera había un recreo. A menudo tocaban el violín. Se reunía allí gente joven y fuerte, que bebía cerveza al aire libre; hablaban de caza y de aventuras. Además, detrás de la otra orilla surgían montañas nubiformes...

Me levanté, la boca débilmente retorcida, y me detuve en el césped, detrás del banco: quebré también algunas ramas cubiertas de nieve. Dije al oído de mi compañero:

–Estoy comprometido; lo reconozco.

No se asombró de que me hubiese levantado. «¿Usted está comprometido?» Daba la sensación de estar muy débil, como si sólo lo sostuviera el respaldo. Se quitó el sombrero y vi su pelo cuidadosamente peinado y perfumado, que terminaba en la nuca en una línea curva y precisa, tal como se usaba ese invierno.

Me alegré de haberle contestado en forma tan inteligente. «Sí –me dije–; he aquí un hombre que se mueve a sus anchas en las reuniones, ágil la lengua y libres los brazos. Puede conducir a una dama a través de un salón y conversar amablemente con ella sin que le preocupe que afuera llueva o que haya un tímido o que suceda cualquier otra cosa lamentable. Sí, se inclina graciosamente ante las damas. Ahí está ahora.» Se pasó un pañuelo de batista por la frente. –Póngame la mano en la frente –dijo–, Se lo niego.

No me apresuré a complacerlo y entonces cruzó las manos.

Como si nuestra pena lo obscureciese todo, hablábamos en lo alto de la montaña como en una pequeña habitación, a pesar de la luz, y del viento de la mañana. Muy próximos aunque no simpatizábamos, no podíamos separarnos por impedirlo las paredes. Pero podíamos conducirnos ridículamente y sin rigidez humana, sin avergonzarnos ante las ramas que nos cubrían y los árboles que nos rodeaban.

Mi compañero extrajo una navaja, la abrió pensativo, y como jugando se la hundió en el brazo izquierdo; pero no volvió a sacarla. En el acto corrió la sangre. Sus redondas mejillas estaban pálidas. Entonces retiré el cuchillo, corté con él las mangas del abrigo y de la chaqueta y rasgué la camisa. Corrí un trecho por el camino buscando ayuda. Todo el ramaje se veía ahora nítidamente inmóvil. Chupé un poco la herida. De pronto, me acordé del pabellón. Subí corriendo por las escalinatas del lado izquierdo, revisé de prisa las ventanas y puertas, llamé furiosamente, aunque había notado desde

el principio que la casa estaba deshabitada. Luego volví a mirar la herida, de la cual seguía manando sangre. Moje el pañuelo con nieve y vendé torpemente el brazo.

–Querido –le dije–, te has herido por mi causa. Estás en buena posición, rodeado de cosas amables. Puedes pasear en los días luminosos cuando mucha gente bien vestida circula entre las mesas e en los caminos de las colinas. Piensa que en la primavera podemos ir al bosque, no, nosotros no, viajarás tú, con Anita, alegremente... Sí, créeme, te lo ruego; el sol, brillando sobre nosotros, iluminará esa belleza vuestra y todos la verán. Hay música, los caballos se oyen desde lejos, las penas están de más; la algarabía y los organillos resuenan en las avenidas.

–¡Gran Dios! –dijo él. Se levantó, y apoyándose en mí nos pusimos en marcha–. Ya no hay salvación. Todo eso ya no podría alegrarme. Discúlpeme. ¿Es tarde? Tal vez mañana tenga algo que hacer. ¡Dios mío!

Un farol, cerca de la pared, acostaba las sombras de los troncos en los caminos y sobre la nieve, mientras las sombras del ramaje caían como quebradas, hacia el barranco.

El rechazo

(Die Abweisung, 1920)

Nuestra pequeña ciudad no está sobre la frontera, ni siquiera cerca; la frontera queda todavía tan lejos que probablemente nadie de la ciudad haya llegado hasta ella; hay que cruzar mesetas desiertas y también extensos países fértiles. Uno se cansaría con sólo imaginar parte de la ruta, y es completamente imposible imaginar más. Grandes ciudades se hallan en el trayecto, mucho más grandes que la nuestra; y en el supuesto de que uno no se perdiera en el camino, se perdería con seguridad en ellas, dado que por su enorme tamaño es imposible contornearlas.

Mucho más allá de la frontera, si tales distancias pudiesen compararse —que es como decir que un hombre de trescientos años es más viejo que uno de doscientos—, mucho más allá todavía está la capital. Y si bien nos llega alguna noticia de las luchas fronterizas, no nos enteramos casi absolutamente de lo que sucede en la capital, los ciudadanos corrientes al menos, pues los funcionarios disponen de excelentes comunicaciones; en dos o tres meses pueden recibir una noticia, según afirman.

Y es notable, y esto siempre renueva en mí el asombro, cómo nos sometemos a cuanto se ordena desde la capital. Hace siglos no se ha producido entre nosotros modificación política alguna emanada de los ciudadanos mismos. En la capital los jefes se han relevado unos a otros; dinastías enteras se han extinguido o fueron depuestas y nuevas dinastías se iniciaron; en el siglo último la Capital misma fue destruida, y fundada una nueva, lejos de la primera; luego la nueva fue destruida a su vez y la antigua vuelta a edificar; en nuestra ciudad nada de ello repercutió en forma alguna. La burocracia estuvo siempre en su sitio; los funcionarios principales venían de la capital, los de mediano rango llegaban por lo menos de afuera, los inferiores salían de nuestro medio; así fue siempre, y eso nos bastaba.

El más elevado funcionario es el Jefe Recaudador de Impuestos, con grado de coronel, y así se le llama. Hoy es ya hombre viejo, pero lo conozco desde hace años, y ya en mi niñez era coronel; al principio hizo carrera rápida, que luego se estancó de golpe; para nuestra ciudad basta su grado, no estaríamos en condiciones de absorber otro más importante. Cuando trato de imaginármelo, lo veo sentado en la galería de su casa, que da sobre la plaza del mercado, echado hacia atrás, con la pipa en la boca. Sobre él ondea en el techo la bandera imperial; y en los bordes de la galería, tan espaciosa que en ella se cumplen pequeños ejercicios militares, la ropa se halla tendida a secar. Sus nietos, ricamente vestidos de seda, juegan en torno; no se les permite bajar a la plaza; los otros niños son indignos de ellos, pero como la plaza los tienta, meten la cabeza entre los barrotes de la barandilla, y cuando los otros chicos se pelean, ellos acompañan desde arriba. Este coronel gobierna, pues, la ciudad. Creo que no ha exhibido jamás un documento que lo autorice a ello. Acaso tampoco lo tenga. Tal vez sea, en efecto, Jefe Recaudador de Impuestos, pero ¿es suficiente?, ¿lo autoriza a imponerse en todos los campos de la Administración? Por cierto, su cargo es importante para el Estado, pero no lo más importante para los ciudadanos. Entre nosotros casi se tiene la impresión de que la gente dijera: «Ya nos has tomado cuanto teníamos; por favor, tómanos también a nosotros.» Porque, realmente, no se ha adueñado del poder por la violencia ni es un tirano. Desde tiempos remotos la fuerza de las cosas ha querido que el Jefe Recaudador fuera también el primer funcionario, y el

Coronel y nosotros no hacemos más que ajustamos a la tradición.

Pero aunque vive entre nosotros sin excesivas distinciones en razón de su cargo, es muy diferente de un ciudadano común. Cuando una delegación llega ante él con una súplica, parece el muro del mundo. Más allá de él no hay nada más; parecen oírse, sí, todavía algunos cuchicheos, pero tal vez sea sólo engaño de los sentidos, puesto que él representa el final de todo, al menos para nosotros. Es necesario haberlo visto en esas recepciones. De niño asistí a una; la delegación de los ciudadanos le pedía un subsidio del gobierno porque el barrio más pobre había sido destruido por un incendio. Mi padre, el herrador, persona respetada, formaba parte de la delegación y me había llevado con él. Esto no era nada fuera de lo común; a semejante espectáculo concurre todo el mundo, y casi no es posible distinguir a la delegación entre la muchedumbre. Por lo general, tales recepciones tienen lugar en la galería; hay gente que trepa desde la plaza del mercado con escaleras de mano para participar en los sucesos por sobre la barandilla. En aquella oportunidad aproximadamente la cuarta parte de la galería estaba reservada para él, el resto lo llenaba la multitud. Algunos soldados se hallaban a cargo de la vigilancia; también lo rodeaban a él en semicírculo. En el fondo, hubiera bastado un solo soldado, tanto es el temor que el Coronel despierta. No sé con exactitud de dónde vienen estos soldados, en todo caso de muy lejos; todos se parecen y ni siquiera necesitarían uniforme. Son hombres pequeños, no robustos, pero vivaces; lo más llamativo en ellos es la dentadura, poderosa, como si les llenara demasiado la boca, y un cierto chispear inquieto en los ojillos estrechos. Son el terror de los niños, y al mismo tiempo también su espectáculo, porque continuamente quisieran asustarse ante esas dentaduras y esos ojos, para en seguida escapar desesperados. Probablemente este terror de la infancia no se pierde en los adultos, o al menos sigue obrando en ellos. Hay otras cosas todavía. Los soldados hablan un dialecto incomprensible, no logran habituarse al nuestro, lo que los hace herméticos, inaccesibles. Ello responde también a su carácter. Son reservados, serios y rígidos, y aunque no hagan nada malo, una como malignidad latente los torna insoportables. Entra, por ejemplo, un soldado en un comercio, compra una chuchería y permanece apoyado contra el pupitre; atiende a las conversaciones, tal vez sin comprenderlas, pero como si comprendiera; no dice una palabra, sólo mira rígidamente al que habla, luego a los que escuchan, la mano en la empuñadura del largo cuchillo que pende del cinturón. Es insoportable, se pierden las ganas de conversar, el comercio se vacía, y sólo cuando se ha vaciado por completo se va también el soldado. Donde aparecen los soldados, nuestro pueblo, tan animado de ordinario, se cohíbe. Así fue también en aquella oportunidad. Como en todas las ocasiones solemnes, el Coronel estaba muy erguido y sostenía en las manos tendidas hacia adelante dos varas de bambú. Es una vieja costumbre que significa que él se apoya en la ley y que ella es sostenida por él. Todos saben ya qué sucederá en lo alto de la galería; sin embargo, vuelven a atemorizarse. También en aquella oportunidad el designado para hablar no quiso comenzar a hacerlo; estaba ya frente al Coronel, pero de pronto perdió el ánimo y con diversos pretextos volvió a desaparecer entre la multitud. Y no se encontró a otro capaz y dispuesto a hablar; por cierto, algunos incapaces se ofrecieron: se originó una gran confusión y se enviaron emisarios a algunos ciudadanos, oradores conocidos. Durante todo este tiempo el Coronel permaneció de pie, inmóvil; sólo la respiración le agitaba notablemente el pecho. No porque respirara con dificultad, respiraba con precisión, como lo hacen, por ejemplo, las ranas, pero en éstas es habitual, mientras que en él era extraordinario. Me escurrí entre las personas mayores y lo pude contemplar por un hueco, entre dos soldados, hasta que uno de éstos me apartó con la rodilla. Entretanto el orador primitivamente designado pudo reaccionar y sostenido firmemente por dos ciudadanos, pronunció la alocución. Era emocionante ver cómo durante este grave discurso, que describía tal infortunio, no dejó de sonreír; era la más humilde de las sonrisas, que se esforzaba vanamente en provocar el menor reflejo en el rostro del Coronel. Por fin formuló la súplica, creo que solamente pidió liberación de impuestos por un año, o acaso también madera barata de los bosques imperiales. Luego se inclinó profundamente, como lo hicieron todos los demás a excepción del

Coronel, de los soldados y de algunos funcionarios del fondo. Al niño le pareció ridículo que los que estaban encaramados en las escaleras descendieran unos peldaños para no ser vistos durante el decisivo silencio y cómo de tiempo en tiempo se asomaban al nivel del piso de la galería para espiar. Eso duró un rato; luego un funcionario, un hombre menudo, se adelantó, trató de levantarse en puntas de pie hasta el Coronel que, aparte de los movimientos del pecho, se conservaba completamente inmóvil, y obtuvo de él un susurro al oído. El funcionario golpeó las manos y anunció; «La petición fue rechazada. Idos.» Una innegable sensación de alivio recorrió la multitud; todos se apretujaban para salir; apenas si nadie se fijaba ya en el Coronel, que parecía haberse convertido de nuevo en un ser humano como todos nosotros; sólo vi cómo, realmente agotado, soltó las varas, que cayeron al suelo, cómo se hundió en una poltrona traída por los funcionarios y cómo se metió apresuradamente la pipa en la boca.

Y no se trataba de un hecho aislado; era lo corriente. Puede ocurrir, sin embargo, que alguna que otra vez se acceda a una pequeña petición, pero entonces sucede como por decisión del Coronel, como particular poderoso y bajo su exclusiva responsabilidad; en cierto modo debe ser conservado –no se dice, pero es así en definitiva– en secreto ante el gobierno. Si bien en nuestra pequeña ciudad los ojos del Coronel son al propio tiempo los ojos del gobierno, en este caso hay que hacer un distingo, cuyo sentido no es del todo penetrable.

Pero en los asuntos importantes se puede estar siempre seguro del rechazo. Y es realmente curioso que en cierto modo no nos podamos pasar sin él; lo que no quiere decir que la ida y la obtención del rechazo sean una simple formalidad. Siempre con seriedad y con renovado ánimo el pueblo concurre y luego se retira, no precisamente confortado y feliz, pero de ningún modo con desilusión o cansancio. Sobre estas cosas no necesito el parecer de nadie, las siento en mi interior como todo el mundo. Y ni siquiera experimento curiosidad por averiguar la relación que hay entre tales sucesos.

Sin embargo, según mis observaciones, la gente de determinada edad, los jóvenes entre diecisiete y veinte años, no están conformes. Es gente incapaz de sospechar, por su extremada juventud, la trascendencia de cualquier idea y menos aún de una idea revolucionaria. Y sin embargo, precisamente entre ella se infiltra el descontento.

Table of Contents

En la colonia penitenciaria	4
Una mujercita	20
Josefina la cantora o El pueblo de los ratones	24
De la construcción de la muralla china	33
Descripción de una lucha	40
I	41
II	47
1. Cabalgata	47
2. Paseo	47
3. El gordo	49
4. Hundimiento del gordo	60
III	62
El rechazo	65